

55  
CIDAD AU  
CCION GE



BX1756

.M42

P4

c.1

ERAL DE

*José*



1080046417



252



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
252  
E#46#90

**MASSILLON.**

**PEQUEÑA CUARESMA.**

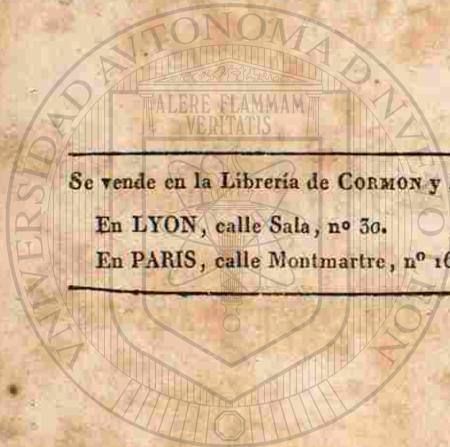
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

252



Se vende en la Librería de CORMON y BLANC:

En LYON, calle Sala, nº 30.

En PARIS, calle Montmartre, nº 167.

PEQUEÑA CUARESMA

6

# SERMONES

DE

## MASSILLON,

OBISPO DE CLERMONT,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. J. L. DE BUSTAMANTE.

U.A.N.L.

252

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS,

LIBRERÍA DE CORMON Y BLANC.

1827.



38099

BX1756

-42

P4



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

## PREFACIO.

Los sermones del P. Massillon, uno de los oradores mas célebres que ha tenido la Francia, se han predicado durante veinte años consecutivos en Paris y en la corte, con un éxito siempre igual. Por aquel tiempo habia desaparecido ya del púlpito aquella pendería de los sermones llenos de erudicion sagrada y profana con que los predicadores hacian ostentacion de su saber, pero aun no se habia sustituido aquella elocuencia fuerte que va derecha al corazon. Bien es verdad que se pronunciaban discursos llenos de erudicion, de frases elegantes y de estilo florido; pero los pensamientos, aunque oportunos, carecian de lo patético que conmueve el corazon, dejándole impresiones fuertes y duraderas, y en esto fué principalmente en lo que mas sobresalió el P. Massillon. Por eso, cuando llegó á Paris, y le preguntó el R. P.

de la Tour, general del oratorio que le parecian los predicadores mas célebres de entonces, pudo responder con razon *encuentro en ellos talento y agudeza, pero si yo predico no los imitaré.* Cumplió efectivamente su palabra, pues que habiendo predicado abrió un nuevo camino.

No se crea, sin embargo, que confundió al P. Bourdaloue con los demas predicadores de aquella época, porque era demasiado inteligente en la materia para equivocarse; y asi es, que no bien le hubo oido fué su mayor admirador; y si no le tomó enteramente por modelo, fué porque su genio le inclinaba á otra clase de elocuencia.

Uno de los defectos mas comunes de los predicadores era el explicar muchos pormenores acerca de las diferentes condiciones y estados de las clases de la sociedad, y sobre las costumbres exteriores correspondientes á ellas, con lo cual se fastidiaban las tres cuartas partes del auditorio,

siempre compuesto de gentes de todas profesiones; porque mientras se hablaba á los jueces de sus obligaciones, no era natural que prestasen grande atencion los que no lo eran, y quando se afeaba la avaricia y el fraude de los comerciantes, poca curiosidad tendrian en oir tales verdades los que se ocupaban en cosas muy diferentes. El P. Massillon atacaba las pasiones que son casi las mismas en todos los hombres, á pesar de la diversidad de objetos sobre que recaen, y quando se descubren conforme á la naturaleza de aquellas, sus movimientos, sus artificios, y su flexibilidad, todo cuanto se dice es escuchado por el auditorio.

Tampoco aprobaba el P. Massillon que se emplease mucho tiempo en fundar verdades que todos saben, ó máximas generales en que todos convienen, sino que se ocupase el predicador principalmente en descubrir los ingeniosos pretextos de que se aprovecha siempre el amor propio

para sacudir el yugo de la ley , y despues de haberlos puesto en claro , hacer sentir con fuerza toda la ilusion. Los hombres recurren á mil sutilezas , á subterfugios y á excepciones , que dejando en pie el precepto , aniquilan del todo , cada uno para sí en particular , la obligacion de cumplirle ; y asi la conciencia se tranquiliza contra el terror que infunde la ley , y se acostumbran á no temer sus amenazas. Para disipar estos errores , el P. Massillon pone á la vista de los mortales sus propios corazones , precisándolos á que se vean tal cual son , esto es , el lastimoso juguete de mil pasiones que oscurecen las luces de su entendimiento y corrompen la rectitud de sus intenciones ; pero despues de haber quitado la máscara á las mañas y artificios del amor propio , los combate con mucha vehemencia , de manera que los oyentes , lejos de elogiar ó criticar lo que han oido , salen pensativos y compungidos , llevando consigo el aguijon de sus con-

ciencias. Asi es que cuando Massillon hubo predicado su primer adviento en Versalles , Luis XIV le dijo estas notables palabras. *Padre mio , muchos grandes oradores he oido en mi capilla , de los cuales he quedado muy satisfecho ; pero cuantas veces os he oido , lo he quedado muy poco de mi mismo.* Cuyo elogio honra tanto el gusto y la piedad del Monarca como el talento del predicador.

El estilo del P. Massillon , aunque noble y digno de la magestad del pulpito , sin embargo es sencillo y al alcance del pueblo. La vivacidad de su imaginacion no da á sus expresiones mas que lo puramente necesario para agradar y satisfacer al hombre de talento , sin que la multitud esté reducida á admirar lo que no entiende.

Enemigo de toda afectacion en el estilo , todavia lo era mas de aquellos pensamientos que no tienen mas mérito que lo brillante , no haciendo sino divertir el ánimo y desviarle de

la atencion que debe á las verdades importantes que se anuncian. El P. Massillon, no presenta en todas partes mas que ideas grandes y sublimes, que elevan el alma, manifiestan la religion con el carácter de grandeza y magestad que le son propias; y que parece perder algunas veces, porque se ha confiado á personas, que lejos de hermosearla, no hacen ni pueden hacer mas que desfigurarla.

En 1718, cuando ya estaba el P. Massillon nombrado para el obispado de Clermont, tuvo el encargo de predicar la cuaresma al rey, menor entonces de nueve años, y creyó instruirle en las obligaciones que tiene la dignidad real; pero para esto eran necesarios sermones muy diferentes de los que habia predicado hasta entonces, que no podian convenir ni en el fondo, ni por el modo, á un príncipe tan jóven. Echó pues mano de un nuevo género de elocuencia, empleando el estilo y la instruccion proporcionados á la edad del monarca;

y por eso su estilo fué mas vivo, mas agradable, mas florido, y aun tuvo algo de académico. Las instrucciones, desnudas de la aridez del raciocinio, fueron unas máximas acerca de las obligaciones de los príncipes, explicadas en pocas palabras, pero dichas de un modo propio para causar la mayor impresion en el ánimo y en el corazon. Este estilo y modo de instruir era enteramente nuevo para el P. Massillon; sin embargo seis semanas bastaron para componer estos diez sermones tan admirados y alabados, que contienen, en compendio, todo lo que puede formar un príncipe querido de Dios y de los hombres, los cuales fueron frecuentemente interrumpidos, ya por los aplausos y ya por las lágrimas de su augusto auditorio.

Estos sermones merecieron la aprobacion del monarca á quien se predicaron, los cuales le fueron presentados manuscritos en 1744; inmediatamente se imprimieron y fueron

recibidos del público frances con el entusiasmo y admiracion que merecen : en la actualidad son conocidos de toda la Europa cristiana y puede decirse que se hallan traducidos en todas las lenguas.

Creemos, pues, hacer un verdadero servicio á todos los paises donde se habla la lengua española presentándoles la traduccion de estos diez sermones, conocidos con el nombre de pequeña cuaresma. Efectivamente forman como un cuerpo de moral útil, para los principes y los grandes, en que se hallan explicadas con nobleza é interes las obligaciones de su estado.

Á continuacion hemos puesto un discurso *sobre los vicios y las virtudes de los grandes*, por parecernos su contenido análogo á los demas que le preceden. Por igual razon hemos creido añadir el Discurso pronunciado por el mismo P. Massillon, y de no menor interes, con motivo de la *Bendicion de banderas del regimiento de Catinat*

## SERMON

PARA

LA FESTIVIDAD DE LA PURIFICACION

## DE LA VÍRGEN.

*De los ejemplos de los grandes.*

Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel.

*Este niño ha venido para la ruina y para la resurreccion de muchos en Israel. (LUC, II, 34.)*

SEÑOR,

EL destino de los reyes y de los principes del mundo es el de haber sido instituidos para la ruina como para el bien de los hombres, y cuando el cielo se lo da, puede decirse, ó que son unos beneficios ó unos castigos públicos preparados á los pueblos por su misericordia ó por su justicia.

recibidos del público frances con el entusiasmo y admiracion que merecen : en la actualidad son conocidos de toda la Europa cristiana y puede decirse que se hallan traducidos en todas las lenguas.

Creemos, pues, hacer un verdadero servicio á todos los paises donde se habla la lengua española presentándoles la traduccion de estos diez sermones, conocidos con el nombre de pequeña cuaresma. Efectivamente forman como un cuerpo de moral útil, para los principes y los grandes, en que se hallan explicadas con nobleza é interes las obligaciones de su estado.

Á continuacion hemos puesto un discurso *sobre los vicios y las virtudes de los grandes*, por parecernos su contenido análogo á los demas que le preceden. Por igual razon hemos creido añadir el Discurso pronunciado por el mismo P. Massillon, y de no menor interes, con motivo de la *Bendicion de banderas del regimiento de Catinat*

## SERMON

PARA

LA FESTIVIDAD DE LA PURIFICACION

## DE LA VÍRGEN.

*De los ejemplos de los grandes.*

Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel.

*Este niño ha venido para la ruina y para la resurreccion de muchos en Israel. (LUC, II, 34.)*

SEÑOR,

EL destino de los reyes y de los principes del mundo es el de haber sido instituidos para la ruina como para el bien de los hombres, y cuando el cielo se lo da, puede decirse, ó que son unos beneficios ó unos castigos públicos preparados á los pueblos por su misericordia ó por su justicia.

Si, señor, en el día venturoso en que nacisteis y en el que recibisteis en el templo santo, el sagrado bautismo, se pudo decir con verdad de vos: este niño augusto acaba de nacer para la pérdida, como para la salud de muchos.

El mismo Jesucristo, al tomar hoy posesion en el templo de su nueva dignidad real, está sujeto á esta ley. Es verdad que sus ejemplos, sus milagros y su doctrina, que han de asegurar la salvacion á tantas ovejas de Israel, solo serán ocasion de caida y de escándalo para los demas judíos, por la incredulidad que los hará mas inexcusables; pero así el mismo evangelio que será la salvacion y la redencion de los unos, será la ruina y la condenacion de los otros.

¡ Dichosos los príncipes y los grandes, si su santidad fuese únicamente ocasion de censura y de escándalo para los hombres corrompidos; y si sus ejemplos, como los de Jesucristo, siendo apoyo y modelo de virtud, solo fuese el escollo y condenacion del vicio por hacerle mas inexcusable!

Así, hermanos míos, vos á quienes

la providencia ha elevado sobre los demas, y vos particularmente, señor, á quien la mano de Dios protectora de esta monarquía ha sacado, en cierto modo, de entre las ruinas y los escombros de la casa real para gobernarnos, vos á quien ha hecho revivir como una luz preciosa en el centro mismo de las sombras de la muerte, en que acababa de extinguirse toda vuestra augusta familia, y donde vos estuvisteis cerca de experimentar igual suerte, si, señor, lo repito, el destino que el cielo os prepara es el de haberos establecido para la salud como para la pérdida de muchos. *Positus in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel.*

Todos los ejemplos de los príncipes y de los grandes se comprenden en la alternativa inevitable de que ni pueden perderse ni salvarse solos; y esta verdad capital será la materia de este discurso.

#### PRIMERA PARTE.

SEÑOR, siendo la primera inclinacion de los pueblos la de imitar á los reyes,

la primera obligacion de estos es la de dar buenos ejemplos á aquellos. Los hombres comunes parece que nacen para sí solos, porque sus vicios ó sus virtudes son oscuras como su destino, y confundidos en la muchedumbre, que caigan ó que perseveren lo ignora igualmente el público, y así su pérdida ó su salvacion se limita á sus personas, ó si su ejemplo puede seducir ó apartar alguna vez de la virtud, nunca puede imponer á otros, ni autorizar el vicio.

Por el contrario, los príncipes y los grandes parecen nacidos para los demas, porque la dignidad misma que los presenta como en espectáculo, los propone por modelos, y conforme á sus costumbres, se forman bien pronto las costumbres públicas. Se cree que los que merecen nuestro respeto y homenaje son dignos de que los imitemos; y como la muchedumbre no conoce mas ley que los ejemplos de los que gobiernan, la vida de estos se reproduce, por decirlo así, en el público; y si hay quienes censuren sus vicios, son por lo comun aquellos mismos que los imitan.

De este modo la grandeza misma que favorece las pasiones, las violenta y embaraza; y como dice un antiguo, cuanta mas licencia parece darnos la elevacion á causa de la autoridad, tanto mas nos quita por razon del decoro. *Ita in maximá fortuná minima licentia est.* (Sallust.)

¿ Pero de donde nacen estas consecuencias inevitables, que los ejemplos de los grandes producen siempre entre los pueblos? Son de parte de estos la vanidad y el deseo de agradar, y de parte de los grandes son la extension y la perpetuidad.

En cuanto á la vanidad de parte de los pueblos, el mundo siempre inexplicable, hermanos míos, en todos tiempos ha deshonrado igualmente los vicios y la virtud. Ridiculiza al hombre justo, y lanza mil tiros contra el disoluto, de modo que las pasiones y las buenas obras les suministran igualmente materia para sus burlas y para sus censuras; y por una extravagancia que solo sus caprichos pueden justificar, ha encontrado el secreto de hacer al mismo tiempo el vicio despreciable y la virtud ridícula. Por esto, los ejemplos de disolucion en los grandes, autorizando

el vicio ennoblecen la vergüenza y la ignominia, quitándole lo que tiene de despreciable á la vista del público; y así sus pasiones son bien pronto en los demas, nuevos títulos de honor, y la vanidad por sí sola puede darles imitadores.

Nuestra nacion (la Francia) particularmente, ó mas vana, ó mas frívola, segun que se la acusa de uno y otro, ó para hablar con mas equidad y honrarla mas, muy sumisa á sus reyes y mas respetuosa para con los grandes, se gloria de imitar sus costumbres, y mira como una obligacion amar sus personas; porque lisonjeándonos de parecernos á ellos, por lo que nos parecemos en nuestra conducta, se nos figura que nos acercamos á su clase. Todo es honroso conforme á los grandes modelos, y muchas veces la ostentacion por sí sola nos hace caer en excesos á que se niega la inclinacion. Los habitantes de las pequeñas ciudades creerian degenerar no imitando las costumbres de la corte, y el hombre oscuro, al imitar la licencia de los grandes, cree que pone á sus pasiones el sello de la grandeza y de la nobleza, y así la vanidad sola hace per-

petuo el desórden, de que bien pronto se cansa el gusto mismo.

Pero, Señor, por otro lado, todo vuelve á ocupar su lugar en una nacion en que los grandes, y particularmente el príncipe, adoran al señor; porque la piedad es honrada desde que tiene á su favor grandes ejemplos, pues los justos ya no temen ser ridiculizados por el mundo á causa de la virtud, lo que ha sido el escollo de tantas almas apocadas. Entonces se teme á Dios sin temor de los hombres, la virtud no es ya extraña en la corte, y el desórden mismo no marcha ya con la cabeza levantada, pues se ve precisado á ocultarse ó á cubrirse con las apariencias de buena conducta. La vida licenciosa no se presenta ya apoyada en la autoridad pública; y si el vicio nada pierde en ello, á lo menos es menor el escándalo. En una palabra, las obligaciones de la religion se hacen una parte del órden público, y del decoro á que el mundo nos obliga. El culto puede todavía ser despreciado secretamente por el impio, pero, á lo menos, le vengán la magestad y la decencia pública; y así el templo santo

puede ver todavía al pie de sus altares pecadores é incrédulos, pero no profanadores. El zelo de vuestro augusto bisabuelo habia castigado muchas veces con leyes severas, y siempre afrentado con su indignacion y su desgracia, este escándalo, en su reino; y asi podrán hallarse aun hombres corrompidos que nieguen á Dios su corazon, pero no podrán negarse á tributarle su homenaje: en una palabra, puede ser todavía fácil el perderse, pero á lo menos no es vergonzoso el salvarse.

Pues, cuando el ejemplo de los grandes solo sirviese para autorizar la virtud, para hacerla respetable entre los hombres, para quitarle aquella ridiculez impia é insensata que le atribuyen, para poner los justos al abrigo de la tentacion, del escarnio y de la censura, para establecer que no es vergonzoso al hombre servir al Dios á quien debe la vida y la conservacion, y que el culto que se le da, es la obligacion mas gloriosa y mas honrosa á la criatura, así como el titulo de servidor del altísimo es mil veces mas grande y mas real, que todos

los títulos vanos y pomposos con que se decora la diadema de los soberanos; cuando, repetimos, el ejemplo de los grandes no tuviese otras ventajas, era muy honroso para la religion, y traeria muchas bendiciones al imperio.

Señor, feliz el pueblo que encuentra modelos en sus reyes, y puede imitar á los que tiene que respetar por obligacion, que aprende, en los ejemplos que le dan, á obedecer sus leyes, sin verse precisado á no mirar á los que debe homenage.

Pero cuando los ejemplos de los grandes no hallasen en la sola vanidad de los pueblos una imitacion siempre segura, el interes y el ansia que estos tienen de agradarles, les daria tantos imitadores de sus acciones, cuantos serian los pretendientes á sus gracias por la autoridad que tienen.

El jóven rey Roboan olvidó los consejos de un padre que era el rey mas sabio; y una juventud inconsiderada fué al instante colocada en los primeros empleos y participó de sus favores, imitando sus desórdenes.

Los grandes quieren ser aplaudidos, y

como la adulacion es el mas lisonjero y el menos equívoco de todos los aplausos, hay seguridad de agradarles, desde que se procura parecerse á ellos; porque se encantan de ver en sus imitadores la apologia de sus vicios, y en todo cuanto se les acerca, buscan con gusto lo que puede tranquilizarlos contra sí mismos.

Por eso la ambicion, cuyos caminos son siempre largos y penosos, se contenta mucho con abrirse uno mas corto y mas agradable; y así el placer regularmente irreconciliable con la elevacion, se hace instrumento y ministro de ella, las pasiones favorecidas ya por nuestra inclinacion, hallan tambien en la esperanza de la recompensa un nuevo atractivo que las fomenta, y todos los motivos se reunen contra la virtud. ¡ Y si es incómodo libertarse del gusto que agrada, cuan difícil será no entregarse á él, cuando ademas nos honra!

Esta es, Señor, la desgracia de los grandes arrastrados por pasiones injustas; porque su ejemplo corrompe á cuantos somete su autoridad, y extienden sus costumbres, distribuyendo sus

favores, pues todos cuantos dependen de ellos quieren imitarlos. Señor, no estimeis en los hombres sino el amor de sus obligaciones, y entonces vuestros beneficios, no se concederán sino al mérito; condenad en los demas lo que vos no podríais justificar para con vos mismo; porque los imitadores de las pasiones de los grandes insultan á los vicios de estos, imitándolos. ¡ Que desgracia, cuando el soberano no contento de entregarse al desorden, parece le consagra por las gracias con que honra á aquellos que son ó sus imitadores ó sus vergonzosos instrumentos! ¡ Que oprobio para un imperio y que indecencia para la magestad del gobierno! ¡ Que desaliento para una nacion y para los súbditos hábiles y virtuosos á quienes el vicio quita los premios destinados á sus talentos y á sus servicios! ¡ Que descrédito y que envilecimiento para el príncipe en la opinion de las cortes extrangeras! ¡ Y de todo esto que diluvio de males para el pueblo! Los empleos ocupados por hombres corrompidos; las pasiones que constantemente han sido

castigadas con el menosprecio, convertidas en medios de conseguir honores y gloria; la autoridad establecida para mantener el orden y la magestad de las leyes, obtenida por excesos que la violan; las costumbres corrompidas en su fuente; los astros que debian dar luz á nuestros pasos, convertidos en fuegos fatuos que nos extravian; aun las consideraciones y miramientos públicos, que el vicio siempre respeta, desechados como unos usos anticuados propios de la antigua gravedad de nuestros padres, el desorden desembarazado de aquella especie de traba de condescendencias, y la moderacion en el vicio, hecha casi tan ridícula como la virtud.

Pero, Señor, si la justicia y la piedad en los grandes se sustituyen á las pasiones y á la licencia; que fuente de bendiciones para los pueblos! Entonces la virtud distribuye las gracias, ella las recibe; los honores buscan al hombre sabio que los merece y que no los quiere, y huyen del hombre vendido á la iniquidad que corre tras ellos; los empleos públicos no se confian sino á aquellos

que se consagran al bien general; el crédito y la intriga de nada sirven, y el mérito y los servicios no necesitan protectores, el gusto mismo del soberano no decide de sus liberalidades; porque nada le parece digno de recompensa en los súbditos, sino los talentos útiles á la patria, los favores siempre anuncian el mérito ó le siguen de cerca, y no hay mas descontentos en el estado que los ociosos é inútiles. La pereza y los cortos talentos son los únicos que murmuran contra la sabiduría y la equidad de las elecciones, y los talentos se desarrollan con las recompensas que les esperan; todos tratan de hacerse útiles al público, y la habilidad de la ambicion se reduce á hacerse digno de los puestos á que aspira. En una palabra, los pueblos son aliviados, los débiles sostenidos, los viciosos abandonados, los justos honrados y Dios bendecido en los soberanos que le representan; y si el deseo de agradarles puede crear hipócritas; prescindiendo de que pronto ó tarde se quita la máscara, y que la hipocresía se descubre siempre á sí misma por algun pa-

rage , hay á lo menos el homenaje que el vicio tributa á la virtud , honrándose con sus apariencias.

Estas son de parte de los pueblos las consecuencias que su vanidad y deseo de agradar á los grandes les traen siempre por seguir sus ejemplos , y de parte de los grandes , son la extension y la perpetuidad del poder , que sirven como de señal ó del desórden , ó de la virtud , entre los demas hombres.

#### SEGUNDA PARTE.

Los grandes por la extension de su autoridad envuelven en su condenacion y en su destino á muchos que les sirven de instrumentos para sus pasiones.

Si se embriagan con un amor excesivo de la gloria , todo les inspira la desolacion y la guerra ; y entonces , Señor , ¡ cuantos pueblos son sacrificados al ídolo de su orgullo ! ¡ Cuanta sangre se derrama que pide venganza contra sus cabezas ! ¡ Cuantas calamidades públicas de que solo ellos son los autores , y cuantas voces lastimeras suben al cielo

contra hombres que parecen nacidos para la desgracia de los demas ! ¡ Cuantos crímenes nacen de un solo crimen. Nunca podrán lavar sus lágrimas los campos teñidos con la sangre de tantos inocentes , ni su arrepentimiento solo podrá desarmar la cólera del cielo , mientras que deja tras sí tantas tribulaciones y desgracias en el mundo.

Señor , mirad siempre la guerra como el mayor azote con que Dios puede afligir un imperio ; y tratad mas bien de desarmar á vuestros enemigos que de vencerlos ; porque Dios no os ha dado la espada sino para asegurar con ella la seguridad de vuestros pueblos , y no para ofender á los vecinos. El imperio en que Dios os ha colocado es harto extenso , tened mas zelo en aliviar sus miserias que en extender sus límites , haced que vuestra gloria consista mas bien en reparar los males de las guerras pasadas , que en emprender otras ; inmortalizad vuestro reinado mas bien con la felicidad de los pueblos que con el número de vuestras conquistas ; no reguleis la justicia de vuestras empresas

por vuestro poder; y nunca olvideis que las victorias acarrearán siempre, aun en las guerras más justas, tantas calamidades para una nación, como las derrotas más sangrientas.

Pero si el amor del placer puede más en los soberanos que el de la gloria, entonces todo sirve á sus pasiones, todos se apresuran á ser instrumentos de ellas, todos les facilitan el éxito, todo sirve para despertar los deseos y dar armas al deleite y á la sensualidad. Hombres indignos la favorecen, los aduladores le dan títulos honrosos, los autores profanos la hermocean con sus cantos; las artes se afinan para variar los placeres, todos los talentos destinados por el autor de la naturaleza para mantener el orden y hermocean la sociedad, solo sirven para honrar el vicio, y todo el mundo sirve de instrumento y se hace cómplice de sus pasiones injustas. Señor, ¡ Cuan digno de lástima es el que se halla en el pináculo de la grandeza ! Las pasiones que se debilitan con el tiempo se perpetúan en ella por los recursos que tiene, los sinsabores, compañeros

inseparables del desorden, se renuevan por la diversidad de los placeres; y solo el tumulto y la agitación que acompañan al trono, apartan de él las reflexiones, y nunca dejan al soberano un instante consigo mismo. Aun los Natanes, profetas del Señor, callan y pierden su fuerza al acercársele; porque todo le pone continuamente á su vista, todo le habla de su poder y nadie se atreve á manifestarle, aun desde lejos sus flaquezas.

Añádase todavía á la extensión de la autoridad otra de brillo, porque la impresión y el efecto contagioso de sus ejemplos no se limitan á sola su nación. Los grandes sirven de espectáculo á todo el mundo, sus acciones pasan de boca en boca, de provincia en provincia y de nación en nación, porque nada es privado en su vida sino todo público; el extranjero en las cortes más lejanas fija la vista en ellos como cualquiera ciudadano, y forman imitadores hasta en los parages en que su poder les hace enemigos; todo el mundo se resiente de sus virtudes ó de sus vicios; son,

por decirlo así, ciudadanos del universo; entre todos los pueblos ocurren acontecimientos que tienen su origen en los ejemplos que les dan, y así son responsables ante Dios, de la justicia ó de las iniquidades de las naciones, y sus vicios ó sus virtudes se extienden mas allá que los límites de su imperio.

La Francia particularmente que mucho tiempo ha llamado la atención de la Europa, se da también mas en espectáculo que otra nación alguna; porque una multitud de extranjeros viene á ella á estudiar nuestras costumbres, y las introduce despues en los países mas lejanos; y aun vemos los hijos de los soberanos dejar los placeres y magnificencia de sus cortes, venir aquí como particulares, sustituir á la lengua y á los modales de su nación, la cortesanía de la nuestra; y como el trono es el primero á que se mira, se firman, ó conforme á la sabiduría y moderación, ó al orgullo y vicios del príncipe que le ocupa. Señor, mostraos un soberano á quien puedan imitar, que vuestras virtudes y la sabiduría de vuestro gobierno

los llame aun mas su atención que vuestro poder; y que se sorprendan todavía mas de la justicia de vuestro reinado que de la magnificencia de vuestra corte. No les manifesteis vuestras riquezas como lo hizo aquel rey de Judá con los extranjeros que habian ido de Babilonia, sino vuestro amor para con los súbditos y el de estos á vuestra persona, que es el verdadero tesoro de los soberanos. Sed el modelo de los buenos reyes, y admirando á los extranjeros haréis felices vuestros pueblos.

Pero los príncipes y los grandes no son únicamente deudores á los hombres de su siglo, sino que sus ejemplos tienen un carácter de perpetuidad, en que se interesan los siglos futuros.

Los vicios ó las virtudes del comun de los hombres mueren ordinariamente con ellos; porque su memoria acaba con sus personas, y únicamente el día del juicio manifestará sus acciones al universo; pero entre tanto, sus obras estan sepultadas en el olvido y en la misma oscuridad del sepulcro donde se hallan sus cenizas.

Pero los príncipes y los grandes pertenecen á todos los siglos, porque su vida enlazada con los acontecimientos públicos pasa con estos de edad en edad; sus pasiones, ó conservadas en monumentos públicos, ó inmortalizadas en nuestras historias, ó cantadas por una poesía lasciva, servirán tambien para tender lazos á la última posteridad; porque el mundo está todavía lleno de escritos perniciosos que han trasmitido hasta nuestro tiempo los desórdenes de las cortes anteriores. Las disoluciones de los grandes nunca mueren, sus ejemplos predicarán todavía el vicio ó la virtud á nuestros descendientes mas remotos, y la historia de sus costumbres durará tanto como la de su siglo.

¡ Cuan felices obligaciones, Señor, contraen los grandes y los reyes por solo la razon de su estado, con la piedad y con la justicia! Si hallan en él mas atractivos para el vicio, tambien encuentran motivos poderosos para la virtud! ¡ Cuan circunspectos deben ser en sus acciones que se hallarán escritas en el libro de la posteridad con carac-

teres indelebles! ¿ En que pueden hacer consistir mejor su gloria que en estar libres de vicios y de pasiones, cuya memoria afeará la historia de todas las épocas y los hombres de todos los siglos? No pueden tener emulacion mas laudable que la de dar ejemplos que serán algun dia los títulos mas preciosos de la monarquía, y monumentos públicos de la justicia y de la virtud. Por último nada mas grande que haber nacido para la felicidad, aun futura de los siglos, para contar con que solo sus ejemplos crearán una sucesion de virtud y de temor del Señor entre los hombres, y que de sus mismas cenizas renacerán de edad en edad príncipes que se les parezcan.

Este es, Señor, el destino de los buenos reyes, y este fué el de aquel gran rey vuestro augusto bisabuelo que siempre os propondremos por modelo y que lo será de todos los reyes futuros. Nunca olvideis aquellos últimos momentos en que teniéndoos en sus brazos aquel heróico anciano, como hoy Simeon, bañándoos con sus lágrimas

paternales, y ofreciendo al Dios de sus padres el resto precioso de su familia real, murió alegremente viendo al niño milagroso que Dios reservaba todavía para ser la salud de la nación y la gloria de Israel. Señor, tened siempre presente este grande espectáculo, el del padre de los reyes muriendo y viendo revivir en vos la única esperanza de toda su posteridad extinguida, recomendando vuestra infancia á la tierna y respetable depositaria de vuestra primera educación, (la señora Duquesa de Ventadour) la que formando vuestras primeras inclinaciones, y por decirlo así, vuestras primeras palabras, os vió cerca de la muerte; confiando el depósito sagrado de vuestra persona al príncipe piadoso (el duque de Maine) que os inspira sentimientos dignos de vuestra cuna, y al ilustre mariscal (el de Villerói) que ha heredado la ciencia de educar á los reyes, y que siendo uno de los primeros súbditos del estado, os enseñará á ser el mayor ray de vuestro siglo, al prelado fiel, (el antiguo obispo de Frejus) que despues de haber gobernado sabia-

mente la iglesia, hará de vos su mas zeloso protector, y en fin á toda la nación de quien sois á un mismo tiempo, padre y pupilo precioso.

Que nunca se borren, Señor, de vuestra memoria las sabias máximas que aquel gran príncipe os dejó al morir, como una herencia de mas valor que su corona.

Os exhortó á que aliviáseis los pueblos, servidles, pues, de padre y por muchos títulos seréis su soberano.

Os inspiró horror á la guerra, exhortándoos que no siguiéseis en esto su ejemplo; sed pues un príncipe pacífico, porque las conquistas que ganan los corazones son las mas gloriosas.

Os encargó el temor de Dios, ante quien debeis caminar en la inocencia; porque no reinaréis con felicidad sino en cuanto que así lo hagais santamente.

Señor, sean las últimas palabras de aquel gran rey, de aquel patriarca de vuestra real familia, como fueron las del patriarca Jacob al morir, esto es, las predicciones de lo que debía suceder

( 24 )

un día á su familia, y sean sus últimas instrucciones la profecía de vuestro reinado. Amen.



## SERMON

PARA

### EL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

#### *Acerca de las tentaciones de los grandes*

*Jesus ductus est in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.*

*Jesus fué conducido por el espíritu al desierto, para ser tentado en él por el diablo. (Matth. IV, 1.)*

SEÑOR,

Los portentos que se vieron en el nacimiento y al principio de la vida de Jesucristo, no dejaron duda al demonio de que el altísimo destinaba á aquel á cosas grandes.

Cuanto mas percibió los primeros vislumbres de su grandeza futura, tanto mas se apresuró en armarle lazos. El ser

( 24 )

un día á su familia, y sean sus últimas instrucciones la profecía de vuestro reinado. Amen.



## SERMON

PARA

### EL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

#### *Acerca de las tentaciones de los grandes*

Jesus ductus est in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.

*Jesus fué conducido por el espíritu al desierto, para ser tentado en él por el diablo. (Matth. IV, 1.)*

SEÑOR,

Los portentos que se vieron en el nacimiento y al principio de la vida de Jesucristo, no dejaron duda al demonio de que el altísimo destinaba á aquel á cosas grandes.

Cuanto mas percibió los primeros vislumbres de su grandeza futura, tanto mas se apresuró en armarle lazos. El ser

descendiente de los reyes de Judá, el derecho que tenia á la corona de sus mayores, las profecías que anunciaban que Dios suscitaría, en los últimos tiempos y en la raza de David, al príncipe de la paz y al libertador de su pueblo, con todo lo demás que anunciaba la grandeza de Jesucristo, puso en armas la malicia del tentador contra su inocencia.

Señor, los grandes son los primeros objetos del favor del demonio; porque estando mas expuestos que los demás hombres á sus seducciones y á sus lazos, se los prepara muy temprano; y como con la caída de aquellos cuenta lograr con la de casi todos los que dependen de ellos, reúne todas sus fuerzas para perderlos.

*Convertid estas piedras en pan*, (Matth. VI, 3), dijo á Jesucristo; porque su primera tentacion es con el placer, y es el primer lazo que arma á la inocencia de los grandes.

*Pues que sois hijo de Dios*, añadió, *él enviará sus ángeles para guardaros*, (Ib. V, 6), aquí prosigue por medio

de la adulacion que es una tentacion todavía mas peligrosa con que envenena sus almas.

Por último le dice: *Os daré los reinos del mundo y toda la gloria de ellos* (v. 8, 9); y aquí concluye por la ambicion, que es el último y mas seguro recurso de que se sirve para triunfar de sus debilidades.

Asi es como el placer empieza á corromperles el corazon, la adulacion los afianza en el falso camino y les cierra todos los de la verdad, y la ambicion consume su ceguedad acabando de profundizarles el precipio. Expongamos estas importantes verdades implorando primero el auxilio de la santísima Virgen, saludándola con el ángel. Ave, Maria.

#### PRIMERA PARTE.

SEÑOR, el placer es el primer escollo de nuestra inocencia; porque las demás pasiones, mas tardías, no se desenvuelven ni llegan á toda su fuerza sino á la época de la razon, siendo asi que la del placer se le anticipa, y nos hallamos corrompidos casi antes de haber podido

conocer lo que somos. Esta desgraciada inclinacion, que afea todo el curso de la vida de los mortales, tiene casi siempre su origen en las primeras costumbres; y así es el primer tiro envenenado que hiere el alma, y el que desfigura su primera inocencia, y de él nacen despues los demas vicios.

Pues este primer escollo de la vida humana, es como el privilegiado de la vida de los grandes; porque esta lastimosa pasion no tiene sobre los demas hombres sino un medio imperio, á causa de los obstáculos que se interponen, del temor de las conversaciones públicas que la detienen, y del amor de las riquezas que entra en concurrencia.

Como no encuentra obstáculos en los príncipes y en los grandes, ó si los halla se atropellan fácilmente, ellos mismos la encienden é irritan. ¿Y cuales son los que pueden encontrar los que tienen en sus manos los caudales y la fortuna pública? Las ocasiones casi se anticipan á sus deseos, y donde quiera que miren, por decirlo así, encuentran crímenes que los esperan; porque la bajeza del

siglo y el envilecimiento de las cortes, honra, aun con elogios públicos, todo cuanto acierta á seducirlos, presta homenajes indignos al descaro mas vergonzoso, una dicha tan villana se la mira con envidia, en lugar de execrarla, y la infamia del crimen público se cubre con pública adulacion. Los príncipes, Señor, desde el punto en que se entregan al vicio, se gobiernan por su voluntad sin otro freno, y no se opone mas resistencia á sus pasiones que á sus órdenes.

Quiso David gozar de su crimen, y lo mejor de su ejército fué al instante sacrificado, pereciendo de este modo el único testigo que podia incomodar á su incontinencia. Nada embaraza ni se opone á las pasiones de los grandes; y por eso tiene para ellos un nuevo atractivo la facilidad de satisfacerlas, porque todos los caminos del crimen se les allanan, y al punto es posible todo cuanto les place.

El temor del público es otro freno para contener al comun de los hombres; porque por corrompidas que se hallen las costumbres, todavía el vicio no ha

perdido, entre ellos, todo lo vergonzoso que tiene, pues hay una especie de pudor público que los obliga á ocultarle; y el mundo mismo que parece honrarse con él, le impone aun cierto deshonor y oprobio. Es cierto que favorece las pasiones, pero obliga sin embargo á tener miramientos que las embarazan y si da lecciones públicas de vicio y de deleite, exige no obstante el secreto, y una suerte de condescendencia en aquellos que se entregan á él.

Pero este yugo es nulo para los príncipes y los grandes, porque desprecian demasiado á los hombres para temer su censura. El homenaje público que se les hace los tranquiliza acerca del menosprecio secreto que se los tiene, ni temen á un público que los teme y los respeta, y para oprobio del siglo, tienen motivo para lisonjearse que sus pasiones son tan consideradas como sus personas. La distancia que hay entre ellos y el pueblo, les parece verla en un punto tan lejano, que le miran como si no existiera, desprecian todos los tiros que vienen de tan lejos que no pueden

llegar á ellos, y á pesar de que ellos sean los objetos de la censura pública, casi siempre son los únicos que lo ignoran.

De este modo, Señor, cuanto mas grande es uno, tanto mas debe al público; porque la elevacion que ofende ya el orgullo de aquellos que nos obedecen, los hace censores mas severos y mas ilustrados de nuestros vicios; pues parece que quieren ganar con la censura lo que pierden por la sumision, y desquitarse de la servidumbre, con la libertad de sus discursos. Los grandes, Señor, creen que todo les es permitido, y nada se les perdona, viven como si nadie tuviese los ojos fijos en ellos, y sin embargo, ellos solos son, en cierto modo, el espectáculo perpetuo de todos los hombres.

Por último, la ambicion y el deseo de hacer fortuna en los demas se une con el amor del placer; y los cuidados que aquella exige, son otros tantos momentos que se arrebatan al deleite, y la ambicion suspende cuando menos las pasiones que en todos tiempos le han sido

un obstáculo ; porque no pueden combinarse los pasos medidos y juiciosos de la ambicion , con el pasatiempo , la ociosidad y todo el desórden y las extravagancias del vicio. En una palabra , el libertinage ha sido siempre un escollo inevitable para elevarse , y hasta ahora los placeres han burlado muchas esperanzas de elevacion , y raras veces la han adelantado.

Pero los príncipes y los grandes que nada tienen que desear por haber llegado al pináculo de la fortuna , tampoco encuentran nada que embaraze sus placeres ; porque todo lo han adquirido por el nacimiento , y no les queda mas que hacer , por decirlo asi , sino gozar de sí mismos , pues sus antepasados trabajaron para ellos ; que no tienen otro cuidado que el deleite , descansando en cuanto á su elevacion sobre sus títulos , y dando todo lo demas á sus pasiones.

Por eso , los hijos de los hombres ilustres son regularmente sucesores de la dignidad y de los honores de sus padres , pero no de su gloria ni de sus virtudes. La elevacion que poseen por su

nacimiento , les impide hacerse dignos de ella ; y siendo herederos de un nombre ilustre , les parece inútil adquirirse uno ellos mismos. Gustan los frutos de una gloria que no les ha costado amargura alguna , y la sangre y trabajos de sus antepasados les sirven de título para su molicie y su ociosidad. El nacimiento se lo ha dado todo hecho y nada ha dejado que hacer al mérito ; y asi , muchas veces , la época gloriosa de la elevacion de una familia es un momento despues , por un indigno heredero la señal de su decadencia y de su oprobio. Los ejemplos de esto existen en todas las naciones y en todos los siglos.

Salomon habia extendido la gloria de su nombre hasta los extremos del mundo ; porque el brillo y la magnificencia de su reino habia superado al de todos los reyes del oriente ; pero un hijo insensato fué el juguete de sus propios súbditos , y tuvo que sufrir la separacion de diez tribus y que eligiesen un nuevo rey. Los hijos de la gloria y de la magnificencia raras veces lo son de la sabiduría y de la virtud ; y aun es menos

raro adquirir por sí mismo la consideracion y los honores, que sostener uno y otro cuando se sucede en ellos.

### SEGUNDA PARTE.

Es pues el placer el primer escollo de los grandes y por él empieza el tentador á seducirlos, continuando por la adulacion; porque el placer corrompe el corazon por el vicio; pero la adulacion acaba de cerrarle á la virtud. Los atractivos que rodean el trono atizan por todas partes el deseo de los deleites, pero la adulacion le justifica, porque el desorden deja siempre en el fondo de la conciencia el gusano roedor, mas el adulador l'ama debilidad al remordimiento, estimula la timidez al crimen, y por consiguiente el único recurso que podia volverle á atraer al poder del orden y de la razon.

Señor, los hombres que parecen nacidos para contemporizar y aplaudir las pasiones de los grandes, ó para armar lazos á su inocencia, son su mayor azote, y es gran desgracia para los pueblos, el que los principes y los poderosos se entreguen

á estos enemigos de su gloria, porque lo son de la sabiduría y de la verdad. Las calamidades originadas por la guerra y el hambre son males pasajeros, porque tiempos mas felices se suceden, que traen la paz y la abundancia; y aunque los pueblos son affligidos por aquellos, la sabiduría del gobierno les hace esperar recursos. Pero la adulacion no permite esperar alguno, siendo una calamidad para el estado que siempre arrastra tras sí otras nuevas; porque la opresion de los pueblos ocultada al soberano, solo les anuncia cargas mas pesadas, pues los gemidos mas penetrantes de la miseria pública se tienen bien pronto por verdaderas quejas; asi como la adulacion pinta las reconven-  
ciones mas justas y mas respetuosas como temeridad digna de castigo, y no da otro nombre á la imposibilidad de obedecer que el de mala voluntad y aun de rebelion. ¡Confunda el señor, decia, en otro tiempo, un santo rey, á aquellas lenguas engañadoras y aquellos labios llenos de falsedad que pretenden perdernos porque solo se ocupan en estudiar como agradarnos!  
(Ps. XI. 4.)

Señor, desconfiad siempre de aquellos que para autorizar los gastos inmensos de los reyes les abultan continuamente la riqueza de sus pueblos. Vos sucedéis en una monarquía floreciente, pero cansada por las pérdidas pasadas. El zelo de vuestros súbditos es inagotable, pero no reguleis por él vuestros derechos; porque sus fuerzas no corresponderán en mucho tiempo á su zelo: las necesidades del estado las han apurado. Dejadlos respirar de su fatiga, y aumentaréis vuestros recursos, ganando su corazón. Oid los consejos de los sabios y de los viejos á que ha sido confiada vuestra infancia y que presidieron en los consejos de vuestro augusto bisabuelo. Acordaos de aquel joven rey de Judá, cuyo ejemplo os he citado, quien por haber preferido los dictámenes de una juventud inconsiderada á la sabiduría y madurez de los consejeros de Salomón su padre, que les había debido la gloria y la prosperidad de su reinado, y que aconsejaban al hijo que asegurase los principios del suyo con el alivio de los pueblos, vió formarse un nuevo reino con las ruinas del de Judá; y por

haber querido exigir de sus súbditos mas de lo que le debían, perdió su amor y su fidelidad. Pocas veces son útiles los consejos que agradan; y el que adula á los soberanos, causa por lo comun la desgracia de los pueblos.

Si, Señor, los vicios de los grandes se fortifican con la adulacion y sus mismas virtudes se corrompen; porque ¿ que recurso puede quedar á las pasiones, cuando solo encuentran elogios? ¿ Y como podríamos aborrecer y corregir nuestros defectos cuando se alaban, pues aun aquellos mismos que se censuran, tienen todavía dentro de nosotros, no solo inclinaciones, sino aun razones en su favor? Nosotros hacemos en nuestro interior la apología de nuestros vicios, y la ilusión no puede desvanecerse, cuando todos los que nos rodean, nos dicen que son virtudes.

Aun las virtudes de los grandes se pierden, y tal es la experiencia de todos los siglos, como decia Suero; porque las insinuaciones lisonjeras de los malvados han pervertido siempre las inclinaciones laudables de los mejores príncipes, y las

historias mas antiguas nos suministran ejemplos de ello: *Et ex veteribus probatur historiis... quomodo malis quorundam suggestionibus, regum studia depraventur.* (Esther. XVI, 7.) Un rey infiel era quien confesaba esto públicamente á sus súbditos, cuando los consejos especiosos é inicuos de un adulator iban á manchar toda la gloria de su imperio; y la fidelidad de solo Mardoqueo detuvo el brazo que estaba pronto para hacer perecer los inocentes. Un solo súbdito fiel decide muchas veces de la felicidad de un reinado y de la gloria del soberano, asi como basta un solo adulator para mancillar toda la gloria del principe y causar la desgracia de todo un imperio.

Efectivamente, la adulacion produce el orgullo, y este es siempre el escollo fatal de todas las virtudes; porque el adulator, atribuyendo á los grandes, cualidades laudables que no tienen, les hace perder, aun aquellas de que les habia dotado la naturaleza, y convierte en causas de vicio las inclinaciones que daban esperanzas de virtud. El valor degenera en presuncion, la magestad

que inspirada por el nacimiento dice bien á un soberano, ya no es mas que una altivez vana que le envilece y le degrada; el amor de la gloria que ha heredado de los reyes sus mayores pasa á ser una vanidad insensata, que quisiera ver todo el mundo á sus pies, que desea combatir únicamente por tener el frívolo honor de vencer, y que lejos de sujetar sus enemigos, se hace otros nuevos y arma contra sí sus vecinos y sus aliados. La humanidad que es tan amable en la elevacion, y como el primer sentimiento que se infunde desde la infancia en el corazon de los reyes, limitándose despues á prodigalidades excesivas y á una familiaridad sin reserva para con un corto número de favoritos, no les deja mas que una insensibilidad dura para con las miserias públicas; y las obligaciones mismas de la religion de que son los primeros protectores, y las que habian sido la ocupacion mas seria de su tierna edad, no les parecen luego sino diversiones pueriles de la infancia. Señor, los principes nacen por lo comun virtuosos y con inclinaciones

dignas de su sangre, de modo que el nacimiento nos los da como debian ser, y solo la adulacion los hace como son.

Echados á perder con las alabanzas, nadie se atreve ya á decirles la verdad, y ellos son los únicos que ignoran en su reino lo que ellos solos deberian saber. Envian ministros para que se informen de lo mas secreto que pasa en las cortes y en los reinos mas distantes, y nadie se atreve á manifestarles lo que pasa en el suyo propio; porque la adulacion rodea su trono, cierra todas las avenidas y no deja acceso á la verdad. Asi es como el soberano es el único forastero en medio de sus pueblos, y cree manejar los resortes mas secretos del imperio, cuando ignora los acontecimientos mas públicos, se le ocultan sus pérdidas y se le abultan sus ventajas, se le disminuyen las miserias públicas y se burlan de él á fuerza de respetarle; de modo que nada ve como es en sí y todo le parece como lo desea.

Estas son las tristes consecuencias de la adulacion, y sin embargo, Señor, ella es el vicio mas comun de las cortes y el

escollo de los mejores príncipes. Apenas el jóven rey Joas habia perdido al fiel pontífice Joiada, sabio tutor de su infancia y el único medio por donde la verdad llegaba todavía á los pies del trono, cuando seducido por las adulaciones de los cortesanos, como dice la escritura, se dirigió por sus malos consejos y se entregó á sus propias flaquezas: *Delinitus obsequiis eorum, acquievit eis* (II. Paral. XXIV, 17).

La adulacion, que de un buen príncipe forma uno para la desgracia de su nacion, es la que convierte el cetro en un yugo pesado y que á fuerza de alabar las flaquezas de los reyes, hace despreciables aun sus virtudes.

Si, señor, el que adula á sus soberanos los vende, y la perfidia que los engaña es tan criminal como el que los destrona. La verdad es el primer homenaje que se les debe, y hay corta distancia de la mala fe del adulator á la del rebelde; porque no se hace caso del honor ni de la obligacion, desde que no se aprecia la verdad, que es la única que honra al hombre, y que es la basa de todas las

obligaciones. La adulacion deberia castigarse con la misma infamia que la perfidia y la rebelion; y la seguridad pública deberia suplir la falta de las leyes, que no han contado la adulacion entre los grandes crímenes, contra los que decretan suplicios; porque tan criminal es atentar á la buena fe de los príncipes como á su sagrada persona, el faltarles á la verdad, como el serles infieles, pues el enemigo que quiere perderlos, es menos de temer que el adulador que solo trata de agradarlos.

Pero la adulacion mas peligrosa es la de aquellos que por la santidad de su carácter deben ser ministros de la verdad. Id, dijo el Señor al espíritu de mentira: entrad en la boca de los profetas del rey Acab y lograréis lo que deseais, porque le engañaréis y su seducción es inevitable: *decipies et prævalebis* (III. Reg. XXII, 22). ¡ Si la adulacion tiene tantos atractivos, aun cuando los vicios y la disolucion del adulador debilitan su autoridad y la hacen sospechosa, cual será su seducción, cuando está revestida de las apariencias de la virtud! ¡ Que

envilecimiento para nosotros si del ministerio de la verdad, hacemos uno de adulacion y de mentira, si en la misma cátedra del Espíritu Santo que debe servir para corregir é instruir á los grandes, les tributamos falsas alabanzas, que acaban de seducirlos; si por el único conducto por donde puede llegarles la verdad, no reciben sino un vislumbre engañoso que les sirve para desconocerse; si nos servimos del lenguaje adulador y rastrero de las cortes, al anunciarles las palabras generosas y sublimes del Señor y si lejos de ser en la tierra los maestros y doctores de los reyes, somos únicamente viles esclavos de la vanidad y de la fortuna! ¡ Y que desgracia para los grandes la de hallar dignos apologistas de sus vicios, en aquellos que deberian censurarlos, y oír al rededor del trono los ministros y los intérpretes de la religion hablar como cortesanos, y ver aduladores, donde deberian hallar Ambrosios!

¡ O! vos Señor, á quien Dios ha puesto para gobernar á los hombres, amad en ellos únicamente la verdad que es la que

los hace amables. No escuchéis discursos lisonjeros, porque el adulador os aborrece y solo ama vuestras gracias y mercedes. Oid las alabanzas que os atribuyen falsas virtudes, como acusaciones públicas de vicios verdaderos, y acordaos de que el elogio menos sospechoso del soberano es el amor de los pueblos. Los buenos y los malos príncipes han sido igualmente alabados en su vida, y aun parece que las bajas adulaciones se han prodigado mas á los malos. El aborrecimiento público, generalmente se oculta bajo la adulacion: haceos, Señor, digno que os alaben, y despreciaréis las alabanzas.

TERCERA PARTE.

La adulacion cierra pues el corazon á la verdad; pero bien pronto produce el triste fruto de la ambicion á que conduce su ceguedad, y acaba de ahondar el precipicio, y tal es la última tentacion con que el demonio provoca hoy á Jesucristo: *Os daré los reinos del mundo y toda su gloria.*

Si, Señor, la adulacion es la que conduce siempre á los grandes á la gloria insensata y mal entendida de la ambicion; y semejante deseo arrastra el corazon poseido de él á todos los excesos.

Esta infausta pasion hace primeramente desgraciado al ambicioso de quien se apodera, le envilece y degrada despues, y al fin le conduce á una falsa gloria por medios injustos que le hacen perder la verdadera. Estos son los caracteres vergonzosos de la ambicion, y sin embargo el mundo honra sus héroes por él, y ellos se consideran muy honrados.

No por esto pretendo autorizar en los grandes ni en los demas hombres una vida muelle y oscura, ni sentimientos bajos y cobardes, ni con pretexto de censurar la ambicion, consagrar el ocio y la indolencia.

Bien sé que hay una noble emulacion que desempeñando de sus obligaciones conduce á la gloria; sé que el nacimiento nos la inspira y la religion la autoriza, y que ella es la que da á los imperios ciudadanos ilustres, ministros sabios y laboriosos, generales valientes, escrito-

res célebres y príncipes dignos de los elogios de la posteridad. La verdadera piedad no es una profesion que forme pusilánimes y ociosos; porque la religion ni ablanda ni abate el corazon, por el contrario le ennoblece y eleva, y sola ella sabe formar grandes hombres; pues que siempre son pequeños, cuando solo son grandes por vanidad. Asi es como la molicie y el ocio ofenden igualmente las reglas de la piedad y las obligaciones de la vida civil; y el ciudadano inútil está tan proscripto por el evangelio como por la sociedad.

Pero la ambicion que es un deseo insaciable de elevarse sobre los demas, aun á costa de arruinarlos, gusano que roe el corazon agitándole siempre, passion que es el gran resorte de las intrigas y de todos los movimientos de las cortes, que forma las revoluciones de los estados, y da todos los dias al mundo nuevos espectáculos, y que se atreve á todo sin reparar en nada, es un vicio todavia mas pernicioso á los imperios que la pereza misma.

Por decontado hace infeliz al que está

poseido de ella, porque el ambicioso de nada goza, ni de su gloria pues le parece oscura, ni de sus empleos, porque quiere otros mas elevados, ni de su prosperidad, porque se fastidia y perece en medio de su abundancia, ni de los homenages que se le tributan, porque estan envenenados con los que él se ve precisado á tributar á los demas, ni de su favor, porque le amarga, desde el punto en que ve que otros participan de él, ni de su reposo, porque es desgraciado en proporcion que tiene que estar mas tranquilo; y es un Amon, que á pesar de ser frecuentemente el objeto de los deseos y de la envidia pública, se hace insoportable á sí mismo; porque se le niega un solo homenaje á su excesiva autoridad.

La ambicion hace, pues, al hombre desgraciado, y ademas le envilece y le degrada. ¡ Cuantas bajezas hace para ascender en dignidad, siéndole preciso parecer no lo que se quiere que sea! Bajeza de adulacion, porque inciensa y adora al ídolo que desprecia; bajeza de cobardía, porque necesita saber sufrir

disgustos, devorar desaires y admitirlos casi como gracias, bajeza de disimulo, teniendo que ocultar sus propios sentimientos y pensar como los demas, bajeza de desarreglo teniendo que hacerse cómplice y quizá instrumento de las pasiones de aquellos de quien depende, y aun entrar á la parte de sus desórdenes para participar con mas seguridad de sus gracias; y al fin hasta la bajeza de hipocresía para emplear algunas veces las apariencias de la piedad, hacer el papel de hombre honrado para conseguir empleos; y convertir la religion misma en instrumento de la ambicion condenada por ella. Esta no es una pintura imaginaria, es sí la pintura fiel de las costumbres de las cortes, y es la historia de lo que son los que viven en ellas.

Despues de esto, digásenos que la ambicion es el vicio de las almas grandes, cuando es el carácter de un corazón bajo y rastrero, y la señal distintiva de una alma vil. Únicamente el cumplimiento de nuestras obligaciones puede conducirnos á la gloria; y si esta se debe á las bajezas y á las intrigas de la ambi-

cion, lleva consigo un carácter de oprobio que nos deshonra; y solo promete los reinos del mundo y toda su gloria á los que se postran ante la iniquidad y se degradan vergonzosamente á sí mismos: *si cadens, adoraveris me* (Matth. IV, 9). Á vuestra elevacion se echa siempre la culpa de vuestras bajezas, vuestros empleos y dignidades recuerdan continuamente las vilezas con que los habeis obtenido, y los títulos de vuestros honores se convierten en testimonios públicos de vuestra ignominia; pero en el ánimo del ambicioso el éxito oculta la vergüenza de los medios; porque queriendo ascender, todo cuanto le conduce á ello, es la única gloria que busca; y asi mira aquellas virtudes romanas, que nada quieren deber sino á la rectitud, al honor y á los servicios, como virtudes de novela y de teatro, y cree que los sentimientos elevados podian formar en otro tiempo la gloria de los héroes; pero que la bajeza y el envilecimiento forman en la actualidad los héroes de la fortuna.

De este modo la injusticia de esta passion es tambien el último carácter aun

mas odioso que el de sus inquietudes y de su oprobio. Si, hermanos míos, un ambicioso no conoce mas ley que la que le favorece, y el crimen que le eleva es para él como una virtud que le ennoblece. Es un amigo infiel que no conoce la amistad sino cuando puede servir á su fortuna; es mal ciudadano, y por eso la verdad solo le parece estimable en cuanto le es útil, el mérito en concurrencia suya es un enemigo á quien no perdona, pues el interes público cede siempre al suyo propio y aleja los sujetos beneméritos para sustituirse en su lugar; sacrifica á sus zelos el bien del estado, y veria con menos pesar desgraciarse los negocios públicos en sus manos, que salvarse por los cuidados y conocimientos de otro.

Esta es la ambicion en la mayor parte de los hombres, inquieta, vergonzosa é injusta; pero, Señor, si se apodera del corazon del príncipe y le infesta; si el soberano olvidando que es el protector de la tranquilidad pública prefiere su propia gloria al amor y al bien de sus pueblos; si gusta mas de conquistar

provincias que de reinar en los corazones; si le parece mas glorioso destruir á sus vecinos que ser el padre de su pueblo; si el luto y la desolacion de sus súbditos es el único canto de alegría que acompaña á sus victorias; si emplea para sí solo el poder que únicamente se le ha dado para hacer felices á los que gobierna! en una palabra, si solo es rey para desgracia de los hombres, y como el otro de Babilonia, no quiere levantar la estatua impia y el idolo de su grandeza sino sobre las lágrimas y las ruinas de los pueblos y de las naciones, ¡ Gran Dios que calamidad para el mundo, y que presente haceis á los hombres en vuestra cólera, dándoles semejante dueño !

Su gloria, Señor, siempre estará manchada con sangre, y quizá algun insensato cantará sus victorias; pero las provincias, las ciudades, los campos llorarán por ellas; se le levantarán monumentos soberbios para inmortalizar sus conquistas; pero las cenizas todavía humeantes de tantas ciudades, en otro tiempo florecientes, la desolacion de tantas campi-

ñas despojadas de su antigua hermosura, la ruina de tantas murallas, bajo las cuales yacen tantos ciudadanos pacíficos; y tantas calamidades como subsistirán despues de él, serán unos monumentos lúgubres que immortalizarán su vanidad y su locura. Habrá pasado como un torrente para destrozár la tierra, y no como un río magestuoso que lleva por ella la alegría y la abundancia. Su nombre se hallará escrito en los anales de la posteridad, entre los conquistadores, pero no entre los buenos reyes, y solo se citará la gloria de su reinado para recordar la memoria de los males que hizo á los hombres. De este modo su orgullo (1) dice el Espíritu Santo, habrá subido hasta el cielo, su cabeza habrá tocado en las nubes, sus triunfos habrán igualado sus deseos, y todo este cúmulo de gloria solo será al fin un monton de estiércol, que únicamente producirá infeccion y oprobio.

¡ Gran Dios ! vos que sois el protector

(1) Si ascenderit usque ad cœlum superbia ejus, et caput ejus nubes tetigerit: quasi sterquilinum in fine perdetur. *Job*, XX, 6, 7.

de la infancia de los reyes, y particularmente de los que son pupilos, apartad todos estos lazos del niño precioso que nos habeis conservado por efecto de vuestra misericordia. Él puede deciros, como en otro tiempo un rey formado segun vuestro corazon: *Mis padres me han abandonado.* (Ps. XXVI, 10.) Apenas habia yo abierto los ojos, quando una muerte prematura los cerró á un mismo tiempo á la madre que me habia tenido en sus entrañas, y cuyas facciones amables y magestuosas estan todavía gravadas en mi semblante, y al príncipe piadoso que me engendró y cuyos sentimientos religiosos estarán siempre impresos en mi corazon: *Pater meus et mater mea dereliquerunt me.* Pero vos, Señor, que sois el padre de los reyes, y el Dios de mis padres, me habeis puesto bajo vuestra proteccion, y á cubierto bajo la sombra de vuestras alas y de vuestra bondad paternal: *Dominus autem assumpsit me.* (Ibid.)

¡ Gran Dios ! conservad pues su inocencia como un tesoro todavía mas estimable que su corona, hacedla crecer con

su edad, tomad su corazon en vuestras manos, y que el fuego impuro de los deleites no profane jamas un santuario que vos os habeis reservado tantos siglos ha; *Custodi innocentiam.* (Ps. XXXVI, 37.)

Ved estas semillas de rectitud y de verdad que habeis colocado en su alma, este espiritu de justicia y de equidad que se desarrolla todos los dias y que parece haber nacido con él, y esta aversion naciente para con los artificios y falsas alabanzas de los aduladores, y no permitais que la adulacion corrompa jamas estos dichosos presagios de nuestra felicidad futura: *Et vide æquitatem* (Ibid).

Que reine para nuestra ventura, y reinará para su gloria, que no tenga mas ambicion que la de hacer felices á sus súbditos, que el titulo que mas estime sea el de rey benéfico y pacífico, pues que no será grande sino en cuanto sea amado de su pueblo. Que sea el modelo de todos los buenos reyes, y que como principe pacífico pueda dejar todavia tras sí otros principes que se le parezcan: *Quoniam sunt reliquæ homini pacifico* (Ibid.). Admitid estos votos ó Dios mio y sean para

nosotros las prendas de la tranquilidad de la vida presente y la esperanza de la futura. Amen.

# SERMON

PARA

EL SEGUNDO DOMINGO

DE CUARESMA.

*Respeto que los grandes deben tener á  
la Religion.*

Et ecce apparuerunt illis Moses et Elias cum  
Jesus loquentes.

*Y en aquel momento vieron aparecerse á  
Moisés y Elias que conversaban con Jesus.*

SEÑOR,

Los dos mayores hombres que hasta  
entonces se habian visto en el mundo,  
se presentaron hoy en el monte santo  
para rendir homenaje á la gloria y á la  
grandeza de Jesucristo.

Moises, aquel Dios de Faraon, aquel  
legislador de los pueblos, aquel vencedor

( 57 )

de los reyes, aquel que dominó la natura-  
leza, y mas grande todavia por el  
título de fiel servidor de la casa del  
Señor.

Elias, aquel hombre milagroso, terror  
de los príncipes impios, que podia ha-  
cer bajar fuego del cielo ó subirse á él  
en un carro de gloria y de luz y mas cé-  
lebre por el zelo santo que le devoraba  
que por todos los milagros que hizo en  
su vida.

Y, sin embargo los dos no habian  
sido grandes sino por haber figurado á  
Jesucristo. Vinieron pues á adorar á este  
divino original y á hacerle entrega del  
poder y la gloria que pertenece á él solo,  
de la cual ellos no habian sido mas que  
como precursores y depositarios.

Este es, Señor el destino de los prin-  
cipes y de los grandes del mundo, que  
únicamente lo son por ser imágenes de  
la gloria del Señor y depositarios de su  
poder. Deben pues defender los intereses  
de Dios, cuya magestad representan, y  
respetar la religion que por sí sola los  
hace respetables.

Decimos respetable, porque exige de

ellos un respeto de fidelidad que les haga observar sus máximas, figurado en Moises, y un respeto que los haga protectores de su doctrina y de su verdad, representado en Elias.

Deben ser fieles en la observancia de las máximas de la religion, y zelosos en la defensa de su doctrina y de su verdad. Ave Maria.

#### PRIMERA PARTE.

Señor, nada tiene de incompatible el haber nacido grande y vivir como Cristiano, ni para el ejercicio de la autoridad, ni para el cumplimiento de las obligaciones de la religion; porque seria degradar el evangelio y adoptar las antiguas blasfemias de sus contrarios el reputarle, como religion de populacho y como una secta de gentes oscuras.

Es verdad que los Césares y los poderosos del siglo no creyeron al principio en Jesucristo; pero no fué porque su doctrina reprobase su estado, pues que solo condenaba sus vicios. Era tambien necesario manifestar al mundo que el

poder de Dios no necesitaba del de los hombres, que el crédito y la autoridad del siglo eran inútiles á una doctrina bajada del cielo, que ella se bastaba á sí misma para ser admitida en el universo, que todas las potestades del mundo debian afianzarla, declarándose contra ella y persiguiéndola; y que si no hubiera tenido al principio por enemigos á los grandes, le hubiera faltado el carácter principal que le dió despues discipulos.

La ley del Evangelio es pues la de todos los Estados, y cuanto mas superiores nos hace el nacimiento á los demas hombres, tanto mayores motivos de fidelidad para con Dios; y estos motivos lo son de reconocimiento y de justicia.

Si, hermanos míos, no es el acaso el que os hizo nacer grandes y poderosos; porque Dios desde el principio de los siglos os habia destinado para esta gloria temporal, os habia puesto el sello de su grandeza, y separado de la multitud por el brillo de títulos y distinciones humanas. ¿Que le habíais hecho para que os prefiriese á los demas, y particular-

mente á tantos desgraciados que solo se alimentan con pan de lágrimas y de amargura ? Ellos son como vos la obra de sus manos y fueron redimidos por el mismo precio, salieron de la misma tierra, y quizá vosotros estais mas cargados de crímenes. La sangre de que descendéis, aunque mas ilustre á los ojos del mundo, dimana de la misma fuente envenenada que inficionó todo el género humano. Vos habeis recibido del nacimiento un nombre mas glorioso, pero no un alma de distinta especie y destinada á otro reino eterno que la de los hombres de la mas ínfima plebe. ¿ Que tenéis mas que ellos ante aquel que no conoce otros títulos y distinciones en sus criaturas sino los dones de su gracia ? Sin embargo, Dios, su padre igualmente que el vuestro, los sujeta al trabajo, á la pena, á la miseria y á la afliccion, y solo reserva para vos el contento, el reposo, el brillo y la opulencia; de modo que aquellos nacen para sufrir, para soportar el trabajo del dia y el calor, para con sus fatigas y sudor costear vuestros placeres y vuestras profusiones, y

para tirar, por decirlo asi, como viles animales, del carro de vuestra grandeza é indolencia. Esta enorme distancia que Dios pone entre ellos y vos ¿ ha sido si quiera una vez el objeto de vuestras reflexiones, ya que no lo haya sido de vuestra gratitud ? Os habeis hallado al nacer en posesion de todas estas ventajas y sin subir al soberano dispensador de todas las cosas humanas, habeis creído que se os debian, porque siempre habeis gozado de ellas. No reparais en exigir de vuestros dependientes una gratitud tan viva, tan señalada y tan continua, y una sujecion tan manifiesta de los que os deben algunos favores que si los olvidasen ó prescindiesen de ellos por un momento, seria un crimen á vuestros ojos: sea pues esta la medida de lo que debeis al Señor, bienhechor de vuestros padres y de toda vuestra familia y linage. ¿ Pues que, vuestros beneficios os dan esclavos y los de Dios para con vosotros solo le darán ingratos y rebeldes !

Asi, hermanos míos, cuanto mas os ha dado tanto mas espera de vosotros ;

pero esta ley de gratitud que se os anuncia por todos lados y que deberia estar escrita, por decirlo así, en las puertas y en las paredes de vuestros palacios, en vuestras tierras y en vuestros títulos en el esplendor de vuestras dignidades y de vuestros sentidos, ni siquiera está escrita en vuestro corazon. Dios recogerá sus propios dones, hermanos míos, porque lejos de tributarle por ellos la gloria que se le debe, los volveis contra él, así no pasarán á vuestra descendencia, traspasará esta gloria á otra raza mas fiel; vuestros hijos y nietos pagarán quizá con los trabajos y las calamidades el crimen de vuestra ingratitud, y las ruinas de vuestra elevacion servirán de monumento eterno, en que la mano de Dios escribirá hasta el fin de los siglos el mal uso que hicisteis de ella.

¿ Pero que digo ? Acaso multiplicará sus dones, colmándoos de nuevos beneficios, y elevándoos aun á mayor altura y grandor que vuestros ascendientes; pero os favorecerá en su ira, sus beneficios serán castigos, vuestra felicidad pondrá el colmo á vuestra ceguedad y á

vuestro orgullo; este nuevo esplendor no será mas que un nuevo atractivo para vuestras pasiones, y con el aumento de vuestra prosperidad, crecerá en vosotros la disolucion y el desórden, vuestra irreligion é impenitencia.

Es pues un error, hermanos míos, el considerar el nacimiento y las dignidades como un privilegio que minora y suaviza vuestras obligaciones para con Dios, y las reglas severas del Evangelio. Muy al contrario, exigirá mas de aquellos á quienes mas haya colmado de beneficios, y estos servirán de medida para vuestras obligaciones; y como os ha distinguido de los demas, por mayores concesiones, tambien quiere que os distingais por mayor fidelidad. Pero prescindiendo de que la gratitud os obliga á ello, teneis tanta mayor necesidad de vigilancia para defenderos de las pasiones, quanto mayor es en vuestra clase el fuego que las atiza. Los grandes necesitan grandes virtudes, porque la prosperidad es una persecucion contra la fe; y si no teneis toda la fuerza y el ánimo de los Santos, bien pronto os

hallaréis con mas vicios y flaquezas que los demas hombres.

Y por otra parte ¿ En que os fundais para creer que Dios debe suavizarse en favor vuestro, y exigir menos de vos que de los demas fieles ? ¿ Teneis, por ventura, menos placeres que expiar ; y vuestra inocencia es tal que os sirva de título , y os dé derecho á su indulgencia ? ¿ Estais menos entregados á los deseos sensuales para creerlos dispensados de las mortificaciones que contienen y castigan la carne ? Vuestra elevacion ha multiplicado vuestros crímenes, ¿ y podria acaso minorar vuestra penitencia ? Vuestros excesos os distinguen del pueblo aun mucho mas que vuestra dignidad y elevacion, ¿ y quisiérais hallar por esto excepciones favorables en la religion ?

¿ Que idea tenemos hermanos míos de la Divinidad y que Dios de carne y de sangre nos figuramos ? ¿ Que ! ¿ En aquel dia terrible en que solo Dios será grande ; en que se confundirán el rey y el esclavo y en que únicamente se pesarán las obras, Dios no daría senten-

cias favorables sino en beneficio de aquellos que llamamos grandes ? ¿ Aquellos hombres á quienes habia colmado de bienes , que habian sido los dichosos de la tierra, que se habian creado en ella una felicidad injusta, y que olvidando casi todos al autor de su prosperidad, solo habian vivido para sí mismos, serian favorecidos, armándose entonces contra el pobre á quien siempre habia afligido ? ¿ Reservaria todo el rigor de sus juicios para los desgraciados que solo habrian pasado en el mundo los dias en el llanto y las noches en la tribulacion, habiéndole bendecido muchas veces en su afliccion é invocándole en su abandono y amargura.

Pero, Señor, cuando estos motivos de justicia y de gratitud no obligasen á los grandes á la fidelidad que por tantos títulos deben á Dios, todavía encontrarían dentro de sí mismos grandes motivos para ello.

Con efecto, la sabiduría y solo el temor de Dios pueden hacer que los príncipes y los grandes sean mas amables á los ojos del pueblo ; pues por

este medio, decía en otro tiempo un Joven rey, me haré ilustre en las naciones; los ancianos respetarán mi juventud; los príncipes que rodean mi trono serán modestos en mi presencia; los reyes vecinos por fuertes y poderosos que sean, me temerán, y seré amado en la paz y temido en la guerra: *Per hanc timebunt me regis horrendi: in multitudine videbor bonus et in bello fortis.* (SAP. VIII. 13, 15). Por la sabiduría y por vuestro temor, ¡O Dios mio! Mi reinado agradará á vuestro pueblo, le gobernará con justicia, y seré digno del trono de mis padres: *Per hanc disponam populum tuum justè et ero dignus sedium patris mei.* (SAP. IX, 12).

No serán, Señor, ni la fuerza de vuestros ejércitos, ni la extension de vuestro imperio, ni la magnificencia de vuestra corte, lo que os harán amar de vuestro pueblo, sino las virtudes que forman los buenos reyes, á saber, la justicia, la humanidad y el temor de Dios. Sois un gran rey por vuestro nacimiento; pero vuestros pueblos no os amarán sino por vuestras virtudes, por-

que las pasiones que nos alejan de Dios, nos hacen siempre injustos y odiosos á los hombres, y los pueblos padecen siempre por los vicios del soberano. Todo lo que hace la autoridad excesiva, la debilita y degrada; porque los príncipes dominados por las pasiones, son siempre unos gefes incómodos y extravagantes. El gobierno carece de reglas cuando el soberano no las conoce, ya no es la sabiduría ni el interes público lo que se atiende en sus consejos, sino el interes privado de las pasiones; las determinaciones que deberian dictarse por el amor del orden, las dicta el capricho y el antojo, y los placeres son el gran resorte de toda la prudencia del imperio. Si, Señor, la sabiduría y la piedad del soberano pueden hacer únicamente felices á los súbditos y el rey que teme á Dios, siempre es amado de su pueblo.

Pero si el temor de Dios en los príncipes y en los grandes hace amar la autoridad que ejercen, es asimismo el que la hace gloriosa. Todos los bienes y toda la felicidad, me han venido con

él, decia tambien un sabio rey, y por él nunca me han abandonado el honor y la gloria: *Et innumerabilis honestas per manum illius* (Sap. VII, 11). Dios no protege sino á los que obedecen sus preceptos.

Bien sé que el impio prospera alguna vez, y que parece elevarse como el cedro del Libano, é insulta al Cielo con una gloria orgullosa, que pretende no deber sino á sí mismo; pero, esperad y veréis que su misma elevacion es la que le abre su precipicio; porque la mano del Señor le hará desaparecer muy pronto del mundo. El impio acaba siempre sin honor, porque tarde ó temprano, es indispensable que el edificio de orgullo y de injusticia que se ha creado se hunda; y el oprobio y las desgracias seguirán en este mundo á la gloria de sus felicidades pasadas; quizá se le verá tener una vejez arrastrada, triste y afrentosa y expirar con ignominia; pues Dios tomará la mano, y la gloria del hombre injusto no bajará con él al sepulcro.

Recorred los siglos anteriores como decia en otro tiempo un príncipe judío

á sus hijos: *Cogitate generationes singulas* (I. Matth. II, 61) y veréis que el Señor se ha indignado contra las familias orgullosas y ha secado la raiz; que la prosperidad de los impios nunca ha pasado á sus descendientes; que los tronos mismos y las sucesiones reales se han acabado bajo príncipes holgazanes y afeminados y que la historia de los crímenes y de los excesos de los grandes, es al mismo tiempo la de sus desgracias y de su decadencia.

Mas al fin, Señor, los príncipes y los grandes cuando abandonan á Dios son menos perdonables que el comun de los hombres; porque regularmente nacen con inclinaciones mas nobles y mas felices para la virtud, que el pueblo.

Yo era todavía niño, decia el rey Salomon, pero tenia ya conocimientos superiores á mi edad y el sentimiento de haber nacido con una alma buena y con ideas mas elevadas que las de los demas hombres: *Puer autem eram ingeniosus, et sortitus sum animam bonam.* (Sap. VIII, 19).

La sangre, la educacion y la historia

de sus mayores son unas semillas, en el corazón de los grandes y de los príncipes, y una especie de tradición natural de virtud. El populacho entregado desde que nace á un natural basto é inculto, solamente tiene la pesadez y la bajeza de una naturaleza abandonada á sí misma para el cumplimiento de las obligaciones de la fe; porque las consideraciones inseparables de la calidad, que son como la primera escuela de la virtud, no contienen sus pasiones: la educación fortifica el vicio del nacimiento; los objetos despreciables y viles que constantemente tiene presentes le abaten el corazón y degradan los sentimientos, pues nada siente superior á lo que él es, y nacido en la oscuridad y en el fango, con dificultad se eleva por cima de sí mismo. Hay en las máximas del evangelio una nobleza y una elevación, á la que no pueden llegar los corazones viles y rastroros; pues la religión que forma las grandes almas, parece se hizo para ellas; y es preciso ser grande, ó hacerse tal para ser cristiano.

No ignoro que la gracia suple la natu-

raleza, que la carne y la sangre no dan derecho alguno al reino de los cielos, que los primeros héroes de la fe; salieron del pueblo, que los vasos de tierra en manos del Artífice soberano, se convierten muy luego en vasos de gloria y de magnificencia, y que todo cristiano ha nacido grande porque ha nacido para el cielo.

Pero un nacimiento distinguido nos prepara, por decirlo así, para los sentimientos nobles y heroicos que exige la fe: una sangre mas pura se eleva mas fácilmente, y á los que han nacido para conseguir victorias, no es tan penoso como á los demas hombres el vencer las pasiones: la mentira y la doblez no entran con tanta facilidad en un corazón á quien la verdad no puede dañar, y que nada tiene que temer ni que esperar de los hombres: la esperanza de una fortuna brillante no puede corromper la honradez de los que no ven prosperidad alguna superior á la suya, y tienen en su mano la suerte y el destino de los demas: los respetos humanos no intimidan ni detienen la virtud de los

grandes, porque todo el resto de los hombres se glorian en imitarlos, y sus costumbres siempre son la ley de la muchedumbre. La bajeza del desarreglo y de la disolucion halla menos entrada en el alma del que por su nacimiento está destinado para cosas grandes: el cumplimiento de las obligaciones y de la regla, es menos desconocido á aquellos que han de mantener el orden y la regla en los pueblos; si les arman mas lazos, tambien hallan en sí mismos mas freno y mas recursos; porque la naturaleza por sí ha dado á sus almas una garantía de honor y de gloria; y en fin las primeras inclinaciones de los grandes se dirigen á la virtud, y degeneran, desde el momento en que se tuercen hácia el vicio. Deben pues tener á la religion un respeto de fidelidad que los haga observar sus máximas; pero le deben tambien un respeto de zelo que los obliga á defender su doctrina y su verdad.

## SEGUNDA PARTE.

La religion es el fin de todos los designios de Dios en este mundo, y cuanto ha hecho en él ha sido por ella; por lo que todo debe servir al engrandecimiento de este reino de Jesucristo. Las virtudes y los vicios, los grandes y el pueblo, los buenos y los malos acontecimientos, la abundancia ó las calamidades públicas, la elevacion ó la decadencia de los imperios, y por fin todo debe cooperar en el orden de los consejos eternos para la formacion y engrandecimiento de esta santa Jerusalem. Los tiranos la han purgado con persecuciones; los fieles la perpetuan por la caridad; los incrédulos y los libertinos la prueban y afianzan con los escándalos; los justos son los testigos de su fe; los pastores, los depositarios; y los príncipes y los potentados los protectores de su verdad.

No les basta obedecer á sus leyes, porque esta obligacion es peculiar á todos los fieles, sino que la magestad de su culto, la santidad de sus máximas y el

depósito de sus verdades deben tener una protección segura en su autoridad y en su zelo.

Hemos dicho la magestad de su culto, porque nada, Señor, honra mas la religion que el ver los grandes y los príncipes confundidos con los demas fieles al pie de los altares para cumplir las obligaciones comunes y exteriores de la fe. Á ellos pertenece oponer sus homenajes públicos y respetuosos en los templos santos, á las irreverencias y profanaciones públicas, manifestando á la multitud, cuan indecoroso es á los súbditos el presentarse sin pudor y sin recogimiento al pie del santuario, delante de aquel ante quien los príncipes y hasta los mismos reyes se anonadan: y finalmente deben dar este ejemplo á los pueblos, y este respeto á la magestad del culto santo. Pues si ellos consideran como una atención peculiar de su clase, el autorizar con su presencia las diversiones públicas; Se creerian degradados porque asistiesen á los cánticos de alegría y á las solemnidades santas de la religion? Se dan una gran importancia

de estado, estimulando con su ejemplo las diversiones del teatro y los vanos espectáculos del siglo; ¿ Y la iglesia es por ventura menos interesada en que sus ejemplos produzcan el mismo efecto en los espectáculos sagrados y religiosos de la fe?

Las diversiones públicas no necesitan protección; porque la corrupción de los hombres asegura bastante su crédito y su duración; y si son necesarias á los estados, la autoridad no tiene que ocuparse de ellas; pues de todas las necesidades públicas, estas son las que corren menos riesgo.

Pero las obligaciones de la religion que nada encuentran á su favor en nuestros corazones, necesitan del auxilio y apoyo de grandes ejemplos; y el culto acaba de envilecerse, asi que los príncipes y los grandes lo abandonan. Dios no parece ya tan grande séanos permitido hablar asi, desde que únicamente se le encuentran adoradores entre pueblo; su palabra, apenas es oida, ó cada dia tiene menos autoridad, desde que solo sirve de alimento á los pobres y á los

pequeños. Las obligaciones públicas de la piedad se abandonan, todo cae y desfallece, si la religion del príncipe y de los grandes no lo sostiene y reanima. En este caso se halla el interes del culto mezclado con el del estado, donde importa al Soberano conservar, asi las exterioridades augustas de la religion, como la unidad de su doctrina, pues estas dos cosas por sí solas sostienen el trono, y el acostumar los súbditos á prestar á Dios, á la religion y á la iglesia el respeto y sumision que les son debidos, no sea que se la nieguen á él. Las turbaciones de la iglesia nunca estan lejos de las del estado, porque no se respeta el yugo de las potestades, cuando se ha llegado á sacudir el de la fe. Y por mas que la heregía quiera lavarse de esta mancha, lo cierto es que en todas partes ha encendido la tea de la sedicion; y que nacida en la rebelion, y trastornando los fundamentos de la fe ha conmovido los tronos y los imperios; y donde quiera que ha formado sectarios, ha hecho rebeldes. Por mas que alegue que las persecuciones de los prin-

cipes pusieron en sus manos las armas de una justa defensa; nunca la iglesia opuso á las persecuciones sino la paciencia y la resignacion; porque su fe fué la única arma con que venció los tiranos, y no multiplicó sus discipulos derramando la sangre de sus enemigos; la de sus mártires fué por sí sola la semilla de sus fieles. Sus primeros doctores no fueron enviados al mundo como leones para llevar tras sí el destrozo y los estragos, sino como corderos que debian ser degollados; probaron la verdad de su mision muriendo por la fe, pero no combatiendo. Debian ser conducidos ante los reyes para ser juzgados como criminales, y no para presentarse á ellos con las armas en la mano obligándoles á que los favoreciesen, porque respetaban el cetro aun en manos profanas é idólatras, y les hubiera parecido que deshonoraban y destruian la obra de Dios, valiéndose de medios humanos para fundarla,

Los principes aseguran su autoridad afianzando la de la religion; por eso el culto les debió su primera magnificencia,

y así fué que bajo el mayor rey de la raza de David, vió el templo del Señor revivir su gloria y su magestad. Los emperadores desde Constantino sacaron la iglesia de la oscuridad en que la habían puesto las persecuciones; y así es que los Carlomagnos, los San Luises aumentaron el esplendor de su reinado, ensalzando el del culto; y los monumentos públicos de su piedad que el tiempo no ha podido destruir y que aun respetamos, honran mas su memoria, que las estatuas y las inscripciones, que inmortalizando victorias y conquistas solo inmortalizan, por lo comun, la vanidad de los príncipes y la desgracia de sus pueblos.

Pero los motivos mismos que obligan á los grandes á sostener la magestad y la decencia exterior del culto, los constituyen al mismo tiempo protectores de la santidad de sus máximas; y así es preciso que enseñen al pueblo á respetar la piedad, respetando ellos mismos á los que la practican; pues esta es una proteccion pública que deben dar á la virtud.

Si, Señor, los hombres honrados son el único recurso para la prosperidad y bien estar de los imperios, pues por solo aquellos concede Dios á los pueblos la abundancia y la tranquilidad; y por eso no hubiera llovido fuego del cielo sobre Sodoma, si se hubieran hallado en ella diez justos. El estado pereceria, el trono caeria, nuestras ciudades destruidas y reducidas á ceniza y tendríamos la misma suerte que Sodoma y Gomorra, si Dios no viese todavía entre nosotros algunos fieles siervos, si no hubiese dejado tambien una santa semilla, y quizá si la inocencia del augusto y precioso niño, único resto que nos queda de la sangre de nuestros reyes, no detuviese el rayo que la disolucion pública de nuestras costumbres hubiera ya hecho caer sobre nuestras cabezas: *Nisi Dominus reliquisset nobis semen, sicut Sodoma facti essemus, et sicut Gomorrha similes fuissetus.* (Rom. IX, 29). Los príncipes, Señor, tienen pues el mayor interes en proteger la virtud; porque los imperios y las monarquías y

todo el universo no subsistirán, sino en cuanto haya virtud en el mundo.

Pero no solo deben, Señor, los príncipes honrar á los buenos con un simple respeto, sino tambien con la confianza; porque no hallarán otros amigos fieles que los que lo sean á Dios; deben igualmente honrarlos con los empleos públicos, porque la autoridad no está segura ni en buenas manos, sino en aquellos que le temen; con preferencias, porque los grandes talentos son algunas veces los mas peligrosos, si el temor de Dios no los hace útiles; con el acceso de sus personas, porque la familiaridad no tiene que temer de los que respetarian aun nuestros desaires y mal trato, y por último con las gracias, porque los beneficios no pueden formar ingratos de aquellos que nos aman por deber y conciencia.

Es una gran felicidad, Señor, para un siglo, para un imperio y para los pueblos, cuando Dios les da en su misericordia, príncipes favorables á su piedad; pues por ellos los talentos úti-

les á la iglesia se desarrollan, se forman y tienen proteccion los obreros fieles encargados de propagar la ciencia de la salvacion, de quitar los escándalos del reino de Jesucristo y reanimar la fe con obras llenas del espíritu que las ha dictado; por los mismos príncipes se establecen entre nosotros casas santas y fundaciones piadosas en que se preserva la inocencia ó encuentra un puerto feliz el vicio escapado del naufragio; y por ellos en fin tendrán nuestros descendientes estos recursos públicos de salud: ¡ Monumentos felices que perpetuan la piedad en los imperios, que aseguran á los príncipes la gratitud de las edades futuras y que las interesan por ellos, haciéndoles los héroes de todos los siglos!

La gloria, Señor, de los monumentos que el orgullo ó la adulacion hayan levantado, se sepultará en el olvido del tiempo, ó se borrará por la censura y por los juicios mas equitativos de la posteridad. Las generaciones futuras disputarán á los mas de los soberanos los títulos y honores que les haya dado su

siglo; pero la gloria de los socorros públicos concedidos á la piedad y que permanecerán despues de su muerte, no encontrarán réplica; y entre todos los monumentos tan justamente levantados para inmortalizar la gloria del reinado del gran monarca que todavía lloramos, los dos edificios de su augusta piedad, en uno de los cuales el valor de los hombres, y en el otro la nobleza del sexo tendrán siempre auxilios seguros y públicos, son los títulos que mas le asegurarán los elogios y las acciones de gracias de la posteridad.

Este es el zelo de proteccion que los príncipes y los grandes deben á la religion por la santidad de sus máximas; pero le deben tambien al depósito de su doctrina y de su verdad, particularmente en nuestro siglo, en que la irreligion hace tantos progresos, lo que debe avivar todavía mas su atencion y su zelo.

Confieso que todos los siglos han tenido impios, que cada época y cada nacion ha visto espíritus tétricos y soberbios que no solo han dicho secretamente en su corazon que no hay Dios,

atreviéndose á blasfemar con tanto desatado, sino que en el tiempo de Salomon en que estaba todavía tan fresca la memoria de los milagros del Señor en Egipto y en el desierto, proponian ya, contra todo culto, las dudas impias que son hoy el language vulgar de los incrédulos.

Pero si hubo en otro tiempo impios, el mundo mismo los miró con horror; y estos enemigos de Dios no aparecieron en la tierra sino para ser, en cierto modo, el deshecho y el anátema del género humano.

Pero hoy la impiedad ha llegado á darse cierto aire de distincion y de gloria, es un título que honra, y muchas veces se le da cada uno á sí mismo por una horrible ostentacion, mientras que la conciencia se le niega y no se atreve todavía á sacudir el yugo. Hoy es un mérito que abre la entrada en casa de los grandes, que realza, por decirlo así, la bajeza del nombre y la oscuridad del nacimiento, que concede á hombres oscuros un privilegio de familiaridad para con los gefes del pueblo, de lo que se

avergüenzan nuestras costumbres mismas, á pesar de lo corrompidas que se hallan, y la impiedad que debería envilecer el esplendor y brillo del nacimiento y de la gloria, condecora la oscuridad y el estado llano. Los grandes son los que han dado crédito y protegido al impio, á ellos corresponde pues el degradarle y confundirle.

¡ Que vergüenza para la religion, hermanos míos ! los mayores hombres del paganismo hablaban con respeto de las supersticiones de la idolatría, cuya puerilidad y extravagancia conocian ; pero pensaban como los sabios y hablaban como el pueblo. No se hubieran atrevido con toda su reputacion y grandes conocimientos á insultar en público un culto tan insensato, únicamente porque su antigüedad y la magestad de las leyes del imperio le hacian respetable ; y el mismo Socrates, honor de la Grecia, primer filósofo del mundo, tan estimado de todos los siglos y que debia ser tan querido en el suyo, fué condenado á muerte por sentencia pública en Atenas, porque habia hablado con poca cir-

cunspeccion de aquellos Dioses extravagantes, á los que sus conciudadanos debian menos respeto y honor que á él mismo.

¿ Y el Dios del cielo y de la tierra es insultado públicamente entre nosotros sin que nadie murmure ? ¿ Hombres viles é ignorantes se burlan en público, bajo el imperio mismo de la fe, de una doctrina bajada del cielo ; y la impiedad es ensalzada ? ¿ En un reino en que nuestros reyes se honran con el título de cristianísimos, la incredulidad impune viene á ser un título de honor para los súbditos ? ¿ Tendrian pues los vanos ídolos, el ministerio público por vengador contra los sabios y los juiciosos, y el único Dios verdadero no lo tendrá contra los insensatos y los libertinos ?

Vengad el honor de la religion, hermanos míos, vosotros cuyos ilustres ascendientes fueron los primeros depositarios de ella, y de la que por consiguiente estais obligados á ser los primeros defensores ; alejad de vosotros al impio, y nunca tengais por amigos á los enemigos de Dios. Es muy digno de los

grandes el no tolerar que se insulte y envilezca en su presencia la fe de sus padres. Debe ser una falta de respeto á vos y á vuestra calidad, el que se insulte y envilezca la religion que profesais; porque es un language indecente que ofende el decoro y atencion que se os debe, y se os desprecia cuando delante de vosotros hay la osadía de menospreciar al Dios que adorais. No escuchéis pues los discursos de los incrédulos sino con tal indignacion que los enmudezca; porque como la vanidad es la que únicamente forma los impios, serán raros viéndose menospreciados.

Tened, vosotros mismos, un noble y religioso respeto por las verdades de la religion; porque la elevacion verdadera del espíritu es la de poder conocer toda la magestad y todo lo que tiene de mas sublime la fe, pues los grandes conocimientos nos llevan por sí mismos á la sumision; siendo asi que la incredulidad es el vicio de los espíritus débiles y limitados, y el querer saberlo todo, es el medio, de no conocer nada. Las contradicciones y los abismos de la impie-

dad son todavía mas incomprendibles que los misterios de la fe, y la razon tiene aun menos recursos para sacudir todo yugo, que para obedecer y someterse.

Vuestro respeto y vuestro zelo por la religion de vuestros padres deben cultivar y hacer que vaya en aumento el del jóven príncipe, al que por vuestros nombres y dignidades estais ligados, y cuya educacion está, por decirlo así, confiada á cuantos tienen la honra de estar mas cerca de su persona; que encuentre en vosotros los primeros testigos de la fe que sus antecesores colocaron en el trono, que el zelo por la defensa de la iglesia, que corre por sus venas como la sangre, sea tambien excitado y reanimado por vuestros ejemplos; que los primeros enemigos que se proponga combatir sean los errores y novedades profanas, y que todavía tenga mas zelo para conservar los antiguos límites de la fe que los de la monarquía.

Sea, ¡ó Dios mio! la tranquilidad de su reinado la de la iglesia, y que las

agitaciones que turban esta , se calmen antes que él pueda conocerlas; que restablecidas entre nosotros la concordia y la union , se anticipen á la severidad de sus leyes , y nada dejen que hacer á su zelo ; que su reinado lo sea de paz y de verdad , que el leon y el cordero vivan juntos pacíficamente bajo su gobierno , y que este niño milagroso como dice Isaías , los conduzca tambien y reuna en los mismos pastos : *Et puer parvulus minabit eos.* (Is. XI, 6). Que nuestras disensiones dejen de ser ya un motivo de júbilo en el campo de los infieles y de los filisteos ; y si todavía oyeren clamores en torno del arca , no sean ya los que anuncien sus peligros y nuevas desgracias , sino sus triunfos y su gloria. Amen.

## SERMON

PARA

EL TERCER DOMINGO

DE CUARESMA.

*Desgracias á que estan expuestos los grandes que abandonan á Dios.*

*Cum immundus spiritus exierit de homine , ambulat per loca inaquosa , quarens requiem , et non invenit.*

*Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre , se marcha por parages áridos buscando el sosiego , y no le encuentra. (Luc , XI , 24.)*

SEÑOR,

El espíritu inquieto é inmundo que sale del hombre y vuelve á entrar en él , que muda continuamente de sitio , que ensaya todas las situaciones , y no está contento ni puede fijarse en ninguna ;

agitaciones que turban esta , se calmen antes que él pueda conocerlas; que restablecidas entre nosotros la concordia y la union , se anticipen á la severidad de sus leyes , y nada dejen que hacer á su zelo ; que su reinado lo sea de paz y de verdad , que el leon y el cordero vivan juntos pacíficamente bajo su gobierno , y que este niño milagroso como dice Isaías , los conduzca tambien y reuna en los mismos pastos : *Et puer parvulus minabit eos.* (Is. XI, 6). Que nuestras disensiones dejen de ser ya un motivo de júbilo en el campo de los infieles y de los filisteos ; y si todavía oyeren clamores en torno del arca , no sean ya los que anuncien sus peligros y nuevas desgracias , sino sus triunfos y su gloria. Amen.

## SERMON

PARA

EL TERCER DOMINGO

DE CUARESMA.

*Desgracias á que estan expuestos los grandes que abandonan á Dios.*

*Cum immundus spiritus exierit de homine , ambulat per loca inaquosa , quarens requiem , et non invenit.*

*Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre , se marcha por parages áridos buscando el sosiego , y no le encuentra. (Luc , XI , 24.)*

SEÑOR,

El espíritu inquieto é inmundo que sale del hombre y vuelve á entrar en él , que muda continuamente de sitio , que ensaya todas las situaciones , y no está contento ni puede fijarse en ninguna ;

que siempre se fatiga para encontrar caminos agradables y deliciosos, y nunca marcha sino por parages secos y áridos, y que busca el reposo y no le encuentra; es la imágen del descontento y del carácter de los grandes del mundo que siempre estan inquietos y agitados, y son mas infelices que el vulgo, desde el punto en que entregados á sus pasiones y á sí mismos, abandonan á Dios.

Tal es la figura verdadera de aquel estado de elevacion y de prosperidad tan envidiado del mundo, y tan poco digno de serlo, segun Dios. La felicidad, Señor, no está unida al esplendor de la calidad y de los títulos; pero sí á una vida inocente; porque lo que nos hace felices es lo que nos reconcilia con Dios, y no aquello que nos eleva sobre los demas hombres. Vos teneis la corona mas brillante del mundo; pero ella os servirá de peso que os oprima, si la piedad no os ayuda á sostenerla; y en una palabra no hay felicidad sin reposo, y este no existe donde Dios no está.

Por eso, la elevacion por sí sola no hace felices á los grandes si no está acom-

pañada de la virtud y del temor del Señor; y por el contrario, cuanto mas grande es uno, mas desgraciada es su vida sino vive en el santo temor de Dios. Y esta verdad importante será la materia de este discurso. Imploremos los auxilios de la gracia, etc. *Ave, Maria.*

#### PRIMERA REFLEXION.

Señor, si el hombre no hubiere nacido sino para este mundo, cuanto mas lugar ocupase en él tanto mas feliz seria.

Pero ha nacido para el cielo, y tiene gravados en su corazon los títulos augustos é indelebles de su origen, los que podrá envilecer, pero no borrar. Cuando todo el universo fuese su posesion y su herencia, conoceria siempre que se degrada y no está satisfecho fijándose en él; porque todos los objetos que lo unen á lo bajo, le arrancan, por decirlo asi, del seno de Dios donde tiene su origen y donde debe tener su eterno reposo, y le dejan en su alma una llaga de remordimientos é inquietud que no puede cerrar por sí mismo; pues siente

siempre el dolor secreto de la ruptura y de la separacion; y cuanto altera su union con la Divinidad, no le permite reconciliarse consigo mismo.

Sin embargo nos prometemos siempre en este mundo una felicidad injusta, y todos corremos por esta tierra árida como el espíritu de nuestro Evangelio tras una dicha y un descanso que no podemos hallar. Cuando apenas nos hemos desengañado con la posesion de un objeto de que no habia en él la felicidad que esperábamos, un nuevo deseo nos trae la misma ilusion; y pasando continuamente desde la esperanza de la felicidad al descontento, y de este á la esperanza, cuanto nos hace sentir nuestro engaño se convierte en atractivo que le perpetua.

Parece á primera vista que este yerro solo debería temerse en el pueblo; porque dejando siempre la bajeza de su fortuna un espacio inmenso sobre él, era menos de admirar que se figurase una felicidad imaginaria en las situaciones elevadas á que no puede llegar; y que creyese, porque tal es la condicion

humana, que todo cuanto no puede tener, es aquella felicidad que busca.

Pero el esplendor de la calidad, los títulos y el nacimiento disipan bien pronto esta vana ilusion; porque por mas que se suba y se marche sobre las alas de la fortuna, por cima de todos los demas, la felicidad está siempre mas alta que nosotros mismos; y cuanto mas nos elevamos, tanto mas parece alejarse de nosotros. Los pesares y los cuidados tristes suben y van á colocarse aun sobre el trono de los soberanos, y la diadema que adorna la augusta frente de los reyes está las mas veces llena de puntas y espinas que la desgarran; de modo que los grandes lejos de ser los mas felices, son únicamente unos testigos tristes de que no es posible serlo en este mundo, sin la virtud.

Aun es tanto mas cierto que la elevacion nos hace mas desgraciados, si con ella no somos mas fieles á Dios, que las pasiones entonces son mas violentas, el tedio mas pesado, y la extravagancia mas inevitable, es decir, que

es mas sensible y mas horroroso el vacío de todo lo que no es Dios.

Las pasiones son mas violentas: si, Señor, ellas causan todas nuestras desgracias, y todo cuanto las lisonjea y las irrita, aumenta nuestras penas. Un grande, voluptuoso, es mas desgraciado y mas digno de lástima que el último y mas bajo del vulgo, pues todo le ayuda á saciar su injusta pasión, y cuanto la satisface la estimula, sus deseos se aumentan y crecen con sus crímenes, cuanto mas se entrega á sus inclinaciones, mas es el juguete y esclavo de ellas; su prosperidad estimula continuamente el fuego vergonzoso que le devora y le hace renacer de sus propias cenizas; los sentidos apoderados de él son sus tiranos, se sacia de placeres y su saciedad misma le atormenta; de modo que ellos producen, dice el espíritu de Dios, el gusano roedor que le devora: *Et dulcedo illius vermis.* (Job. XXIV, 20). De este modo sus inquietudes nacen de su abundancia, y sus deseos siempre satisfechos, no dejándole ya que desear, le abandonan tristemente á sí mismo;

y el exceso de sus placeres aumenta diariamente el vacío que le dejan; y cuanto mas se entrega á ellos, tanto mas tristes y amargos le son.

Su clase misma, su decoro, sus obligaciones, solo sirven para envenenar su pasión criminal. Su clase, porque cuanto mas elevada es, tanto mas le es difícil el ocultarla á las miradas y á la censura pública; su decoro, porque cuanto mas zeloso es de él, tanto mas crueles son sus sobresaltos de que una indiscrecion no descubra sus precauciones y sus medidas; y sus obligaciones, porque es necesario emplear en ellas el tiempo que requieren sus placeres.

Señor, vuestro trono tiene alrededor aun mas murallas que le defienden contra la sensualidad, que atractivos que le llamen á ella, y si todo arma lazos á la juventud de los reyes, tambien les dará mano, ayudándoles para que los eviten. Entregaos á los pueblos á quien os debeis, y el veneno de la sensualidad no hallará momento alguno para corromper vuestro corazon; porque no habita ni gusta sino de la ociosidad y de

la indolencia. Que los cuidados de vuestra dignidad sean los placeres que mas ameís; porque no es reinar el vivir solo para sí mismo. Los reyes son los conductores de los pueblos, y ciertamente tienen este nombre y este derecho por el nacimiento; pero no le merecen sino por sus cuidados y aplicacion. Asi es que los reinados de los ociosos forman un vacío oscuro en nuestros anales, y estos ni siquiera se han dignado contar los años de la vida de los reyes holgazanes; de modo que parece, que no habiendo reinado por sí mismos, no han vivido, y aun todavía hoy es su historia un caos que cuesta trabajo aclarar; por lo que, lejos de adornar nuestras historias, solo sirven para oscurecerlas y embrollarlas, y son mas conocidos por los grandes hombres que vivieron durante su reinado, que por sí mismos.

No hablamos aquí de las demas pasiones que siendo mas violentas en la grandeza, causan en el corazón de los grandes unas llagas mas dolorosas y mas profundas; porque la ambicion es en ellos mas desmedida. El ciudadano os-

euro vive contento en la medianía de su suerte; heredero de los bienes de sus padres se limita á su nombre y á su profesion; mira sin envidia, lo que no podria desear sin extravagancia; todos sus deseos se circunscriben á lo que posee, y si alguna vez forma proyectos de elevacion, mas son quimeras agradables que sirven de pasatiempo á un ánimo ocioso, que no inquietudes que le quiten el sosiego.

Por el contrario, nada basta al grande, porque todo puede pretenderlo; se aumentan sus deseos con su fortuna, se representa pequeño á sus ojos, respecto de todo aquello que está mas arriba que él, le lisonjea menos el ver tantos detras de sí, que le incomoda el ver todavía alguno que vaya delante; nada cree poseer sino lo posee todo, y su alma está siempre seca y sedienta sin gozar de cosa alguna, sino de sus propias desgracias é inquietudes.

Aun hay mas, de la ambicion provienen zelos devorantes, y esta passion tan baja y rastrera es sin embargo el vicio y causa la desventura de los gran-

des. Por envidia á la reputacion de los demas, es para ellos, como un baldon que los deshona y mancilla, la gloria que no les corresponde; zelosos de las gracias que se hacen en favor de los demas, es como si se les quitasen las que se hacen á otros; zelosos del favor que gozan, incurren en su desprecio y aun en su odio, los que logran la amistad y confianza del mismo soberano; zelosos aun de los acontecimientos gloriosos para la nacion, es para ellos muchas veces un pesar secreto y doméstico los regocijos públicos; las victorias conseguidas por sus rivales contra los enemigos les son mas amargas que á los enemigos mismos; su casa, á imitacion de la de Aman, lo es de luto y de tristeza cuando Mardoqueo triunfa y logra en medio de la capital aclamaciones públicas; y poco contentos con ser insensibles á la gloria de los sucesos, buscan el modo de consolarse, tratando de oscurecerlos con reflexiones y censuras malignas. Por último, esta pasion injusta todo lo hace amargo; y por ella se encuentra el secreto de no ser nunca

feliz, sea á causa de sus propios males, sea por los bienes que consiguen los demas.

Al fin recorred todas las pasiones, y veréis que ejercen el imperio mas triste y mas tiránico sobre el corazon de los grandes que olvidan á Dios. Sus desgracias les oprimen mas; porque cuanto mayor es el orgullo, mas amarga es la humillacion; sus odios son mas violentos, porque así como una falsa gloria los hace mas vanos, el menosprecio los pone mas furiosos y mas inexorables; sus temores son mas excesivos, porque estando exentos de males reales, ellos se los crean todavía quiméricos, y aun las hojas agitadas por el viento son como el monte que va á hundirse sobre ellos; sus enfermedades los afligen mas, porque cuanto mayor apego hay á la vida, tanto mas nos alarma lo que la amenaza. Acostumbrados á cuanto los sentidos presentan mas alegre y alagüeño, el dolor mas leve desconcierta toda su felicidad, y no pueden aguantarle, ni saben usar con prudencia de las enfermedades ni de la salud, ni de los bienes y males

inseparables de la condicion humana ; y así los placeres abrevian sus dias , y los pesares que siempre son consiguietes destruyen el resto. La salud arruinada ya por la destemplanza acaba por la multiplicidad de los remedios , de modo que el exceso de los cuidados concluye lo que no habia podido hacer el de los placeres ; y si no han caido en el exceso de estos , la molicie y la ociosidad por sí solas son para ellos una especie de enfermedad y de languidez que apuran todas las precauciones del arte , y que con estas se gastan y consumen ellas mismas. Por último sus sujeciones son mas tristes , porque acostumbrados á vivir de antojos y caprichos , todo cuanto los embaraza y violenta los abruma , y así cuando estan lejos de la costa se consideran en un triste destierro ; y cuando estan en ella , se quejan continuamente de la sujecion que les causan sus obligaciones y de la violencia á que los obliga el decoro ; ni pueden gozar en la tranquilidad de una condiciou privada , ni en la dignidad de una vida pública ; de modo que el reposo les es

tan insoportable como la agitacion , ó por mejor decir , en todo caso son un gravámen para sí mismos ; porque todo es un yugo pesado para el que quiere vivir sin él y sin regla.

No , hermanos míos , un grande es mas desgraciado en el crimen que cualquier otro pecador ; porque la prosperidad le endurece , por decirlo así , y solo le deja la sensibilidad para sufrir. Vos , ó Dios mio , habeis dispuesto que la elevacion que se considera como un recurso para los grandes que olvidan vuestros preceptos , sea su suplicio y su fastidio.

#### SEGUNDA REFLEXION.

He dicho su fastidio , y esta es la segunda reflexion que me suministra la desgracia de los grandes que abandonan á Dios ; porque no solo sus pasiones son mas violentas en este estado que tan feliz parece al mundo , sino que el fastidio se hace en él mas insoportable.

Si , hermanos míos , el fastidio que parece deberia ser patrimonio del pue-

blo, parece sin embargo haberse refugiado entre los grandes, de modo que es como una sombra que los acompaña á todas partes. Casi todos los placeres, disfrutados por ellos, ya no les ofrecen mas que una triste uniformidad que los endormece ó cansa, y por mas que quieran variarlos, no hacen sino diversificar su fastidio. En vano se honran con presentarse al frente de todas las diversiones públicas, porque es una vivacidad de ostentacion, el corazon casi no toma parte alguna en ellas, pues el mucho uso de los placeres se los ha hecho inútiles, y son ya recursos gastados que cada dia se dañan á sí mismos. Parecidos á un enfermo para quien todos los platos son insípidos á causa de una dilatada languidez, quieren gustar de todo y nada los estimula ni los excita; y un horrible disgusto, dice Job, sucede inmediatamente á una vana esperanza de placer con la que al principio se habia lisonjeado su alma: *Et spes illorum abominatio animæ.* (Job. XI, 20).

Toda su vida es una precaucion penosa contra el fastidio, y este es penoso por

sí mismo; ellos le anticipan apresurándose á multiplicar sus placeres; porque todo está ya usado para ellos casi desde la infancia, y así experimentan ya en los primeros años los disgustos y la insipidez que el descaecimiento y el uso dilatado de todas las cosas parece anexar á la vejez.

El justo necesita menos placeres y su vida es mas feliz y mas tranquila. Todo es descanso para un corazon inocente, porque los placeres permitidos que presenta la naturaleza, insípidos y fastidiosos para el hombre disoluto, son siempre agradables para el hombre contenido y de buena conducta. Ni aun hay placeres inocentes sino los que dejan al ánimo alegre y satisfecho; y cuanto le mancilla, le entristece y contrista. Las familiaridades santas y los juegos castos y púdicos de Isaac y de Rebeca, en la corte del rey de Gerara, bastaban á aquellas almas puras y fieles; y para David era un placer hartó vivo el cantar, tocando la lira, las alabanzas del señor, ó el de bailar alrededor del arca santa con los demas del pueblo, así como los convites

de hospitalidad eran las fiestas mas agradables de los primeros patriarcas, y bastaba la oveja mas gorda para las delicias de aquellas mesas inocentes.

Se necesita menos regocijo interior para el que lo tiene en su corazon, porque de este se hace extensivo á los objetos mas indiferentes; pero si no teneis en vuestro interior la fuente del verdadero regocijo, esto es, la paz de la conciencia y la inocencia del corazon, en vano la buscaréis por fuera; reunid pues á vuestro lado todas las diversiones, y del fondo de vuestra alma saldrá siempre una amargura que las emponzoñará, buscad el refinamiento de todos los placeres, escudriñadlos ingeniosamente y ponedlos en el crisol; y no saldrá ni resultará jamas de todas estas transformaciones sino el tedio y el fastidio.

¡ Dios todo poderoso! lo que nos aleja de vos, es aquello mismo que debería acercarnos mas á vos mismo. Cuanto mas multiplica la prosperidad nuestros placeres, tanto mas nos desengaña de lo que son; y los grandes tienen menos excusa, y son mas desgraciados en no

llegarse á vos, ó Dios mio, porque sienten mas y con mas frecuencia el vacío de todo lo que no sois vos.

### TERCERA REFLEXION.

Y son mas desgraciados, no solo por el tedio que por todas partes les persigue, sino tambien por la extravagancia del mal humor y del capricho que son inseparables de él. Cuando se haya saciado, decia Job, su ánimo estará triste y agitado, la desigualdad de su mal humor imitará la inconstancia de las olas del mar, y los pensamientos mas tétricos, y mas sombríos se apoderarán de su alma: *Cum satiatus fuerit, arctabitur, æstuat et omnis dolor irruet super eum.* ( Job. XX, 22 ).

Esta es, Señor, la suerte de los príncipes y los grandes que olvidan á Dios, y solo usan de su prosperidad para gozar de una felicidad sensual; porque fastidiados bien pronto de todo, les sirve de peso, y ellos lo son para sí mismos. Sus proyectos se destruyen unos á otros, y nunca resulta de ellos sino una incer-

tidumbre universal nacida del capricho y que él solo puede fijar. Sus órdenes nunca son, un momento despues de dadas, intérpretes seguros de su voluntad; y se les desagrada obedeciéndolas, de modo que es preciso adivinarlos y entre tanto ellos son un enigma inexplicable para sí mismos. Todos sus movimientos dice el Espíritu santo, son vagos inciertos é incomprensibles: *Vagi sunt gressus ejus, et investigabiles.* (Prov. V, 6). Por mas que uno se empeñe en seguirlos se los pierde de vista á cada momento; porque mudan de camino y se extravía uno con ellos, y aun así no se los encuentra; se cansan de los homenages que se les tributan, y se ofenden de los que se les niegan; de manera que los servidores mas fieles los importunan con su sinceridad, y no atinan mejor á darles gusto con su complacencia. Todo cuanto rodea á estos amos extravagantes é incómodos, sufre el peso, que ellos mismos no pueden llevar, de su capricho y de su mal humor; y parecen nacidos para su desgracia y la de los que los sirven.

Véase á Saul en medio de sus prosperidades y de su gloria. Ningun hombre hubiera debido disfrutar de una vida mas feliz y agradable, porque de una fortuna oscura y privada, se vió elevado al trono, su reinado habia comenzado con victorias, un hijo digno de sucederle parecia que aseguraba la corona en su familia, todas las tribus sometidas contribuian á su magnificencia y á sus placeres, y le obedecian como si fuesen un solo hombre: ¿ que le faltaba para ser dichoso, si alguno pudiera serlo sin Dios?

Peró abandona el santo temor del Señor, y pierde con él su tranquilidad y toda la felicidad de su vida. Entregado á un espíritu maligno y á manías tristes y extravagantes que le agitan, se le desconoce y él se desconoce á sí mismo. La harpa de un pastor, lejos de distraerle de su tristeza aumenta su furor, sus alabanzas y sus victorias cantadas por las hijas de Judá, son para él como censuras y oprobios, huye de los homenages públicos y no puede huir de sí mismo. David le desagrada presentándose á los

pies de su trono, y alejándose de el aun le desagrada mas, movido de su fidelidad, le elogia y se confiesa menos justo y menos inocente que él, y la mañana siguiente le tiende redes para apoderarse de él y quitarle la vida. La ternura de su propio hijo le fastidia y se le hace sospechosa. Todos los cortesanos buscan y estudian lo que podria distraerle de su mal humor sombrío y extravagante; pero es un zelo inútil, porque él mismo no lo sabe. Abandonó á Samuel, durante la vida de aquel profeta, y le ocurre volverle á llamar del sepulcro y consultarle despues de su muerte: ya no cree en Dios, y es harto crédulo para ir á preguntar á los demonios; es impio y supersticioso, que es la suerte bastante comun de los incrédulos, por decirlo de paso; porque tratan de impostores los Samueles y los profetas enviados en otro tiempo por Dios; consideran como un espíritu fuerte el de menospreciar aquellos intérpretes respetables de los consejos eternos y el de burlarse de las profecías justificadas todas por los acontecimientos; niegan al

Altísimo el conocimiento de lo futuro y el poder de favorecer con él á sus fieles siervos, y tienen la flaqueza popular de ir á consultar á una Pitonisa ó Maga.

Si, hermanos míos, el desgraciado estado de los grandes en el crimen es una prueba patente de que Dios preside á cosas humanas: porque si sus enemigos pudiesen ser felices, lo serian á lo menos en el trono; pero cualquiera, dice uno que era rey, aun cuando fuera dueño; si no sigue la regla y la sabiduría, se aleja de la única felicidad á que puede aspirar el hombre en la tierra: *Sapientiam enim et disciplinam qui abjicit infelix est.* (Sap. III, 11).

Cuanto mas os habeis elevado, tanto mas desgraciados sois; porque como nada os violenta, tampoco nada os fija, y cuanto menos dependeis de los otros, tanto mas entregado estais á vosotros mismos. Vuestros caprichos nacen de vuestra independendencia, haciendo recaer sobre vosotros vuestra autoridad; y habiendo vuestras pasiones probado y cansándose de todo, no os queda mas recurso que devoraros á vosotros mis-

mos ; vuestras extravagancias son el único recurso de vuestro tedio y saciedad , y no pudiendo ya variar los placeres por haberlos apurado todos ya no podeis encontrar mas diversidad que las de las alteraciones eternas de vuestro mal humor , y os enfadais continuamente contra vosotros mismos por el vacío que deja en vuestro interior cuanto os rodea.

No es esta una vana imágen de aquellas que un discurso puede hermohear y en la que los adornos suplen la falta de semejanza. Acercaos á los grandes y fijad la vista en uno de aquellos que han envejecido en las pasiones , y á quienes el dilatado uso de los placeres ha inhabilitado del mismo modo para el vicio que para la virtud. ¡ Que nube eterna y que caudal de pesares y caprichos en su negro humor ! Nada le agrada , porque él mismo no puede agradarse ; en todo cuanto le rodea , le venga de las penas secretas que le despedazan ; parece que imputa á crimen á los demas hombres la impotencia en que se halla de ser todavía tan criminal como

ellos ; los acusa en secreto de todo cuanto ya no puede permitirse á sí mismo , y sustituye el mal humor á los deleites.

No , hermanos míos , mirad á todos lados y veréis que los grandes que se han apartado de Dios no son ya sino tristes juguetes de sus pasiones , de sus caprichos , de los acontecimientos y de todas las cosas humanas. Solo ellos sienten la desgracia de un alma entregada á sí misma , cuando todos los recursos de los sentidos y de los deleites no le han dejado mas que un vacío espantoso , y á la cual todo el mundo , con cuanta gloria é incienso hay en él es inútil , no estando Dios por medio : y así son los grandes como testigos ilustres de la insuficiencia de las criaturas y de la necesidad de un Dios y de una religion , durante la vida. Solos ellos prueban á los demas hombres que no se debe esperar en ella otra felicidad que la de la virtud y de la inocencia ; que cuanto aumentan nuestras pasiones , multiplica nuestros pesares ; que los dichosos del mundo no son , por de-

cirlo asi, sino sus primeros mártires, y que Dios únicamente puede bastar á un corazon que no se hizo sino para él.

Un rey jóven, y que como vos, señor, habia ocupado el trono desde su infancia, decia en otro tiempo: Dios de mis padres, vos me habeis establecido príncipe sobre vuestro pueblo y juez de los hijos de Israel; casi al dejar la cuna me habeis sentado en el trono; y en una edad en que todavia no se sabe el arte de gobernarse á sí mismo, me habeis elegido para conducir un gran pueblo: *Deus patrum meorum, tu elegisti me regem populo tuo* (SAP. IX, 7). Vos me habeis colmado de gloria, de prosperidad y de abundancia; pero la magnificencia misma de vuestros dones será el origen de mis desgracias y de mis penas, sino añadís á ellos la sabiduría y el amor de vuestros preceptos. Enviádmela de lo alto de los cielos, donde continuamente se halla á vuestro lado; pues ella es la que preside á los buenos consejos, y dará á mi juventud toda la prudencia de los ancianos, y toda la magestad de

los reyes mis antecesores, me hará llevaderos los cuidados de la autoridad y el peso de mi corona: *Ut mecum sit et mecum laboret* (Ibid v, 10): solo ella me hará gozar una vida venturosa y me sostendrá en las inquietudes y el tedio que son inherentes de la autoridad real: *Et erit allocatio cogitationis, et tædii mei* (Ibid VIII, 9). Solo con ella tendré reposo en medio de la magnificencia de mis palacios y entre los homenajes que se me tributarán en ellos: *Intrans in domum meam, conquiescam cum illá* (Ibid. v, 16). Los deleites acababan amargando, y el trono mismo, ó gran Dios! si no estais sentado en él con el soberano, viene á ser el abrigo de cuidados melancólicos. Pero vuestro temor y la sabiduría, nunca dejan pesares, nunca nos fastidia su posesion, y la alegría misma y la paz solo se encuentran con ella. *Nec enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tædium, sed lætitiám et gaudium* (Ibid. VIII, 16).

Dichoso pues el príncipe; ó Dios mio! que solo cree principiar su reinado, cuando empieza á temeros, que no aspi-

ra á la gloria sino por la virtud, y que considera como una desgracia el mandar á los demas, cuando el no obedece vuestros preceptos.

¡ Dad pues, gran Dios! vuestra sabiduría y vuestra justicia á este niño descendiente de tantos reyes. Vos que sois el amparo del huérfano, dadle con la abundancia de vuestras bendiciones, lo que le habeis quitado; privándole de los ejemplos de un padre piadoso y de las lecciones de un augusto bisabuelo; reparad sus pérdidas aumentándole vuestras gracias y vuestros beneficios; y en vos solo, gran Dios, encontrará todo cuanto le falta. Mirad con ojos de padre á este niño augusto que habeis dejado solo sobre la tierra, y de quien, por consiguiente sois el primer tutor y padre; que su infancia, que tanto interesa á la nacion, conmueva las entrañas de vuestra misericordia y de vuestra ternura; dad á su juventud auxilios singulares de vuestra proteccion; la flaqueza de su edad y las gracias que se insinuan ya en sus primeros años, nos arrancan todos los dias lágrimas de te-

mor y de ternura; tranquilizad nuestros sobresaltos, libertándole de los peligros que podrian amenazar su vida, y recompensad nuestra ternura haciéndole á él tierno y humano para con sus pueblos; hacedle feliz, conservándole vuestro temor que por sí solo hace felices á los pueblos y á los reyes; asegurad la ventura de su reinado, concediéndole bondad de corazon y una vida inocente; que vuestra santa ley esté escrita en el fondo de su alma y alrededor de su corona para aliviarle el peso; que no sienta los cuidados de su dignidad, sino con proporcion á las miserias públicas; y que toda su felicidad y la nuestra dimanen mas bien de su piedad, que de su poder y de sus victorias. Amen.



# SERMON

PARA

EL CUARTO DOMINGO

DE CUARESMA.

*Acerca de la humanidad de los grandes  
para con el pueblo.*

Cum sublevasset oculos Jesus, et vidisset quia  
multitudo maxima venit ad eum.

*Levantando Jesus los ojos y viendo una gran  
muchedumbre de pueblo que venia á él. (Joan.  
VI, 5).*

SEÑOR,

Ni la omnipotencia de Jesucristo, ni el milagro de los panes multiplicados por sola su palabra deben hoy movernos ni admirarnos, porque aquel que todo lo habia hecho, sin duda lo podia todo sobre las criaturas que son obra

( 117 )

suya; y lo que mas conmueve los sentidos en este prodigio, no es la materia que yo elijo hoy para consolarnos é instruirnos.

Lo es su humanidad para con los pueblos, pues viendo una muchedumbre errante y hambrienta al pie del monte, se conmueven sus entrañas, se excita su piedad, y no puede negar á las necesidades de estos desgraciados, no solo el socorro, sino tambien la compasion y la ternura: *Vidit turbam multam et misertus est eis* (Mat. XIV, 14).

En todas partes se ven en él rasgos de humanidad en favor de los pueblos, y al contemplar las desgracias que amenazan á Jerusalem, alivia su propio dolor con su compasion y con sus lágrimas. Cuando dos de sus discipulos quieren hacer bajar fuego del cielo sobre una ciudad de Samaria, él se interesa por humanidad en favor de aquella contra su zelo mal entendido, y les vitupera, porque ignoran todavía el espíritu de dulzura y de caridad de que han de ser ministros. Si los apóstoles apartan con aspereza una muchedumbre de niños que

le rodean, se ofende su bondad de que quieran impedirle el ser accesible; y cuanto mas alejan de su persona, por un respeto mal entendido, los débiles y los pequeños, tanto mas su clemencia y afabilidad se los acercan.

Es una gran leccion de humanidad para con los pueblos la que Jesucristo da hoy á los príncipes y á los grandes; porque no lo son sino para los demas, y no disfrutan propiamente de su grandeza sino en cuanto es útil al resto de los hombres; esto es que la humanidad para con los pueblos es la primera obligacion de los grandes, y es tambien el uso mas delicioso de la grandeza.

#### PRIMERA PARTE.

Señor. Todo poder viene de Dios, y cuanto tiene aquel origen se ha establecido para utilidad de los hombres. Los grandes serian inútiles en el mundo, si en él no hubiese pobres y desgraciados, y aquellos no deben su obligacion sino á las necesidades públicas; de manera que lejos de que los

pueblos se hayan hecho para ellos, no son ellos lo que son, sino para los pueblos.

¡ Que espantosa Providencia, si el género humano solo existiese sobre la tierra para servir á los placeres del corto número de dichosos que habitan y que muchas veces desconocen al Dios que los colma de beneficios!

Si Dios, pues eleva á algunos, es para que sean el apoyo y recurso de los demas, y solo entran aquellos en el orden de los consejos de la sabiduría eterna, porque les impone el cuidado de los débiles y de los pequeños. Cuanto hay de real en su grandeza, es el uso que de ella deben hacer en favor de los que padecen; y es el único distintivo que Dios les ha concedido; de modo que solo son ministros de su bondad y de su providencia y pierden el derecho y título de grandes, desde que quieren serlo únicamente para sí mismos.

La humanidad para con los pueblos, es pues, la primera obligacion de los grandes, y en la humanidad, se contie-

nen la afabilidad, la generosidad, y la proteccion.

Decimos la afabilidad, si señor, porque puede asegurarse que la altivez, es el vicio que generalmente domina á los grandes, y solo debería ser el triste recurso de los plebeyos y de la oscuridad. Seria mucho menos reparable á los que nacen, por decirlo así, en el fango, el engreirse, elevarse, y procurar ponerse, con la vanidad secreta del orgullo, al nivel de aquellos á quienes son muy inferiores por nacimiento. Nada choca mas á las personas de un nacimiento oscuro y vulgar que la enorme distancia que la casualidad ha puesto entre ellos y los grandes; siempre pueden lisonjearse de la vana persuasion de que la naturaleza ha sido injusta de hacerlos nacer en la oscuridad mientras que ha reservado el esplendor de la sangre y de los títulos para muchos, cuyo mérito consiste únicamente en el apellido; y así, cuanto mas bajos se encuentran, menos creen hallarse en su puesto. Por eso la insolencia y la altanería son muchas veces el patrimonio del populacho mas

vil; y los antiguos reinados de la monarquía le han visto algunas veces sublevarse, querer sacudir el yugo de los nobles de los grandes, y decretar su extincion y ruina total. Por el contrario, los grandes colocados en la elevacion por el nacimiento, no pueden hallar gloria sino en bajarse; porque no tienen ya distincion que apetecer, en cuanto á la clase y nacimiento, y solo pueden adquirirla por la afabilidad; de modo que si todavia hay algun orgullo que les pueda ser licito, es el de hacerse humanos y accesibles. Y aun puede añadirse que la afabilidad es como el carácter inseparable y la señal mas segura de la grandeza. Los descendientes de aquellas familias antiguas é ilustres, á las que nadie disputa la superioridad de su nombre y la antigüedad de su origen, no manifiestan en su semblante el orgullo de su nacimiento, y dejan ignorar este, si puede ignorarse; porque los monumentos públicos testifican lo bastante, sin necesidad que ellos hablen de él. No se conoce su elevacion sino por una noble sencillez, y se hacen todavia mas

respetables, admitiendo con señales de disgusto el respeto que se les debe; pues entre tantos títulos que los distinguen, la cortesía y la afabilidad son la única distincion que afectan. Por el contrario, aquellos que se adornan de una antigüedad dudosa, y á quien por lo bajo, se contestan el esplendor y las preeminencias de sus mayores, temen siempre que se ignore la grandeza de su familia, la tienen sin cesar en la boca, creen afianzar la verdad afectando orgullo y altivez, sustituyen esta á los títulos; y exigiendo mas de lo que se les debe, hacen que se les dispute, aun aquello que debería dárselos.

Efectivamente, cuando se ha nacido para ser grande, se hace menos caso de su elevacion; porque el que se envanece por el grado eminente en que le han puesto el nacimiento y la fortuna, manifiesta que no habia nacido para elevarse tanto; pues las mayores dignidades son siempre inferiores á las almas grandes; y nada las engria ni deslumbra, porque nada es superior á ellas.

La altivez, pues, nace de la media-

nia, ó no es mas que un artificio para ocultarla y una prueba cierta de que perderia, manifestándose de muy cerca. Se ocultan con la altivez defectos y flaquezas que ella misma descubre y manifiesta, y el orgullo sirve de suplemento, si asi puede decirse, del mérito, y se ignora que este nada tiene que menos se le parezca que el orgullo.

Por eso los hombres mas grandes, Señor, y los mejores reyes, siempre han sido los mas afables. Una simple muger Tecuita expuso sencillamente á David sus pesares domésticos, y si el esplendor del trono se templaba con la afabilidad del soberano, esta aumentaba aquel mismo esplendor y magestad.

Nuestros reyes, Señor, nada pierden en hacerse accesibles; porque el amor de los pueblos les afianza el respeto debido. El trono no es alto sino para ser el asilo de los que vienen á implorar vuestra justicia ó vuestra clemencia; y cuanto mas facilitais el acceso á vuestros súbditos, tanto mas aumentais el esplendor y la magestad de aquel.

Aquellos príncipes invisibles y afemi-

nados, aquellos Asueros, para quienes era un crimen capital, aun en la misma Ester, el atreverse á presentarse á ellos, sin su órden, por lo que sola su presencia helaba la sangre en las venas de los suplicantes, cuando se los veia de cerca no eran mas que unos miserables ídolos, sin alma, sin vida, sin valor y sin virtudes, entregados en el retiro de sus palacios, á viles esclavos, separados de toda comunicacion, como si fuesen indignos de manifestarse á los hombres, ó como si estos, siendo de la misma naturaleza, no mereciesen verlos, de manera que toda su magestad consistia en la oscuridad, y el retiro.

En la afabilidad hay una especie de confianza en sí mismo que parece muy bien en los grandes, la que hace no teman envilecerse por bajarse, y que en cierto modo es un valor y fortaleza pacífica, porque el ser inaccesible y altanero, es ser débil y cobarde.

Ademas, los príncipes y los grandes, Señor, no presentando nunca á los pueblos, sino un semblante ceñudo y desdenoso, son tanto mas inexcusables,

cuanto les es mas fácil ganarse los corazones, para lo cual no necesitan esfuerzo ni estudio; pues una sola palabra, una sonrisa graciosa ó una sola mirada les bastaría. El pueblo, todo se lo agradece, porque su clase á cualquiera cosa da valor. Sola la serenidad de semblante del rey, dice la escritura, es vida y felicidad para los pueblos; y su porte suave y humano, es para los corazones de sus súbditos lo que el rocío de la noche para las tierras secas y áridas: *In hilaritate vultus regis, vita; et clementia ejus quasi imber serotinus.* (Prov. XVI, 15.)

¿Y será permitido dejar que se enagenen corazones que pueden ganarse á tan poca costa? No es envilecerse á sí mismo el despreciar hasta tal extremo todos los hombres? Y puede merecerse el nombre de grande cuando ni siquiera se sabe sentir lo que valen aquellos?

¿No ha impuesto ya la naturaleza penas bastante grandes á los pueblos y á los desgraciados, con haberlos hecho nacer en la dependencia, y en cierto modo en la esclavitud? No basta el que la humildad ó la desgracia de su condicion

los obligue é imponga una especie de ley el abatirse y prestar homenages, y ha de ser todavía preciso hacer mas grave el yugo con el menosprecio y con una altivez que le es característica? No basta que su dependencia sea un castigo, y ha de ser aun preciso el que se avergüencen de ella como de un crimen? Y si alguno debiera avergonzarse de su estado, habia de ser el pobre que le padece ó el grande que abusa de él?

Es verdad que muchas veces solo el mal carácter, mas que el orgullo, quita del semblante de los grandes aquella serenidad que los hace accesibles y afables; de modo que es una desigualdad de capricho mas que de altanería. Ocupados en sus placeres, y cansados de recibir homenages, no los admiten sino con disgusto, y parece que la afabilidad es ya para ellos una obligacion importuna y una carga insufrible. Les cansan los honores que se les tributan á fuerza de recibirlos, y muchas veces huyen de los homenages públicos, por no manifestar el ser sensibles á ellos. ¡ Pero cuan duro es menester ser para incomodarse á fin

de no parecer humano! ¿ No es una barbarie, no solo no conmovirse por las demostraciones de amor y respeto que hacen nuestros inferiores, sino aun el recibirlas con enojo? No es manifestar claramente que no se merece el afecto de los pueblos, cuando se desechan los testimonios mas tiernos de él? Se podrán alejar por excusa los momentos de mal humor y de pesar que son inherentes de los cuidados de la grandeza y de la autoridad? Es acaso privilegio de los grandes el mal humor para que pueda excusarle sus vicios?

Si alguna vez fuese permitido el ser tétrico, extravagante, mohino y enfadoso á los demas y á sí mismo, deberia serlo á los infelices oprimidos por el hambre, la miseria, las calamidades, las necesidades domésticas y todos los cuidados mas tristes; porque serian mucho mas perdonables, si teniendo ya muchas veces en su corazon el luto, la desesperacion y la amargura, manifestasen exteriormente algo de lo que padecen. Pero los grandes y los venturosos del mundo para quienes todo es hala güe-

ño, y á quienes no les falta en todas partes la alegría y los placeres, pretenden sacar de su felicidad misma un privilegio que disculpe sus extravagantes penas y sus caprichos; que les sea mas permitido el ser enfadosos, inquietos é inaccesibles, porque son mas dichosos; y mirar como un derecho adquirido á la prosperidad el de oprimir tambien con su mal humor á los desgraciados que ya gimen bajo el yugo de su autoridad y de su poder. ¡ Gran Dios! ¿ Seria por ventura privilegio de los grandes, ó castigo del mal uso que hacen de su grandeza? Porque lo cierto es, que los caprichos y los tristes pesares parecen ser el patrimonio de los grandes, y la inocencia de la alegría y de la serenidad solo se halla en el pueblo.

Pero la afabilidad que nace de la humanidad no es una de aquellas virtudes superficiales que solo existen en el semblante, sino un sentimiento que proviene de la ternura y de la bondad de corazon. La afabilidad solo seria un insulto y una burla para los desgraciados, si mostrándoles un semblante suave y franco, les

cerrase nuestro corazon; y solo nos hiciese mas accesibles á sus quejas, para ser mas insensibles á sus penas.

Los desgraciados y los oprimidos solo tienen derecho de acercarse á los grandes para encontrar en ellos la proteccion que les falta. Si, hermanos míos, las leyes que han atendido á la defensa de los débiles, no bastan para preservarlos de la injusticia y de la opresion; y la miseria se atreve pocas veces á reclamar las que se han establecido para protegerla; porque el crédito les impone silencio frecuentemente. Corresponde pues á los grandes hacer que el pueblo recobre la proteccion de las leyes; de modo que la viuda, el huérfano, y cuantos son pisados y oprimidos tienen un derecho adquirido al favor y poder de aquellos, á quienes solo se les dió para esto; y por tanto deben presentar á los pies del trono las quejas y los gemidos del oprimido; porque son como el conducto de comunicacion y el vínculo de los pueblos con el soberano; pues que este no es otra cosa, que el padre y pastor de sus súbditos. Por esta razon los pueblos

son únicamente los que dan á los grandes el derecho que tienen de acercarse al trono, y este no se ha elevado sino solamente en favor de los pueblos. En una palabra, los grandes y el príncipe no son, por decirlo así, sino los hombres del pueblo.

Pero si los grandes y los ministros de los reyes lejos de proteger á los débiles parecidos á aquellos tutores bárbaros que despojan á sus propios pupilos: ¡ Gran Dios! los clamores del pobre y del oprimido subirán á vuestro trono; maldeciréis estas razas crueles, despediréis vuestros rayos contra los gigantes; derribaréis todo este edificio de orgullo, de injusticia y de prosperidad que se habia levantado de las ruinas de tantos desgraciados, y la prosperidad de aquellos se sepultará bajo las ruinas. Así es como la prosperidad de los grandes y de los ministros de los soberanos que han oprimido á los pueblos, nunca ha producido mas que oprobio, ignominia y maldición para sus descendientes. De este tronco de iniquidad se han visto salir descendientes infames que han sido el

baldon de su familia y de su siglo. El Señor se ha indignado contra el cúmulo de sus riquezas injustas y las ha disipado como el humo, y si permite que existan todavía sobre la tierra los restos desgraciados de su raza, es para que sirvan de monumento eterno de sus venganzas y para perpetuar la pena de un crimen que casi siempre eterniza la aflicción y la miseria pública en los imperios.

Es pues la protección de los débiles el único uso legitimo que puede hacerse del favor y de la autoridad; pero los socorros y las dádivas que deben encontrar en nuestra abundancia, forman el último carácter de la humanidad.

Si, hermanos míos, si Dios es el único que os ha hecho lo que sois: ¿ Que otro designio pudo tener, dándoos con tanta profusión los bienes de la tierra? Ha querido acaso facilitaros el lujo, las pasiones y los placeres que él mismo condena? Son acaso donativos que os ha hecho en su cólera? Si así es; y que para solo vosotros ha creado la prosperidad y la opulencia, gozad de uno y otro en buen hora, formad, si es que

podeis , una justa felicidad en este mundo , vivid como si todo se hubiera creado para vosotros , multiplicad vuestros deleites , apresuraos á gozar , porque el tiempo es corto , no esperéis mas sino la muerte y el juicio , pues que ya habeis recibido acá vuestra recompensa.

Pero si conforme á los designios de Dios , vuestros bienes deben ser el medio y el recurso para facilitar vuestra salvacion , y solo ha dejado pobres y desgraciados en el mundo para vosotros , debeis por consiguiente hacer en favor de ellos las veces de Dios , pues sois , por decirlo asi , su providencia visible : tienen derechos de reclamaros y exponeros sus necesidades , y por consiguiente vuestros bienes son suyos , y vuestras liberalidades el único patrimonio que Dios les ha señalado en la tierra.

#### SEGUNDA PARTE.

¿ QUE cosa mas digna de ser envidiada hay en vuestro estado , que la facultad y el poder de hacer dichosos ? Si la humanidad para con los pueblos es la

primera obligacion de los grandes , no es tambien el uso mas grato que puede hacerse de la grandeza ?

Cuando la religion no fuese por sí misma un motivo general de caridad para con nuestros hermanos , y nuestra humanidad para con ellos solo se pagase con el placer de hacer felices y de aliviar á los que padecen , nada mas se necesitaria para un buen corazon ; porque el que no es sensible á un placer tan verdadero y tan tierno , no ha nacido grande , ni aun merece ser hombre . ¿ Cuan digno es de menosprecio dice san Ambrosio , el que pudiendo hacer dichosos no quiere ! *Infelix cujus in potestate est tantorum animas à morte defendere, et non est voluntas!* (San. Amb. in Nab. XIII.)

Y aun parece una maldicion inherente á la grandeza ; porque los que han nacido en la oscuridad , solo envidian á los grandes el poder de hacer bien y contribuir á la felicidad de los demas , y hay un sentimiento de que en su lugar seria uno muy feliz en derramar la alegría y el contento en los corazones haciendo

beneficios, y en asegurar para siempre el amor y la gratitud. Si en una condicion mediana se forman algunas veces deseos quiméricos de alcanzar empleos elevados, el primer uso que los hombres se proponen hacer de su nueva elevacion, es el de ser benéficos y de hacer participes de su beneficencia á quantos les rodean, y esta es la primera leccion de la natureleza y el primer sentimiento que experimentan dentro de sí los hombres del comun. Solo en los grandes está extinguido, y parece que la grandeza les da otro corazon mas duro y mas insensible que el del resto de los mortales, que quanto mas disposicion tienen de aliviar á los infelices, menos les conmueven sus miserias, que quanto mas dueños son de conciliarse el amor y la benevolencia de los hombres, menos caso hacen de ello, y que les basta el poderlo todo para que nada los mueva.

Pero, hermanos míos, ¿ que uso mas humano y mas lisonjero podríais hacer de vuestra elevacion y de vuestra riqueza ? El que os prestasen homenajes ? El orgullo mismo se cansa de ellos.

¿ Mandar á los hombres y dictarles leyes ? Estos son cuidados de la autoridad, y no un placer. ¿ Ver aumentárseos vuestros siervos y esclavos ? Pero estos son testigos que os embarazan y estorban mas bien que una pompa para vuestro decoro. ¿ Habitar palacios suntuosos ? Pero edificais dice Job soledades, que pronto habitarán juntamente con vosotros los cuidados y tristes pesares. ¿ Reunir allí todos los placeres ? Podrán llenar aquellos vastos edificios, pero siempre dejarán vacío vuestro corazon. ¿ Hallar diariamente en vuestra riqueza nuevos recursos para vuestros caprichos ? Pero la variedad de aquellos se acaba bien pronto, todo se apura luego, es necesario retroceder y volver á empezar continuamente lo que el tedio ha hecho insípido y la ociosidad necesario. Emplead como gustéis vuestras riquezas y vuestra autoridad, en todos los usos que el orgullo y los placeres pueden inventar, y os saciaréis, pero no quedaréis satisfechos : os mostrarán la alegría, pero no quedarán en vuestro corazon.

Empleadlos en hacer felices, en pro-

curar una vida mas soportable y mejor á los desgraciados á quienes el exceso de la miseria quizá ha obligado mil veces, á desear como Job, que el dia de su nacimiento, hubiera sido el de la noche eterna de su sepulcro, y entonces gustaréis del placer de haber nacido grandes, y conoceréis el verdadero regalo de vuestro estado: porque es el único privilegio digno de ser envidiado. Toda aquella vana apariencia que os rodea es para los demas; pero este placer es para vosotros solos; todos los demas tienen sus amarguras, pero este las dulcifica todas. El regocijo que resulta de hacer el bien tiene un atractivo y conmueve de un modo muy diferente que la de recibirle; repetidle todavía, porque es un placer que nunca fastidia; y cuanto mas le gustamos mas nos hacemos dignos de disfrutarle. Cuando mas se acostumbra uno á su propia prosperidad, tanto mas insensible es á ella; pero siempre nos regocija el ser los autores de la de los demas, porque cada beneficio contiene en sí esta retribucion halagüena y secreta en nuestro corazon,

pues el dilatado uso de todos los placeres que le endurece para ellos, le hace cada vez mas sensible,

¿ Y que puede haber mas delicioso para la magestad del trono, que la facultad de dispensar gracias? Cual seria el poder de los reyes si se condenasen á gozar solos? Una triste soledad, el horror de los súbditos y su propio suplicio. El placer mas dulce de la autoridad, es el uso que de ella se hace; y la clemencia y la liberalidad que la hacen amable son el mejor uso que de ella se puede hacer.

Otra nueva razon; ademas del placer de hacer el bien que nos paga de contado el beneficio, manifestad suavidad y humanidad en el ejercicio de vuestra autoridad, dice el espíritu de Dios; porque esta es la gloria mas segura y mas duradera á que pueden aspirar los grandes: *In mansuetudine opera tua perface, et super hominum gloriam diligeris.* (Eccle XXXII, 19.)

No, Señor, ni la calidad, ni los títulos, ni la autoridad son los que hacen amables á los soberanos, ni tampoco

los talentos gloriosos que admira el mundo, ni el valor, ni la superioridad de genio, ni el arte de manejar los ánimos y de gobernar los pueblos; porque estas grandes habilidades únicamente los hacen ser amados de sus súbditos, en cuanto los hacen humanos y benéficos. Vos solo seréis grande en cuanto seais amado, porque el amar de los pueblos ha sido siempre la gloria mas verdadera y menos equívoca de los soberanos, pues los pueblos no aman en ellos sino las virtudes que hacen su reinado feliz y venturoso.

Y en efecto ¿ Hay acaso para los príncipes una gloria mas pura ni mas tierna que la de reinar sobre los corazones? La gloria de las conquistas está siempre manchada con sangre, porque solo se la adquiere con la devastacion y la muerte, y es preciso para afianzarla causar la desgracia de muchos. Su aparato es lúgubre y funesto, y frecuentemente, el mismo conquistador, si es humano, se ve precisado á llorar por sus propias victorias.

Pero, Señor, la gloria de ser amado de su pueblo y de hacerle feliz tiene por

compañeras la alegría y la abundancia, no hay necesidad para inmortalizarla de levantar soberbias estatuas y columnas, porque ella misma engendra en el corazon de cada súbdito el respeto, y eleva en él un monumento mas duradero que el bronce, pues el amor de que proviene es mas poderoso que la muerte; siendo asi que el título de conquistador solo está gravado sobre el mármol, y el de padre del pueblo lo está en los corazones.

Gran felicidad es para el soberano el considerar su reino como si fuera su familia, los súbditos como hijos; saber que sus corazones son todavía mas suyos que sus caudales y sus personas, y el ver, por decirlo asi, ratificar diariamente la primera leccion por la que la nacion puso sus ascendientes sobre el trono. ¿ La gloria de las conquistas y de los triunfos tiene algo que iguale este placer? Pero ademas, Señor, si la gloria de los conquistadores os mueve; empezad ganando los corazones de vuestros súbditos, pues esta conquista os responde de la del mundo; porque un rey amado de una nacion impetuosa como la vuestra, nada

tiene que temer sino el exceso pasagero de sus prosperidades y de sus victorias. Oíd aquella muchedumbre que Jesucristo sació en el desierto en este dia, y veréis que le quieren hacer su rey. *Ut raperent eum et facerent eum regem.* (Joan. VI, 15.)

Ya le levantan un trono en su corazon, no pudiendo todavía colocarle sobre el de David y de los reyes de Judá sus ascendientes, y solo reconocen su derecho á la corona por su humanidad. ¡ Ah! si los hombres escogiesen sus soberanos, no serian ni los mas nobles ni los mas valientes, sino los mas sensibles, los mas humanos, los que al mismo tiempo fuesen sus padres.

Dichosa la nacion, gran Dios, á quien vos destinais en vuestra misericordia un soberano de semejante carácter. Presagios felices nos hacen esperarle, pues la clemencia y la magestad que presenta el semblante de este augusto niño, nos anuncian ya la felicidad de los pueblos; y las inclinaciones suaves y benéficas que manifiesta, nos afianzan y aumentan diariamente nuestras esperanzas. Cultivad pues, ó Dios mio, estas primeras prendas

de nuestra ventura. Hacedle tan afectuoso para con sus pueblos, como lo era su padre, aquel príncipe piadoso, á quien no hicisteis mas que mostrar al mundo: bien sabeis, que no queria reinar sino para hacernos felices; nuestras miserias y nuestras aflicciones eran suyas, y su corazon era el mismo que el nuestro. Crezcan pues la clemencia y la misericordia con la edad en este niño precioso, que las ha heredado de un padre tan humano y tan misericordioso; sean la dulzura y la magestad de su semblante imagen de la de su alma; ame tanto á su pueblo como este le ama, que el afecto que le tiene la nacion sea la regla y medida de el que debe tener, y por estas cualidades será mas grande que su bisabuelo, mas glorioso que sus ascendientes, y su humanidad hará nuestra felicidad en el mundo y la suya en el cielo. Amen.

# SERMON

PARA EL DÍA

## DE LA INCARNACION.

Sobre los caracteres de la grandeza de  
Jesucristo.

Hic erit magnus.

Será grande. (Luc. I, 32.)

SEÑOR,

CUANDO los hombres se prometen que un joven príncipe será glorioso, esta idea solo tiene por objeto las victorias y prosperidades mundanas: porque fundan la grandeza futura de aquel sobre las calamidades públicas, y las mismas señales que anuncian el esplendor de su gloria, son como presagios siniestros que solo prometen desgracias á los demas hombres.

( 145 )

El ángel no anuncia hoy á María por estas demostraciones vanas y tristes de grandeza, que Jesucristo será grande, porque el lenguaje del Cielo y de la verdad en nada se parece al del error y de la vanidad de las adulaciones humanas: Dios no habla como los hombres.

Jesucristo será grande porque será el santo y el hijo de Dios: *Sanctum vocabitur filius Dei*: porque salvará su pueblo: *Ipse enim salvum faciet populum suum.* (Matth. I, 21.) Porque su reinado no tendrá fin: *Et regni ejus non erit finis.* (Luc. I, 33.) Tales son los caracteres de su grandeza, grandeza de santidad, de misericordia, de perpetuidad y duracion.

Estos son los caracteres de la verdadera grandeza; porque, Señor, los príncipes y los grandes no deben buscarla, ni en la elevacion del nacimiento, ni en el esplendor de los títulos y victorias, ni en la extension del poder y de la autoridad, pues solo serán grandes como Jesucristo, en cuanto sean santos, en cuanto sean útiles á los pueblos y en cuanto su vida y su reinado sirvan de

modelo que se perpetue por todos los siglos, esto es que tengan como él, una grandeza de santidad, de misericordia de perpetuidad y de duracion.

PRIMERA PARTE.

Señor, el origen eterno de Jesucristo y su título de hijo de Dios, á que es inherente el de su santidad, lo es tambien de su grandor y de su eminencia; pues no se le llama grande porque cuenta reyes, y príncipes y patriarcas entre sus ascendientes, ni porque la sangre mas augusta del universo corre por sus venas. Es grande, porque es el santo y el hijo del todo poderoso; y toda su grandeza dimana del seno de Dios, de modo que el gran misterio de sus caminos eternos, que se manifiesta hoy, recibe todo su esplendor de su divino nacimiento.

Nosotros nada tenemos de grande sino lo que nos viene de Dios. Si, hermanos míos, los grandes se glorian de tener, como Jesucristo, príncipes y reyes entre sus ascendientes; pero si no tienen otra gloria que la de sus abuelos, si toda su

grandeza consiste en solo sus nombres, si no tienen otras virtudes que sus títulos, si necesitamos recordar los siglos pasados para que nos parezcan dignos de nuestro homenaje, entonces su nacimiento los envilece y deshonorra, aun segun el mundo; el recuerdo de sus antepasados se convierte en oprobio de sus personas, oponiéndoles continuamente su apellido, porque las historias en que se hallan escritas las grandes acciones de sus padres, no son sino unos testigos vivos que deponen contra ellos, en fin se buscan aquellos gloriosos antepasados en sus indignos sucesores, se pide á estos las virtudes que sus nombres honraron á la patria; y aquel cúmulo de gloria de que son herederos, es para ellos un peso vergonzoso que los afrenta y abrumba.

Sin embargo, la mayor parte de ellos manifiestan en su porte y semblante el orgullo de su origen; porque cuentan los grados de su grandeza por los siglos que ya pasaron, por las dignidades que no poseen, por las acciones en que ninguna parte han tenido, por unos ante-

cesores de quien solo quedan las cenizas, por monumentos que el tiempo ha destruido, y se creen superiores á los demas hombres, porque les han quedado mas ruinas domésticas de la rapidez del tiempo, y pueden presentar mas títulos que otros de la vanidad de las cosas humanas.

Un nacimiento distinguido es sin duda una prerogativa ilustre, á la que el consentimiento de las naciones ha dado en todas épocas distinciones de honor y respeto; pero no es mas que un título y no una virtud; es un adhesión á la gloria, pero no la da, es una lección doméstica, y un motivo honroso de grandeza, pero no nos hace grandes; es una herencia de honor y de mérito; pero se acaba y se extingue en nosotros desde que solo heredamos el nombre sin las virtudes que le han hecho ilustre; y comenzamos, por decirlo así, una nueva familia, haciéndonos unos hombres nuevos; de manera que la nobleza ya no es mas que por nuestro linage, y nuestras personas son plebeyas.

Pero si aun para con el mundo, e!

nacimiento sin la virtud es un título vano que nos acusa continuamente nuestra ociosidad y nuestra bajeza; ¿Que será á los ojos de Dios que nada ve grande y real en nosotros, sino los dones que nos ha concedido de su gracia y de su espíritu?

Es pues nuestro nacimiento, segun la fe, nuestro título mas glorioso; pues no somos grandes sino porque á imitación de Jesucristo somos hijos de Dios y sostenemos la excelencia y nobleza de origen tan elevado. Por él es el cristiano superior á los reyes y príncipes de la tierra; por él entramos hoy en todos los derechos de Jesucristo, todo es nuestro y el universo entero es para nosotros; todos los patriarcas y escogidos de los siglos pasados son nuestros mayores; nos hacemos herederos de un reino eterno; serémos jueces de los ángeles y de los hombres; y verémos algun día á nuestros pies todas las naciones y potestades del siglo.

Tan grande es, Señor, la prerogativa de los hijos de Dios. Por eso nuestros reyes han querido que el título de cris-

tiano fuese el primero de los que adornasen y ennobleciesen su corona; y el mas santo, entre vuestros predecesores, no buscaba la fuente y el origen de su grandeza en el número de provincias y ciudades que componian su imperio, sino únicamente en el sitio donde por el bautismo habia empezado á contarse entre los hijos de Dios.

Pero, Señor, no basta, dice san Juan, tener el nombre de cristiano, es preciso serlo efectivamente: *Ut filii Dei nominemur, et simus.* Si los hijos de los reyes degenerando de su augusto nacimiento solo tuviesen inclinaciones bajas y vulgares; si se propusiesen la suerte de un humilde artesano como el objeto mas digno de su corazon, y bastante para llenar sus grandes destinos; si perdiendo de vista el trono á que deben subir algun día, nada conociesen mas grande que el arrastrarse en el fango, y confundirse por sus sentimientos y ocupaciones con la hez mas despreciable del pueblo; que oprobio para su nombre y para la nacion que esperase hallarse sujeta á semejante Señor?

Tales son y aun todavía mas culpables, Señor, los hijos de Dios, cuando se degradan viviendo como los hijos del siglo. Lagracia del bautismo aun os ha elevado mas que la gloria de vuestro nacimiento, aunque sea este el mas augusto del mundo, pues por él no sois mas que un rey temporal, y por aquella sois heredero de un reino eterno: vuestro nacimiento solo os hace hijo de los reyes, y el bautismo hijo de Dios. Vemos diariamente que crecen y se desarrollan en vuestra magestad sentimientos é inclinaciones dignas del nacimiento que teneis de los reyes vuestros antepasados, pero de nada serviria esto si no manifestaseis tambien aquellos sentimientos correspondientes al nacimiento que debéis á Dios, que os ha admitido en el número de sus hijos por el bautismo.

Juzgad pues, Señor, de lo que debéis á un nacimiento enteramente divino, por lo que exige de vos el nacimiento real. Si los hijos de los reyes deben sobresalir en virtudes y en todo á los demas hombres; si la menor bajeza los deshonra; si la falta mas leve de firmeza es una

mancha que mancilla todo el esplendor de su nacimiento ; si se les imputa á crimen la desigualdad de su genio ; si necesitan ser mas animosos , prudentes , circunspectos , benignos , afables y grandes en todo que los demas hombres ; si el mundo exige tanto de los hijos de la tierra , ¿ que es lo que Dios no pedirá á los del Cielo ? ¿ Que inocencia , que pureza de deseos , que elevacion de sentimientos , que superioridad sobre los sentidos y sobre las pasiones ? Que desprecio en fin de todo lo que no es eterno ? ¿ Que grandeza se necesita para sostener la eminencia de origen tan sublime ! El primer carácter del grandor de Jesucristo es el de la santidad : *Hic erit magnus , et filius Altissimi vocabitur.*

## SEGUNDA PARTE.

Pero en segundo lugar será grande porque salvará su pueblo : *Ipse enim salvum faciet populum suum* ; segundo carácter de su grandeza , el serlo de misericordia.

No ha venido al mundo sino para colmar los hombres de beneficios :

vivíamos en la servidumbre y estábamos maldecidos , y vino á romper nuestras cadenas y ponernos en libertad ; éramos enemigos de Dios y sin derecho á sus promesas , y vino á reconciliarnos con él , haciéndonos ciudadanos de los santos é hijos de una nueva alianza , vivíamos sin ley , sin yugo y sin Dios en este mundo , y vino á ser nuestra ley , nuestra verdad y nuestra justicia , derramando la abundancia de sus dones y de sus gracias sobre todo el mundo . En una palabra , vino á renovar toda la naturaleza , á purificar lo que estaba impuro , á fortificar lo que era débil , á salvar lo que estaba perdido y á reunir lo que estaba dividido . ¿ Que grandor ! Ninguno es igual al de poder ser útil á todos los hombres .

Y esta es la grandeza á que deben aspirar los soberanos y los príncipes , y cuantos tienen el nombre de grandes en el mundo ; pues no pueden serlo sino haciéndose útiles á los pueblos , y dándoles , á imitacion de Jesucristo , la libertad , la paz y la abundancia .

Decimos la libertad , no aquella que

favorece las pasiones y la licencia; porque esta es un nuevo yugo y una servidumbre vergonzosa; siendo así que la regla de las costumbres es el primer principio de la felicidad y duración de los imperios. Tampoco es aquella libertad que, ó se subleva contra la autoridad legítima ó quiere participar de ella con el soberano, en quien únicamente reside, y con pretexto de moderarla, anonadarla y destruirla. No hay felicidad para los pueblos sino el orden y la sumisión; y por poco que se aparten de la obediencia, el gobierno queda sin regla; porque cada cual quiere ser ley á sí mismo; de la independencia nacen luego la confusión, los alborotos, las disensiones, los atentados y la impunidad; por cuya razón los soberanos no pueden hacer felices á los súbditos, sino manteniéndolos obedientes á la autoridad, pero haciendo al mismo tiempo que la sujeción sea justa, suave y amable.

La libertad, Señor, que deben los príncipes á sus pueblos, es la de las leyes. Vos sois dueño de disponer de las vidas y haciendas de vuestros súbditos;

pero no podéis disponer de ellas sino conforme á las leyes; es verdad que no tenéis otro superior que Dios, pero la autoridad de las leyes debe ser superior á la vuestra, porque no mandáis á esclavos, sino á una nación libre y guerrera tan zelosa de su libertad como de su fidelidad, y cuya sumisión es tanto mas segura, cuanto que se funda en el amor que tiene á sus soberanos, los cuales todo lo pueden en ella, porque la ternura y fidelidad de sus súbditos no conoce límites á su obediencia; pero es preciso que los reyes los pongan á su propia autoridad; y que cuanto mayor sea el amor de la nación para no conocer otra ley que una ciega obediencia, tanto menos deben exigir los reyes de ella, fuera de lo que les permitan las leyes; de otro modo ya no son los padres y protectores de sus pueblos, sino sus opresores y enemigos, y no puede decirse que reinan sobre sus súbditos, sino que los tiranizan.

El poder de vuestro augusto bisabuelo sobre la nación fué mayor que el de todos los reyes vuestros ascendientes, porque

un reinado largo y glorioso lo habia consolidado, su gran prudencia lo sostenia, y el amor de sus súbditos casi no le ponía ya límites. Sin embargo, mas de una vez le hizo ceder á las leyes, tomarlas por árbitros entre él y sus súbditos, y sujetar noblemente á las decisiones de ellas sus propios intereses.

No es pues el soberano sino la ley, Señor, la que debe reinar sobre los pueblos, no siendo vos mas que el ministro y primer depositario de ella, que es la que debe reglar el uso de la autoridad; y entonces esta ya no es un yugo para los súbditos, sino una regla saludable que los guia; un socorro que los protege, y una vigilancia paternal que asegura la sumision que tendrán, por el cariño que ella les afianza. Cuando los hombres son gobernados por las leyes, creen justamente que son libres, y su ciega obediencia los hace entonces felices, porque les da la confianza y la tranquilidad. Las pasiones, las voluntades injustas, los deseos excesivos y ambiciosos con que los príncipes ejercen su autoridad, lejos de aumentarla la disminuyen; son

menos poderosos desde que se hacen superiores á las leyes, y queriendo ganar no consiguen sino perder, porque todo lo que hace injusta y odiosa la autoridad la debilita y disminuye, pues el origen de su poder está en el corazon de los súbditos, y por absolutos que parezcan los reyes, puede decirse que han perdido su verdadero poder desde el punto que no pueden contar con el amor de los que les obedecen.

Hemos dicho tambien la paz y la abundancia, las cuales son siempre frutos dichosos de la libertad de que acabamos de hablar; estos son los bienes que Jesucristo trajo á la tierra, y asi fué grande, porque fué el bienhechor del género humano.

Si, Señor, para ser grande á los ojos de los mortales, es preciso serles útiles. La gratitud los movió á convertir sus bienhechores en dioses, por eso adoraban la tierra que los alimentaba, el sol que los alumbraba, á los príncipes benéficos como Júpiter, rey de Creta, Osiris, rey de Egipto, que habian dado leyes sabias á sus súbditos, que habian

sido los padres de sus pueblos y los habian hecho felices durante su reinado; porque el amor y el respeto que inspira la gratitud, fué tan vivo, que degeneró aun en el culto.

Es necesario interesar á los hombres en nuestra gloria si queremos que sea inmortal, y no podían tener interes en ella sino por nuestros beneficios. Los grandes talentos y los títulos que nos hacen superiores á los demas, y que en nada contribuyen á su bienestar, los deslumbran sin conmooverlos, y mas bien son un objeto de envidia que de afecto y estimacion pública. Los elogios que damos á otros, siempre recaen por algun lado sobre nosotros mismos; porque el origen secreto de que dimanar, es el interes ó la vanidad; pues siendo vanos, como lo son todos los hombres, sus acciones casi siempre son en favor propio, y por lo comun no gustan dar inútilmente alabanzas que los humillan, y que son una especie de confesion pública de su inferioridad respecto de los elogiados; pero la gratitud vence la vanidad, y el orgullo no

lleva mal que nuestros bienhechores sean al mismo tiempo nuestros superiores y aun nuestros dueños.

No, Señor, un príncipe que solo ha tenido virtudes militares, no está seguro de ser grande en la posteridad; porque ha trabajado únicamente para sí, y nada en favor de los pueblos, y estos son los que aseguran siempre la grandeza y la gloria de los soberanos. Podrá pasar por un gran conquistador pero nunca será considerado como un gran rey; habrá ganado batallas, pero no el corazon de sus súbditos; habrá conquistado provincias extranjeras, mas habrá empobrecido las suyas; en una palabra habrá dirigido hábilmente los ejércitos y gobernado muy mal sus pueblos.

Pero, Señor, un príncipe que se ha desvivido en proporcionar la felicidad á sus súbditos, que ha preferido la paz y la tranquilidad, sin lo cual no hay verdadera dicha, á victorias que solo hubieran sido para sí mismo, y no hubieran tenido otro resultado que el de lisonjear su vanidad: un príncipe que no se ha considerado sino como el hombre

de sus pueblos, creyendo que sus tesoros mas preciosos eran los corazones de sus súbditos, que por la sabiduría de sus leyes y de sus ejemplos ha desterrado los desórdenes de su nacion, corregido los abusos, conservado el decoro de las costumbres públicas, mantenido á cada uno en el lugar que le corresponde, reprimido el lujo y la disolucion, vicios siempre mas funestos á los imperios que las guerras y las calamidades mas tristes, dado al culto y á la religion de sus padres la autoridad, el esplendor, la magestad y la uniformidad que perpetuan su respeto entre los pueblos; que ha conservado el depósito sagrado de la fe contra todas las agresiones de los espíritus indóciles é inquietos; que ha considerado á sus súbditos como sus hijos, á su reino como su familia, y que no ha hecho uso de su autoridad sino para la felicidad de aquellos que fueron confiados á su cuidado: un príncipe de semejante carácter será siempre grande porque lo es en el corazon de sus pueblos. Los padres referirán á sus hijos lo dichosos que fueron bajo la sumision

de tan buen soberano, estos lo repetirán á sus descendientes, y conservándose esta memoria en todas las familias de edad en edad, será como un monumento doméstico levantado en el recinto de las casas paternas, que eternizarán la memoria de tan buen rey en todos los siglos.

No son las estatuas, Señor, ni las inscripciones las que immortalizan los príncipes; porque unas y otras son, tarde ó temprano, el triste juguete del tiempo y de las vicisitudes de las cosas humanas. En vano Roma y Grecia habian multiplicado infinitamente, en otro tiempo, las estatuas de sus Reyes y de sus Césares, y apurado todo el saber de su arte para que fuesen muy estimadas en los siglos siguientes; porque de todos aquellos soberbios monumentos apenas uno ha llegado á nuestros dias. Lo que solo está escrito en el mármol y en el bronce, se borra bien pronto, pero siempre se conserva lo que está escrito en los corazones.

## TERCERA PARTE.

El último carácter de la grandeza de Jesucristo es tambien la duracion y la perpetuidad de su reinado. *Et regni ejus non erit finis.* Existia ayer, existe hoy y existirá por todos los siglos; sus beneficios perpetuarán su dignidad real y su poder; en todos tiempos le reconocerán los hombres, le adorarán como á su gefe, su libertador, su pontífice siempre vivo y que siempre se ofrece por nosotros á su eterno padre; será tambien el príncipe de la eternidad, reinará sobre escogidos en el cielo, y la iglesia triunfante será su reino y su herencia lo mismo que la militante; y semejante grandeza lo es de perpetuidad y de duracion.

Efectivamente la gloria que se acaba con nuestra vida siempre es falsa, pues mas bien se ha dado á nuestros títulos que á nuestras virtudes, y es un brillo engañoso que es inherente á los grandes empleos que desempeñamos, pero que no sale de nuestro interior; porque continuamente estamos rodeados de admi-

radores, y carecemos de las calidades que admiran en nosotros; y así como esta gloria era el fruto del error y de la adulacion, no hay que extrañar que se acabe con ella. Tal es la gloria de la mayor parte de los príncipes y de los grandes; sus cenizas, cuando todavía estan calientes, se honran con algunos elogios, añadiendo esta vana consideracion á la de su pompa fúnebre; pero todo se eclipsa y desaparece al dia siguiente; los hombres se avergüenzan de haberlos alabado, es pues un lenguaje anticuado é insípido que hoy nadie se atreve á usar, y los monumentos públicos donde se conservan todavía sus elogios, se abochornan de contenerlos, y en donde no parecen subsistir sino para recordar públicamente una memoria que los reprueba. Así es que las alabanzas nunca sobreviven á los héroes á quien se dirigen, y lejos de inmortalizar la gloria de los príncipes las adulaciones mercenarias, solo inmortalizan la hajeza, el interes y la vileza de los que fueron capaces de dárselas.

Para conocer la verdadera grandeza

de los soberanos y de los grandes, se la debe buscar en los siglos posteriores á ellos; porque quanto mas tiempo hace que murieron, tanto mas se aumenta y asegura su gloria cuando dimana del amor de los pueblos. Todavía se disputa hoy á uno de vuestros mas valientes antecesores los magníficos elogios que le dió su siglo á porfía, y á pesar de la gloria de Marián, aun se duda si por su valor debe ser contado entre los grandes reyes que han ocupado vuestro trono; y su antecesor con menos talentos que los que constituyen los héroes, pero con mas virtudes pacíficas que forman los buenos reyes, será siempre grande en nuestras historias, porque siempre será querido de la nacion á quien sirvió de padre. De nada sirven los elogios dados á los soberanos durante su reinado, si no se repiten en los sucesivos, pues la posteridad siempre justa y equitativa, ó degrada á los soberanos de una gloria que solo debieron á su poder y á su dignidad, ó les conserva una distincion que merecieron por sus virtudes mas bien que su poder. Es ne-

cesario, Señor, que la vida de un gran rey pueda proponerse como regla á los sucesores, y que su reinado sirva de modelo á todos los reinados futuros, pues por este medio será, si es permitido decirlo asi, eterno como el reinado de Jesucristo: *Et regni ejus non erit finis.*

El reinado de David siempre sirvió de modelo á los buenos reyes de Judá, y su duracion igual á la del trono de Jerusalem. No fueron solo sus victorias las que le hicieron modelo de sus sucesores, porque Saul las habia conseguido tambien contra los Filisteos y contra los Amalecitas, sino su piedad para con Dios, el amor de su pueblo, su zelo por la ley y por la religion de sus padres, su sumision á Dios en las desgracias, su moderacion en la victoria y en la prosperidad, su respeto á los profetas que de parte de Dios le recordaban sus obligaciones y le ponian á la vista sus flaquezas; la penitencia pública que hizo estando en su trono para reparar el escándalo de su debilidad, las riquezas inmensas que juntó para edificar un

templo al Dios de sus padres, su gran confianza en el gran sacerdote y en los ministros del culto, el cuidado que tuvo de inspirar á su hijo Salomon máximas de virtud y de sabiduría; y en finel buen orden y las leyes justas que dió á Israel.

Esta es, Señor la grandeza que vuestra magestad debe proponerse para reinar. Reinad de manera que vuestro reinado pueda ser eterno y que no solo os asegure el reino inmortal de los hijos de Dios, sino que tambien en todas las edades futuras seais propuesto á vuestros sucesores como el modelo de los buenos reyes.

No será únicamente consiguiendo victorias que seréis un gran rey, sino el amor de vuestros pueblos, la fidelidad de Dios, el zelo de la religion de vuestros padres, y los cuidados en hacer la felicidad de vuestros súbditos serán la parte mas hermosa de nuestras historias, y el modelo de los reinados sucesivos.

Amad vuestros pueblos, Señor, y que estas mismas palabras que tantas veces habeis oido encuentren siempre una acogida favorable en vuestro corazon.

Sed afectuoso, humano, afable, que sus miserias os conmuevan, y sus necesidades os compadezcan; de este modo seréis un gran rey y vuestro reinado durará tanto como la monarquía. Dios os ha puesto al frente de una nacion que ama á sus príncipes, y por esto solo merece tambien ser amada. En un reino, en que los pueblos nacen, por decirlo asi, buenos súbditos, es preciso que los reyes nazcan tambien buenos soberanos. Ya veis que todos los corazones son vuestros, y el amor solo puede pagarse con amor, y no mereceriais el afecto y cariño de vuestros súbditos, si les negaseis el vuestro.

No hay otra gloria para los reyes que aquella grandeza que consiste en el amor de sus pueblos, estos son los únicos que perpetuan de siglo en siglo la memoria de los buenos príncipes; ¡ y que gloria con efecto para un rey la de reinar aun despues de su muerte en los corazones de los súbditos, estando ademas seguro de que en todas las edades futuras echarán de menos los pueblos el no haber vivido en su reinado,

ó se darán el parabien de tener un rey que se le parezca! ¡ Que gloria, la de que se diga de vos, Señor, en toda la serie de los siglos, como la reina de Saba decia de Salomon: ¡ dichosos aquellos que le vieron y que vivieron bajo sus leyes suaves, y la moderacion de su imperio! ¡ dichosa la edad que manifestó á los pueblos tan buen soberano! ¡ dichosas las ciudades y los campos que vieron renacer en su reinado la abundancia, la paz, la alegría, la justicia y la inocencia de los tiempos mas dichosos! ¡ y dichosa la nacion á quien el cielo favorezca un día con un príncipe que se le parezca.

¡ Gran Dios! vos solo dais buenos reyes á los pueblos, y es el mayor don que podeis hacerles. Todavía teneis en vuestras manos el niño augusto que destinais á esta monarquía, y cuya edad é inocencia son todavía la obra principiada de vuestra misericordia; aun no ha salido de la mano que le formó y cuida de perfeccionarle. Tiempo es, ¡ ó Dios mio! de disponerle para la felicidad de los pueblos á quienes le habeis reservado;

que vuestra infinita bondad no se canse de oír esta súplica tantas veces repetida, y tan interesante para el bien y la felicidad de una nacion que siempre habeis protegido.

Vuestro culto se consolida y afianza cuando son buenos los reyes que gobiernan; la fe triunfa de los errores, la horrorosa incredulidad desaparece ó se ve precisada á ocultarse, las nuevas doctrinas se proscriben, los ánimos rebeldes no hallan proteccion ni seguridad sino en la unidad y la obediencia; vuestros ministros pacíficos en el ejercicio de sus destinos y velando siempre en la conservacion de la doctrina, ven la autoridad del imperio auxiliar la del sacerdocio, y todos los corazones reunidos ya á los pies del trono, se presentan con la misma union y la misma concordia á los de los altares. Aumentad pues ¡ ó Dios mio! en el jóven rey aquellos indicios felices que prometen buenos reyes á los pueblos; ¡ que la obra de vuestra misericordia crezca y se desarrolle diariamente en él con sus años! No os pedimos que sea el vencedor de la Europa;

( 168 )

nos contentamos con que sea el padre de sus pueblos. El poder de vuestro brazo nos le ha conservado, quitando la vida á todos los individuos de su familia, estando aun en la cuna, sea pues el mismo poder, el que nos le forme y prepare; porque siendo como Moises un niño salvado de los funerales de toda su estirpe, sea como aquel el salvador y libertador de su pueblo, y este primer prodigio que le ha libertado de la muerte, sea para nosotros un presagio seguro de los que debemos esperar, segun vos, bajo su imperio. Amen.

## SERMON

PARA

EL DOMINGO

## DE PASION.

*Acerca de la nulidad de la gloria humana.*

Si ego glorifico meipsum, gloria mea nihil est.

*Mi gloria nada es, si soy yo quien me la doy á mí mismo. ( Joan. VIII, 54 ).*

SEÑOR,

Si la gloria del mundo sin el temor de Dios valiese, ¿ que hombre hasta él se habia presentado en la tierra con mas motivos para glorificarse á sí mismo que Jesucristo? Porque ademas de la gloria de ser descendiente de una familia real y de contar entre sus mayores á los

( 168 )

nos contentamos con que sea el padre de sus pueblos. El poder de vuestro brazo nos le ha conservado, quitando la vida á todos los individuos de su familia, estando aun en la cuna, sea pues el mismo poder, el que nos le forme y prepare; porque siendo como Moises un niño salvado de los funerales de toda su estirpe, sea como aquel el salvador y libertador de su pueblo, y este primer prodigio que le ha libertado de la muerte, sea para nosotros un presagio seguro de los que debemos esperar, segun vos, bajo su imperio. Amen.

## SERMON

PARA

EL DOMINGO

## DE PASION.

*Acerca de la nulidad de la gloria humana.*

Si ego glorifico meipsum, gloria mea nihil est.

*Mi gloria nada es, si soy yo quien me la doy á mí mismo. ( Joan. VIII, 54 ).*

SEÑOR,

Si la gloria del mundo sin el temor de Dios valiese, ¿ que hombre hasta él se habia presentado en la tierra con mas motivos para glorificarse á sí mismo que Jesucristo? Porque ademas de la gloria de ser descendiente de una familia real y de contar entre sus mayores á los

Davides y á los Salomones , pareció con un gran esplendor en la tierra.

Seguidle en todo el curso de su vida y veréis que la naturaleza le obedece , que las aguas se consolidan bajo sus pies , que los muertos oyen sus palabras , que los demonios aterrados por su poder se ocultan lejos de su persona , que los cielos se abren á su vista y anuncian á los hombres su gloria y su magnificencia , que el barro en sus manos da vista á los ciegos , que por todas partes por donde pasa hace milagros sin fin , que lee en los corazones , que lo futuro es para él presente , que se lleva tras sí ciudades , villas y lugares , que nadie antes que él habia hablado su lenguaje , y que las mugeres de Judá encantadas de su elocuencia celestial llamaron bienaventuradas las entrañas donde habia sido concebido.

Ningun hombre se habia visto jamas en el mundo rodeado de tanta gloria ; y sin embargo él nos dice , que si se la atribuye á sí mismo y que solo sea humana , nada es : *Si ego glorifico meipsum , gloria mea nihil est.*

La honradez mundana , los grandes talentos , los hechos brillantes nada son , sino son virtudes , y por consiguiente no hay verdadera gloria sin el temor de Dios : esto será la materia de este discurso.

#### PRIMERA PARTE.

Señor , mucho tiempo ha que los hombres siempre vanos idolatran la gloria , que la mayor parte de ellos la pierden buscándola , y creen haberla encontrado , cuando se dan á su vanidad los elogios debidos á la virtud. No hay principe ni grande á quien á pesar de la bajeza y del desarreglo de sus costumbres y de sus inclinaciones , no prometan , los aduladores gloria é inmortalidad , y que no cuente con los votos de la posteridad , á la que quizá no llegará su nombre , y si llegará solo será por sus vicios. Es cierto que el mundo que habia levantado estos ídolos de barro , los derriba el dia siguiente , y que se venga á su placer en las edades venideras de la violencia y de la injusticia de

sus elogios, con la libertad de sus censuras.

Y aun no espera tanto, porque los aplausos públicos que se dan á la mayor parte de los grandes en vida, se desmienten casi siempre en el momento por los juicios y discursos secretos, de modo que sus alabanzas apenas sirven mas que de excitar la idea de sus defectos, y que cuando apenas fueron pronunciadas aquellas, espiraron, si asi puede decirse, en el corazon del mismo que las dió, y las repueba.

Y si la gloria humana se degrada casi siempre aun ante el tribunal del mundo, ¿ podrá tener algo de mas real á los ojos de Dios ante quien no hay otros grandes que los que le temen? *Qui autem timent te, magni erunt apud te per omnia.* (Judith, XVI, 19.)

Y para demostrar esta verdad bajo un punto de vista completo, notad hermanos míos, que en todos tiempos han puesto los hombres su gloria en el honor y en la honradez, en las dignidades y en los grandes talentos, y en fin en las acciones brillantes,

Pues sin el temor de Dios, toda honradez humana es, ó falsa ó poco segura, los mayores talentos peligrosos, ó para el que se gloria de ellos, ó para los sujetos para con quienes los emplea; y en fin las acciones mas brillantes, ó nacen de un principio criminal ó son muchas veces ellas mismas crímenes de lustre y brillo: *Si ego glorifico meipsum, gloria mea nihil est.*

Decimos en primer lugar, que la honradez humana sin el temor de Dios es casi siempre falsa, ó cuando menos nunca segura. Sabemos que el mundo se gloria de una fantasma de honor y de honradez independiente de la religion; porque cree que se puede ser fiel á los hombres sin serlo á Dios, estar adornado de todas las virtudes sociales sin tener las que requiere el evangelio, y en una palabra ser hombre de bien y no cristiano.

Podria no contestarse al mundo una gloria tan vana y frívola como él, para que tuviese este miserable consuelo; y concederle á lo menos las virtudes humanas, pues que renuncia á las de los

santos. Seria acometerle por su flaco y en su último atrincheramiento el quererle quitar el único bien nominal que le queda y que le consuela de la pérdida de los demas, y privarle de un honor y de una reputacion de probidad, que considera exclusivamente como suya, y que muchas veces niega á los justos.

No le turbemos pues en una posesion tan pacífica y al mismo tiempo tan injusta, y concedamos que á pesar de la depravacion y de la decadencia de las costumbres públicas, todavía se han salvado de las ruinas, en el mundo, restos de honor y de rectitud; que sin embargo de los vicios que los dominan, aun se presentan bajo sus estandartes hombres fieles á la amistad, zelosos por la patria, amantes austeros de la verdad, religiosamente esclavos de su palabra, vengadores de la injusticia, protectores de los débiles; en una palabra, partidarios de los deleites; pero no obstante sectarios de la virtud.

Estos son los justos del mundo, los héroes de honor y de honradez á que da tanta importancia, y los que diariamente

opone con una especie de insulto á los verdaderos justos del evangelio. Á estos los degrada para engrandecer su ídolo; se gloria que el honor y la verdadera honradez solo se hallan en él, y deja á los demas la oscuridad, las pequenezes, los extravios y una falsa virtud, atribuyéndose á si mismo el heroismo y la gloria; ¡pero cuan fácil seria vengar el honor de Dios contra el vano y pomposo culto que el mundo tributa á su ídolo! Bastaría un soplo contra este edificio de orgullo y de vanidad para que apenas quedasen de él miserables vestigios.

Aquellos hombres virtuosos con que tanto se honra el mundo no tienen, las mas veces, en su favor realmente sino el engaño del público. Cuando fuesen amigos fieles, solo estan unidos por el gusto, la vanidad ó el interes; y en la amistad solo buscan otros como ellos mismos; serán buenos ciudadanos, pero la gloria y los honores que resultan á la patria de que le sirvan, son el único vínculo y la sola obligacion que los liga á ella; amarán la verdad, pero no la buscan, sino el crédito y la confianza que les pro-

porciona entre los hombres; cumplirán su palabra, pero será por el orgullo que consideraria como bajeza é inconstancia el faltar á ella; y así no es una virtud que considere como religion la de las promesas; serán vengadores de la injusticia, pero al castigarla en los demas, solo quieren que se sepa que ellos no son capaces de cometerla; protegerán al débil, pero querrán panegiristas de su generosidad, y los elogios de los oprimidos les moverán mas que su opresion y su miseria. Finalmente, dice la escritura, se los llama misericordiosos, pues que á los ojos del público tienen todas las virtudes; pero no siendo fieles á Dios, no tienen ni una sola para si mismos: *Multi homines misericordes vocantur; virum autem fidelem quis inveniet?* (Prov. XX, 6).

Pero cuando no fuese casi siempre falsa la honradez humana, á lo menos seria preciso convenir en que nunca es segura. La religion es la que únicamente afianza la virtud; porque los motivos en que la funda son los mismos en todas partes; y cuando la vergüenza y el opro-

bio fuesen el pago de ella ante los hombres, entonces pareceria mas gloriosa y mas hermosa al hombre de bien: quien no querria redimir á costa de ella aun su propia vida, si estuviese en peligro; pues el secreto y la impunidad no les sirven de atractivos hácia el vicio, siendo Dios el único testigo que teme, y el remordimiento de su conciencia la única pena que le aflige; de manera que la gloria misma y las aclamaciones públicas no le excitarian á una accion ambiciosa é injusta, y antepondria la obligacion y la regla que le condenan, á los aplausos del universo que le aprueba. Al fin, múdense cuanto se quiera las situaciones de un verdadero justo, cambie el mundo respecto á él; los sufragios públicos que hoy le ensalzan, podrán mañana degradarle y abatirle, puede mudarse su fortuna, pero no su virtud con ella.

No se nos citen ejemplos, en que la piedad mas estimada se ha desmentido mas de una vez; porque ademas de que el mundo está lleno de falsos justos, y que los que tienen reputacion de serlo,

entre los hombres, no tienen mérito para con Dios, en todos tiempos la injusticia del mundo acostumbró á imputar á la virtud las flaquezas del hombre. El justo puede caer, pero solo la virtud puede defenderle ó levantarle de su caída; porque solo ella camina con seguridad, siendo los principios en que se funda siempre los mismos: las ocasiones no autorizan al hombre contra la obligacion, porque en nada alteran las reglas; la luz y las miradas públicas son para la virtud lo mismo que la soledad y las tinieblas; en una palabra, no cuenta con los hombres, porque solo Dios que la ve debe juzgarla.

No es posible hallar la misma seguridad en las virtudes humanas; porque teniendo las mas veces su origen en el orgullo y en el amor de la gloria, en ellos encuentran un momento despues su sepulcro; siendo obra de las atenciones del público, se extinguen con ellas la mañana siguiente, como los fuegos fátuos en el secreto y en las tinieblas; apoyándose en las circunstancias, en las ocasiones y en los juicios de los

hombres, caen continuamente con tan frágiles apoyos; siendo tristes frutos del amor propio, estan siempre sujetas á la inconstancia de su imperio; y en fin como obra del hombre, no tiene mas solidez que su autor.

Preséntese á un virtuoso del siglo, ocasion segura para desacreditar á un enemigo, ó suplantar á un concurrente poco le importará el hacerlo, con tal que conserve la reputacion y la fama de moderado; si su venganza no perjudica á su honor, no será indigna de su virtud, pongásele en una situacion en que pueda conciliar su pasion con la estimacion pública no se ocupará en ponerla de acuerdo con su obligacion; y en una palabra, con tal que se le tenga siempre por hombre de bien, para él es lo mismo que serlo.

Todos los Israelitas aparentaban aplaudir al principio la rebelion de Absalon y Aquitofel, aquel hombre tan sabio y virtuoso en la opinion pública, y cuyos consejos se miraban como divinos, prefirió sin embargo el partido del crimen, en que veia los deseos públicos y la esperanza

de su propia elevacion, al de la justicia, que únicamente le presentaba una obligacion que cumplir.

No, hermanos míos, nada hay seguro en las virtudes humanas, si la de Dios no las apoya y fija. Sed benéfico, justo, generoso, y sincero, y podeis ser útil al público, pero no lo seréis á vos mismo: haced obras dignas de alabanza á los ojos de los hombres; ¿pero serán por eso jamas verdaderas virtudes? Todo es falso y vacío en el corazon que Dios no habita, como lo dice un rey; y el conocer vuestra justicia y vuestra virtud, ó Dios mio, es la única raiz que da frutos de inmortalidad y el origen de la verdadera gloria; *Vani autem sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei* ( Sap. XIII, 1 ).

En vano pues se hace consistir la verdadera gloria en el honor y en la honradez mundana; porque solo somos grandes por el corazon, y si Dios no está en este, no hay en él mas que la falsedad y las bajezas del hombre.

## SEGUNDA PARTE.

Pero quizá las virtudes civiles solas son demasiado oscuras y la distincion y superioridad de grandes talentos nos darán mas derecho á la gloria.

¡ Ay Señor! los grandes talentos no son mas que grandes vicios, cuando habiéndolos recibido de Dios, solo los empleamos para nosotros mismos. ¿Que son entonces sino las mas veces instrumento de calamidades públicas y siempre el origen de nuestra consideracion y de nuestra pérdida?

Un soberano nacido con un valor fogoso; y cuyos esplendores brillan ya por todas partes desde su primera juventud, ¿ que es si el temor de Dios no le guia y modera? Un astro nuevo y maléfico que solo anuncia calamidades al mundo. Cuantos mas progresos haga en esta ciencia funesta, tanto mas se aumentarán con ellos; sus empresas mas temerarias opondrán un dique muy débil á la impetuosidad de su carrera; pensará paliar la temeridad ó la injusti-

cia de ellas con el esplendor de sus victorias; la esperanza del buen éxito será el único título que justifique la equidad de sus armas; cuanto le parezca glorioso será legítimo; considerará los momentos de un reposo juicioso y magestuoso, como una ociosidad vergonzosa y como un tiempo usurpado á su gloria; sus vecinos serán sus enemigos desde que pueda conquistarlos; sus mismos pueblos darán con sus lágrimas y su sangre la triste materia de sus triunfos; empobrecerá y trastornará sus propios estados para conquistar otros nuevos; armará contra sí los pueblos y las naciones; turbará la paz del universo, y será célebre haciendo millones de desgraciados. ; Que azote para el género humano! Si hay en el mundo algun pueblo capaz de alabarle, solo á él corresponde tener semejante soberano.

Recorred todos los grandes talentos que hacen á los hombres ilustres; y si los tienen los impios es siempre para desgracia de su nacion y de su siglo. Los vastos conocimientos emponzoñados con el orgullo han producido aquellos

gefes y aquellos doctores célebres del engaño, que en todas épocas han levantado el estandarte del cisma y del error, y formado en el seno mismo del cristianismo las sectas que le despedazan.

Esos ingenios sublimes tan ponderados, y que con talentos felices han introducido en su siglo el gusto y la urbanidad de los antiguos, desde que se corrompió su corazon, no han dado al mundo sino obras lascivas y perniciosas, en que preparado el veneno por manos diestras, infesta todos los dias las costumbres públicas, y en los siglos futuros beberán todavía la licencia y la corrupcion del nuestro.

Echad la vista á todo lado, y veréis como han aparecido en el mundo estos genios superiores, pero ambiciosos é inquietos y muy á proposito para mover los resortes de los estados y de los imperios, y trastornar todo el universo. Los pueblos y los reyes han sido el juguete de su ambicion y de sus intrigas; las disenciones civiles y las desgracias domésticas los tristes teatros donde han brillado sus grandes talentos.

Un solo hombre oscuro con eminentes calidades naturales, pero sin conciencia y sin rectitud, ha podido elevarse sobre las ruinas de su patria, mudar enteramente la faz de una nacion vecina y belicosa, tan zelosa de sus leyes y de su libertad, hacerse prestar un homenaje que sus conciudadanos disputan aun á sus reyes; derribar el trono, y dar al universo el espectáculo de un soberano, cuya corona no pudo libertar su cabeza del decreto inaudito que le condenó á perderla.

Genios vastos, pero inquietos y turbulentos, capaces de sostenerlo todo menos el reposo; que revolotean continuamente al rededor del eje mismo que los fija y los ata; y que semejantes á Sanson, sin estar animados de su espíritu, quieren mas bien derribar el edificio y sepultarse en sus ruinas, que no el agitarse y servirse de sus talentos y de su fuerza. ¡ Desgraciados los siglos que producen estos hombres raros y maravillosos, de que todas las naciones han recibido lecciones y ejemplos domésticos.

Pero al fin si no son una desgracia para su siglo, á lo menos lo son para sí mismos; porque parecidos á una embarcacion sin timon y empujado por vientos favorables á toda vela, cuanto mas corren, tanto mas inevitable es su naufragio. Nada es tan peligroso para sí mismo como los grandes talentos, cuando no se usa de ellos conforme á la fe; pues los vanos elogios, que atraen las calidades brillantes, corrompen el corazon, y cuanto mayores son, tanto mas profunda y desesperada es la corrupcion. Dios abandona el orgullo á sí mismo; y estos hombres tan ponderados expian muchas veces con el oprobio de una caída ruidosa los aplausos públicos, y sus vicios deshonoran sus talentos. Estos genios vastos nacidos para sostener el estado, ya no son como dice Job, sino unas débiles cañas que no pueden sostenerse á sí mismas. Mas de una vez se ha visto á las piedras mas brillantes del santuario envilecerse y arrastrarse indignamente en el fango, y los mayores talentos se entregan frecuentemente á las mayores flaquezas: *Qui du-*

*cit sacerdotes inglorios, et optimates  
supplantat. (Job. XII, 29).*

### TERCERA PARTE.

Los sucesos brillantes y los grandes acontecimientos consiguientes á ellos, tampoco merecen mas elogio para los enemigos de Dios, ni les dan mas derecho á la gloria que sus talentos.

Sabemos que el mundo atribuye á tales hechos la gloria, y que por lo comun para él no son las virtudes, sino aquellos, los que forman los grandes hombres. Lo que los títulos y las inscripciones publican, aquello á que el mundo consagra elogios y monumentos públicos para inmortalizar la memoria son, las provincias conquistadas, las batallas ganadas, las negociaciones difíciles terminadas y el trono vacilante asegurado.

No queremos que se derriben estas señales de reconocimiento público; porque cuanto es útil á los hombres, es, en algun sentido, digno de su gratitud. Como la emulacion de los hombres ilus-

tres á los imperios, preciso es excitarlos por las recompensas, y que el éxito vea seguirse inmediatamente el premio.

El gobierno político solo pesa las acciones sin sondear el corazon; lo mismo sucede con los errores necesarios para el orden público; porque cuanto le es favorable, debe ser glorioso; y las costumbres ó motivos que solo deshonoran la persona, no deben mancillar los sucesos que han honrado la patria. Pero si es permitido al mundo ensalzar la gloria de sus héroes, no está prohibido á la verdad otro language; porque hay bien pocos á quien él mismo no degrade. Aquellos que por la distancia del tiempo y de los lugares no pueden examinar, son los únicos que se libran de sus tiros; porque los que estan á su vista, no se libran de su censura, y deja de admirarlos desde el punto que llega á conocerlos. Y no le acusemos por esto de malignidad ni de injusticia, pues que es necesario creerle hablando contra sí mismo.

Efectivamente, penetrad hasta en los motivos de las acciones mas brillantes y

de los mayores acontecimientos; y como todo resplandece exteriormente, veréis al héroe; adelantad mas y buscad al hombre y ya no encontraréis, dice el sabio, sino barro y ceniza: *Cinis est enim cor ejus et terra supervacua, spes illius* ( Sap. XV, 10 ).

La ambición, la envidia, la temeridad, el acaso, y muchas veces el temor y la desesperacion han dado al mundo los mayores espectáculos y los mas brillantes acontecimientos. Las victorias y la fidelidad de Joab para con David quizá solo fueron efecto de su envidia contra Abner. Los resortes mas viles nos hacen muchas veces marchar hácia la gloria; y los caminos que conducen á ella, casi siempre nos degradan.

Por eso si escuchais á los que en otro tiempo trataban á los hombres á quienes habia hecho célebres la gloria de los acontecimientos, veréis muchas veces que nada encontraron en ellos de grande sino el nombre; de manera que el hombre desacreditaba al héroe, su reputacion se avergonzaba de la bajeza de sus costumbres y de sus inclinaciones,

la familiaridad hacia traicion á la gloria de sus sucesos; y era preciso recordar la época de sus grandes acciones, para persuadirse que era él quien las habia ejecutado. Asi, aquellas decoraciones tan magníficas que nos deslumbran y que adornan nuestras historias, ocultan frecuentemente los personajes mas viles y mas vulgares.

Nada hay grande en los hombres, Señor, sino lo que viene de Dios. La rectitud de corazon, la verdad, la inocencia, la regla de las costumbres, y el imperio sobre las pasiones son la verdadera grandeza, y la única gloria real que nadie nos puede disputar; porque cuanto los hombres encuentran solo en sí mismos, está manchado, por decirlo asi, con el barro mismo de que estan formados. El justo es el único, dice un gran rey, que posee la verdadera gloria; porque la del pecador no es mas que oprobio é ignominia: *gloriam sapientes possidebunt; stultorum exaltatio, ignominia.* (Prov. III, 35 ).

La religion, la piedad para con Dios, la fidelidad en cumplir las obligaciones

que nos impone para con los demas y para con nosotros mismos, una conciencia pura y á prueba de todo, y un corazon que sigue el camino recto de la justicia y de la verdad, que es superior á todos los obstáculos que pueden detenerle, insensible á todos los atractivos que le rodean para corromperle, superior á todo cuanto ocurre, y sometido únicamente á Dios, componen la verdadera gloria y la basa de cuanto forma los grandes hombres. Si socavais este cimiento todo el edificio se hunde, caen todas las virtudes y nada queda, porque nada somos.

Señor, vuestro reinado lo seria de muchas maravillas, la gloria de vuestro nombre llegaria hasta los extremos del mundo, vuestros dias solo se hallarian señalados con triunfos, añadiríais nuevas coronas á las de vuestros ascendientes y resonarian vuestras alabanzas en todo el mundo; pero si el Señor no estuviere con vos, y si el orgullo mas que la justicia y la piedad fuesen el alma de vuestras empresas no seríais un gran rey; vuestras prosperidades serian crímenes, vues-

tro triunfos calamidades públicas, seríais el terror y espanto de vuestros vecinos; pero no el padre de vuestros pueblos, vuestras pasiones serian vuestras únicas virtudes; y á pesar de los elogios que la adulacion, compañera eterna de los reyes, os hubiese dado, no serian á los ojos de Dios, y aun quizá de la posteridad, sino verdaderos vicios.

No es pues, gran Dios, esta gloria humana la que os pedimos para este augusto niño, sobre cuya magestuosa frente parece hallarse ya gravada, corre tambien en sus venas con la sangre de los reyes sus ascendientes, y vos le habeis hecho nacer grande á los ojos de los hombres, por lo mismo que ha nacido de la sangre de los héroes, y esta gloria le viene de vos. Realzad los dones naturales con que le habeis ennoblecido, con el brillo inmortal de la piedad. Añadid á todas las calidades amables que ya le hacen las delicias de su pueblo, todas aquellas por las que puede agradaros. El cuidado de la gloria mundana, dejadle á su nacimiento y al valor de la nacion; pues nosotros nada mas os pe-

( 192 )

dimos, gran Dios, que el cuidado de su conservacion y de su salud. La historia de sus ascendientes es un titulo que nos responde del esplendor y de las prosperidades de su reinado; pero solo vos podeis asegurarnos la inocencia y la santidad de su vida. La gloria mundana es como una herencia recibida de sus padres, segun la carne, pero vos que lo sois segun la fe, dadle, Dios mio, la sabiduría que es la gloria y la herencia de vuestros hijos.

Que esté siempre su corazon en vuestras manos, y este será siempre mas grande que sus sucesos y sus triunfos; que os tema, ó Dios mio, y sus enemigos le temerán, le amarán sus pueblos, y será para el universo un espectáculo digno de la admiracion de todos los siglos; y como nada tendremos nosotros que temer en cuanto á su gloria, tampoco tendremos que desear para nuestra felicidad. Amen

## SERMON

PARA

EL DOMINGO

DE RAMOS.

*Sobre los escollos de la piedad de los grandes.*

*Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

*Aqui está nuestro Rey que viene á vosotros, lleno de dulzura.*

SEÑOR,

JESUCRISTO parece que en todas partes solo ejerce las funciones esclarecidas de su ministerio con una especie de miramiento, porque huye del entusiasmo de un pueblo que quiere aclamarle por su rey: elige la cima solitaria de un monte retirado para manifestar su gloria á tres discípulos, y los demonios mismos que quieren publicarla, se ven precisados á callarla y ocultarla, por orden suya.

( 192 )

dimos, gran Dios, que el cuidado de su conservacion y de su salud. La historia de sus ascendientes es un titulo que nos responde del esplendor y de las prosperidades de su reinado; pero solo vos podeis asegurarnos la inocencia y la santidad de su vida. La gloria mundana es como una herencia recibida de sus padres, segun la carne, pero vos que lo sois segun la fe, dadle, Dios mio, la sabiduría que es la gloria y la herencia de vuestros hijos.

Que esté siempre su corazon en vuestras manos, y este será siempre mas grande que sus sucesos y sus triunfos; que os tema, ó Dios mio, y sus enemigos le temerán, le amarán sus pueblos, y será para el universo un espectáculo digno de la admiracion de todos los siglos; y como nada tendremos nosotros que temer en cuanto á su gloria, tampoco tendremos que desear para nuestra felicidad. Amen

## SERMON

PARA

EL DOMINGO

DE RAMOS.

*Sobre los escollos de la piedad de los grandes.*

*Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

*Aqui está nuestro Rey que viene á vosotros, lleno de dulzura.*

SEÑOR,

JESUCRISTO parece que en todas partes solo ejerce las funciones esclarecidas de su ministerio con una especie de miramiento, porque huye del entusiasmo de un pueblo que quiere aclamarle por su rey: elige la cima solitaria de un monte retirado para manifestar su gloria á tres discípulos, y los demonios mismos que quieren publicarla, se ven precisados á callarla y ocultarla, por orden suya.

Hoy se presenta como rey y habla como quien viene á tomar posesion de su imperio; admite los homenages públicos, y dispone, como dueño, del inocente aparato de su triunfo: *Dicite, quia dominus his opus habet.* (Matth. XXI, 3). Entra en el templo, y con castigos ejemplares restituye á este lugar sagrado el respeto que le quitaba un tráfico vergonzoso. Ya no es aquel hombre que se oculta de las miradas públicas, sino el hijo de David que da leyes, que ejerce una autoridad suprema, y que quiere que sean testigos de su zelo y de su poder todos los de Jerusalem.

Es pues en esto el modelo de la piedad de los grandes, á quienes no bastan las virtudes privadas sino que necesitan tambien las públicas; de nada serviria haberles manifestado sencillamente la piedad, porque lo esencial es demostrarles cual es la de su estado.

Aunque el evangelio propone á todos la misma doctrina, no propone á todos las mismas reglas; pues las obligaciones mudan con el estado, y cuanto mas elevado es, mas se multiplican; por eso

nuestros empleos requieren tantas mas virtudes públicas, quanto son mayores los deberes que nos imponen; y si solo somos buenos para nosotros mismos, puede muy bien decirse que somos malos.

De este modo la piedad de los grandes tiene tres escollos que temer, los cuales pueden convertir en vicios todas sus virtudes. El primer escollo es el de una piedad ociosa limitada á sí misma, la cual los aleja de los cuidados y obligaciones públicas. Segundo el de una piedad débil, tímida y escrupulosa, que los hace irresolutos en sus empresas y en toda su conducta. Por último, el de una piedad crédula y estrecha que fácilmente se deja preocupar, y es incapaz de prescindir de semejante preocupacion una vez que se la ha admitido.

En suma los grandes necesitan que su piedad esté acompañada de la vigilancia pública que hace obrar, del valor y de la elevacion necesaria para decidir y emprender, y en fin, ó de los conocimientos que nos libran de ser sorprendidos, ó de una noble docilidad que se gloria de salir del error, desde el momento en que echa de ver la sorpresa.

## PRIMERA PARTE.

Señor, la verdadera piedad mantiene el orden social, porque deja á cada uno en su puesto, y del estado en que le ha colocado la providencia, hace el único medio de su salvacion; no requiere una perfeccion quimérica en las cosas que Dios no exige de nosotros, pues no sale del orden de las obligaciones de nuestra condicion para imponernos otras diferentes, y mira como vicios las virtudes que no le pertenecen.

Cuanto altera la armonía pública es un exceso en el hombre, y no zelo y perfeccion de virtud; porque la religion desapueba las obras mas santas si se substituyen á la obligacion; y todo es nada á los ojos de Dios, cuando no es lo que debe ser.

Hay pues una piedad peculiar de cada estado, el hombre público no es virtuoso: si solo posee las virtudes del hombre privado: el príncipe se extravía y se pierde, siguiendo el camino mismo que hubiera salvado al súbdito; y el soberano, por serlo, puede hacerse muy

criminal, mientras que como hombre es irrepreensible.

Por eso, el primer escollo de los grandes es el de apartarse de los cuidados públicos y encerrarse dentro de sí mismos; y como su vicio mas comun es la indolencia y el deseo del descanso, es todavía mas peligroso é incorregible, cuando le disimulan con el pretexto de la virtud.

La gloria puede algunas veces sacar á los grandes del entorpecimiento de la pereza; pero aquel que tiene por principio una piedad mal entendida, está prevenido contra la gloria misma y no hay recurso para excitarle. Un resto de honor y de respeto para con el público y para con el empleo que uno desempeña, vence algunas veces los atractivos de una ociosidad vergonzosa, y hace que el soberano se acuerde de los pueblos á quienes es deudor; pero cuando un reposo indigno le ocupa en ejercicios de piedad, le parece honroso; porque puede uno avergonzarse de un vicio, mas se honra con él, cuando cree que es una virtud.

Pero, Señor, un grande, un príncipe

no ha nacido para sí solo, sino para los súbditos; porque los pueblos, al engrandecerle, le confiaron el poder y la autoridad; pero exigiendo en cambio su tiempo, su vigilancia y sus cuidados. No es un idolo el que han querido elevar para adorarle, sino un vigilante que han puesto á su frente para que los proteja y defienda; no son aquellas divinidades inútiles que tienen ojos y nada ven, lengua y no hablan, manos y nada hacen, sino que son Dioses que van delante de los pueblos, como dice la Escritura, para guiarlos y defenderlos; y los pueblos son los que por orden de Dios los han hecho lo que son, y por consiguiente deben ser enteramente para los pueblos. Si, Señor, la eleccion de la nacion puso al principio el cetro en mano de vuestros ascendientes, ella los elevó sobre el escudo militar y los proclamó soberanos. El reino se hizo despues hereditario, pero los sucesores le debieron en su origen al consentimiento libre de los súbditos; el nacimiento los colocó despues, por sí solos, en posesion del trono, pero los votos del pueblo fueron los que establecieron al principio este derecho

y esta prerogativa del nacimiento, en una palabra, asi como el primer origen de la autoridad de los reyes viene de los pueblos, asi no deben emplearla sino en favor de ellos. Los aduladores, señor, os repetirán continuamente que sois dueño de vuestras acciones, sin ser responsable á nadie de ellas, pero aunque es cierto que nadie está autorizado á pedirnos cuenta, sin embargo, la debeis á vos mismo, á la Francia, que os aguarda y á toda la Europa que os contempla, sois señor de vuestros súbditos, pero si no teneis las virtudes de tal, solo os quedará el título, todo os es permitido, mas este permiso es el escollo de la autoridad, lejos de ser un privilegio, podeis descuidar los cuidados que os impone el trono, pero si no desempeñais sus augustas funciones, solo tendréis un vano título de rey, pareciéndoos á aquellos reyes holgazanes tan deshonorados en nuestras historias.

¿ Cual seria pues aquella fantasma de piedad que hiciese consistir la piedad de los grandes y del soberano, en temer y evitar las disipaciones de los

cuidados públicos, para entregarse únicamente en prácticas religiosas, como si fuesen hombres privados que solo tienen que responder de sí mismos; y para rodearse de un corto número de confidentes de sus piadosas ilusiones, separándose casi del todo de los demás hombres? Señor, un príncipe establecido para gobernarlos debe conocerlos; porque la elección de sus súbditos para los empleos es el primer origen de la felicidad pública; y no puede ser buena, cuando no se les conoce. Nadie ocupa el lugar que le corresponde, cuando el príncipe que gobierna á un estado, no juzga por sí mismo; porque el mérito no es atendido, siendo ó demasiado modesto para atreverse á solicitar, ó demasiado noble para no deber su elevación á bajezas, de lo que resulta, que la intriga suplanta los mayores talentos; los hombres que carecen de ellos, pero que son flexibles, obtienen los primeros empleos, y los súbditos mas beneméritos se inutilizan. Muchas veces un David, el único capaz de salvar el estado, no hace uso de su valor,

sino en el vicio de los campos contra las fieras, mientras que mandan los ejércitos del Señor capitanes tímidos á quienes aterra la sola presencia de Goliath. Frecuentemente un Mardoqueo, cuya fidelidad se halla consignada en los monumentos públicos, como que por su vigilancia descubrió en otro tiempo conjuraciones funestas al soberano y al imperio, es el único que por su honradez y su experiencia puede dar buenos consejos y desempeñar los primeros empleos, y sin embargo no es mas que portero de palacio, mientras que un orgulloso como Aman es el ministro que todo lo manda, abusando de su autoridad y de la confianza del monarca.

De manera que la oracion y el retiro no son las ocupaciones esenciales de los grandes, sino que deben prepararlos para los negocios públicos y no apartarlos de ellos, pues estan en la obligacion de sacrificarse contribuyendo al bienestar y á la felicidad de sus pueblos; porque las gracias de su condicion lo son de trabajo, de cuidados y de vigilancia;

y el que les promete, dice el Evangelio, que hallarán á Jesucristo en el desierto, ó en el secreto de sus palacios es un falso profeta : *Ecce in deserto, ecce in penetralibus, nolite credere* ( Matth. XXIV, 26. ) Allí se verán solos y entregados á sí mismos; porque Dios no está con nosotros en las situaciones que no nos prescribe, y la calma en que nos creemos mas seguros, es el abismo en que perecemos sin recurso, si la mano del Señor no nos conduce y sostiene. Una piedad ociosa y retirada no santifica al soberano, sino que le degrada y envilece.

¡Pues que! Señor, si aquel que por su elevada clase y nacimiento es el depositario de la autoridad pública se encerrase en un corto recinto de un pequeño número de obligaciones piadosas y secretas, quedarían abandonados los cuidados del reino, se estancarian los negocios, los subalternos abusarían de su autoridad, las leyes serian impotentes contra la injusticia y la violencia, los pueblos se hallarian como ovejas sin pastor, y todo el estado en la confusion

y en el desorden, ¿y Dios autor del orden público veria con complacencia una piedad ociosa que le destruye? y los pueblos expuestos á la merced de las olas no estarian autorizados á pedir cuenta á semejante piloto dormido é infiel, con mas motivo que los discípulos, estando en el mar, á Jesucristo, Señor, os es por ventura indiferente que perezcamos, y nuestro naufragio ó nuestra salud no es un negocio que os intereza? *Magister, non ad te pertinet quia perimus!* ( Marc, IV, 38. ) Autorizaria por ventura la religion unos abusos que la razon condena?

¿ Pero la religion no está íntimamente enlazada con el orden público ó cae ó se debilita con él? Las costumbres padecen siempre con la debilidad de las leyes y la confusion del gobierno es tan funesta á la piedad de los pueblos como á la prosperidad de los imperios; porque el buen orden de la sociedad es la primera basa de las virtudes cristianas, y la observancia de las leyes del Estado debe preparar el camino á la del Evangelio.

La iglesia con nada puede contar en un imperio cuyo gobierno nada tiene

fijo. Por eso los estados en que manda la muchedumbre ó participa de la autoridad con el soberano, expuestos continuamente á revoluciones, se apartan con la misma facilidad de las leyes como del culto de sus padres: las insurrecciones quedan tan impunes como los errores; la heregía encuentra siempre en tales estados su primer asilo, y se fortifica en medio de la confusion de las leyes y de la flaqueza de la autoridad; porque debe siempre su origen á sus progresos, á las turbulencias y sediciones públicas, y los reinados mas débiles y mas agitados han sido siempre, entre nosotros, como en todas partes, los que mas la han propagado y hecho poderosa; y desde que la armonía civil se desordena, la religion padece detrimento.

Por eso, Señor, los reyes mas santos de Judá unian las obligaciones de la piedad con la de su gobierno. El piadoso Josafat, cuando salia del templo, á donde iba diariamente á ofrecer sacrificios y holocaustos al Dios de sus padres, enviaba, dice la Escritura, á todas las ciudades de Judá hombres hábiles y sa-

cerdotes instruidos para restablecer la autoridad de las leyes y la pureza del culto, que las calamidades de los reinados anteriores habia alterado mucho.

El mismo David, á pesar de los piadosos cánticos en que se ocupaba y que eran su mayor delicia, los cuales servirán para instruir los pueblos y los reyes hasta el fin de los siglos, se presentaba á la cabeza de sus ejércitos, y al despacho de los negocios públicos; porque velaba sobre todas las necesidades del estado, y no pudiendo bastar por sí solo para todo, buscaba hasta los confines de la Judea hombres fieles para tenerlos á su lado, y que le sirviesen de ayuda en los cuidados del trono: *oculi mei ad fideles terræ, ut sedeant mecum* (Ps. C. 6).

Los reyes mas piadosos de vuestros ascendientes han sido siempre los mas laboriosos para los negocios de sus pueblos, y particularmente aquel á quien la iglesia honra con un culto público, se enteraba aun de los pormenores de las discordias de sus súbditos; y como era el padre de sus pueblos, no se desde-

ñaba de ser su árbitro. Zeloso de los derechos de su corona, queria trasmitirla á sus sucesores con el mismo esplendor y con las mismas prerogativas con que la habia recibido de sus padres; creia que la inocencia solamente de la vida no era bastante en un soberano, que debia vivir como rey para vivir como santo; y que no podia ser hombre de Dios sino era el hombre de sus pueblos.

Es verdad, Señor, que algunas veces la piedad de los grandes pasa al extremo opuesto; porque los llena de una multitud de cuidados y pormenores inútiles, creyéndose obligados á verlo y tocarlo todo por sí mismos, se detienen frecuentemente en examinar con la mayor atencion y zelo los asuntos mas indiferentes y despreciables, mientras que abandonan los de la mayor entidad: tienen los cuidados del hombre particular y no los del hombre público, pueden muy bien tener la piedad del súbdito y de modo alguno la de príncipe. Sin embargo, no deben abandonar el timon para ocuparse en cosas obscuras en que no se interesa la seguridad

pública; porque estan destinados, ante todo, á manejar los principales resortes de los estados que mueven toda la máquina; y en la piedad de los grandes todo debe ser grande

## SEGUNDA PARTE.

Pero si la inaccion es su primer escollo, la incertidumbre y la indecision, consecuencias ordinarias de una conciencia tímida y escrupulosa, parecen igualmente temibles. No pretendemos autorizar aquí aquella sabiduría profana que quiere sean preferidos los intereses del estado á los del Evangelio, ni el error comun de que la exactitud de las reglas del Evangelio no es compatible con las máximas del gobierno y los intereses del estado.

Dios que es el autor de los imperios ¿no lo sería igualmente de las leyes con que se gobiernan? ¿Ha establecido por ventura potestades que no puedan sostenerse sino por el crimen? Y los reyes serian obra de sus divinas manos, si no pudiesen reinar mas que á la sombra

del fraude y la injusticia, siendo estas las compañeras inseparables de su reinado? No son pues la injusticia y el juicio los apoyos mas firmes de los reyes en su trono? No debe manifestarse en el semblante del soberano la ley de Dios como la primera del imperio? Las sociedades humanas no serian obra del Todopoderoso, ó su ley seria falsa, si fuese preciso violarla siempre para conservar la tranquilidad de aquellas.

¡ Que error, hermanos míos, el de persuadirse que los que tienen empleos, no deben atenerse escrupulosamente, á lo rigido de los preceptos religiosos; que los imperios y las monarquias no se gobiernan con las máximas de la religion, que la ley de Dios es la regla del hombre particular; pero que los estados tienen otra superior á la ley divina, que todo caeria en la inaccion y en la indiferencia si los negocios públicos se arreglasen segun las máximas del cristianismo, y que no puede conciliarse al mismo tiempo ser hombre de estado y hombre de Dios!

Pues que, hermanos míos, ¿ la justi-

cia, la verdad y buena fe serian funestas al gobierno de los estados y de los imperios? La religion en que estriban enteramente la felicidad y la seguridad de los pueblos y de los reyes, seria el escollo de unos y otros? Un brazo de carne humana sostendria con mas firmeza los reinos, que la mano del Todopoderoso ha levantado? Los pueblos no podrian conseguir la abundancia y la tranquilidad sino por los engaños y la mala fe de los que gobiernan? Y los ministros de los reyes solo podrian comparar el bien de su patria con la pérdida de su salvacion? ¡ Que ultrage para la religion y para tantos buenos reyes que solo por ella han reinado con felicidad!

Confesamos, Señor, que cuando el soberano es ambicioso y proyecta empresas injustas, sus ministros apenas pueden evitar el artificio y la mala fe, ó para ocultar las malas inclinaciones del príncipe, ó para dar colorido á sus injusticias. Pero sea el príncipe justo y temeroso de Dios, y entonces la justicia y la verdad bastarán para sostener el trono que han levantado ellas mismas; la ha-

bilidad de los ministros consistirá en su equidad y en su rectitud; y no se dará ya al engaño y al disimulo los nombres pomposos de arte de reinar y ciencia de los negocios. En una palabra, cuando hay Davides y Faraones amigos del pueblo de Dios, tendrán Natanes y Josés por ministros.

Espues deshonrar la religion, dice san Agustín, el pensar que no debe servir de regla para el gobierno de las repúblicas y de los imperios; (*S. Agust. de civ. Dei.*) pero se la ultraja igualmente cuando en una piedad mal entendida, se encuentran motivos de indecision y de incertidumbre, las que vislumbran en todas partes las apariencias del mal, y que oponen continuamente á las empresas mas justas y á las máximas mas importantes una fantasma de religion.

Es propio de la sabiduría humana y corrompida el ser tímida é incierta; porque cubierta siempre con falsas apariencias, nunca dejará de temer que una vista mas sagaz la penetre y arranque la máscara. Pero la sabiduría que nos viene del cielo, nos da mas tran-

quilidad y decision; porque se camina con mucha mas seguridad cuando solo quiere hacerlo con la haz; pues únicamente el hombre virtuoso tiene derecho á marchar con la cabeza levantada, y á desconfiarse de la prudencia tímida é incierta del hombre engañador: á la verdad corresponde solamente tener una santa altivez.

Por tanto, es formar una falsa idea de la piedad el figurarla siempre tímida, débil, indecisa, escrupulosa y encogida, que considera como un crimen sus obligaciones, y como una virtud sus flaquezas; que estando obligada á obrar nada se atreve á emprender; que suspensa siempre entre los intereses públicos y los temores de su piedad, no se hace uso de la religion sino para introducir la confusion y el desorden donde debiera haber establecido el orden y la regla. Estos son los defectos que se hallan unidos frecuentemente con la piedad humana; pero no lo son de la piedad verdadera; los produce un espíritu débil y limitado, pero no son consecuencia de la elevacion y sabiduría de la re-

ligion; en una palabra, la piedad humana es el exceso de la virtud, pero esta acaba siempre donde aquel principia.

No, Señor, la verdadera piedad eleva el ánimo, ennoblece el corazón y afianza el valor; porque cuando hay suficiente fuerza para vencerse uno á sí mismo, se ha nacido para cosas grandes; y el hombre de bien, desde que ha podido hacerse superior á todo por la fe, de todo es capaz. La casualidad forma los héroes, y el valor constante forma los justos; las pasiones pueden elevarnos á la cumbre del poder, pero únicamente la virtud puede elevarnos sobre nosotros mismos.

¿Que reinado, Señor, fué mas glorioso en Israel que el de Salomon, mientras que permaneció fiel á la ley de sus padres? ni que gobierno mas prudente y absoluto? Todas las sutilezas de la política han perfeccionado tanto alguna vez el arte de reinar y de guiar los pueblos? ¿Cuanta gloria y magnificencia acompañaban su trono! ¿Se envilecía por ventura la magestad de este por la piedad? Que príncipe tuvo jamas

súbditos mas obedientes, ni vecinos que se estimasen mas dichosos con su alianza, ni soberanos de imperios mas vastos y poderosos que el suyo, que tuviesen para con su persona consideraciones y condescendencias que no le debian por su corona? Los sabios de otras naciones no se consideraban como insensatos en comparacion suya? No venian de las comarcas mas distantes para admirar el orden y la harmonía con que gobernaba todos sus súbditos como si fuese un solo individuo? Los príncipes no aprenden todavía todos los dias á reinar en los divinos preceptos que nos ha dejado? y la piedad que por sí sola le valió la sabiduría, sería el escollo del gobierno?

¡ Dichoso él si no hubiera abandonado su primer camino y si los extravios de su vejez no hubiesen deslucido la gloria de su reinado, y alterado la felicidad de sus pueblos! Estos no empezaron á sufrir cargas excesivas, ni dejaron de ser felices, sino cuando él mismo cesó de ser fiel á Dios, y corrompido por las mugeres extranjeras, y no puso límites á sus gastos y á la opresion de sus pue-

blos con lo que preparó á su hijo el levantamiento que separó diez tribus del reino de David, dándolas un nuevo soberano.

Los hombres por excusar sus vicios procuran desacreditar la virtud, y como incomoda á sus pasiones, quisieran persuadirse que es funesta para el gobierno de los estados y de los imperios, y oponer á ella el interes público para ocultarse á sí mismos el interes personal que es el que verdaderamente se opone. El único origen de la verdadera sabiduría es el temor de Dios, y este que pone orden en el hombre, es el que únicamente puede establecerle en los estados.

### TERCERA PARTE.

Por último, la indecision y la incertidumbre ocasionan preocupaciones y sorpresas, y este es el último escollo de la piedad de los grandes.

Si, hermanos míos, la piedad tiene sus errores como el vicio, pues cuanto mas se ama la verdad, tanto mas puede seducirnos lo que se oculta bajo sus

apariencias; porque la virtud simple y sincera juzga de los demas por sí misma; y nuestra falta de rectitud es casi siempre la que nos enseña á ser desconfiados, por lo que cuando nunca hemos empleado sino la sencillez y una recta intencion, nos precavemos menos contra el engaño y el artificio; y asi los justos estan mas expuestos á ser sorprendidos, porque ignoran el arte de sorprender á los demas.

Pero la piedad de los grandes, Señor, es la que particularmente debe temer las preocupaciones y las sorpresas; porque ademas de que las consecuencias son mas peligrosas, han nacido, como decia en otro tiempo Asuero, mas rectos y mas sinceros que los demas: y reciben con tanta mas facilidad las preocupaciones, cuanto menos gustan del examen é incomodidad que resulta de la desconfianza, encontrando mas breve y cómodo el juzgar, segun lo que se les dice, que el profundizarlo y convenirse de ello: *Dum aures principum simplices, et ex sua natura alios æsti-*

*mantes, callidá fraude decipiunt* (Es-ther. XVI. 6).

La piedad en los grandes, puede hacerlos capaces de toda especie de preocupaciones, de credulidad, de confianza y de zelo. De credulidad, porque la piedad misma se presta muchas veces á oír la malignidad de la calumnia, y quanto mas gustan de la virtud, tanto mas fácil es hacerles sospechosos de disolucion y de vicio aquellos en cuya pérdida se interesa una vil envidia. Pero todo zelo que trata de dañar, debe serles sospechoso; porque la verdadera piedad, ó no cree con facilidad el mal, ó lejos de publicarle, le oculta cuando menos y le excusa; ni trata de hacer odioso á su prójimo á los ojos del amo, sino que trata por el contrario de reconciliarle con Dios; siendo así que las delaciones secretas se proponen el trastorno de la fortuna de otro mas que el arreglo de las costumbres, y generalmente el delatar descubre mas bien sus propios vicios que los de su prójimo.

Preocupaciones de confianza, El hi-

pócrita hace muchas veces con los grandes el papel de hombre honrado, y ellos dan á las apariencias de la piedad el acceso, los empleos, y la confianza que solo se debian á la verdadera piedad; confían los negocios públicos á los que por su poco talento solo habian nacido para ocupaciones mas bajas; unas costumbres arregladas les parecen propias para suplir los mayores talentos y los servicios mas importantes; y así desacreditan la virtud con los favores mismos con que la honran.

Al fin preocupaciones de zelo; porque en este han hallado muchas veces los príncipes mas piadosos el escollo de su piedad; y así los Constantinos y Teodosios experimentaron en otro tiempo que su amor por la Iglesia se habia vuelto contra ella misma, y que habian favorecido el error, creyendo ser zelosos de la verdad. Los príncipes, Señor, no deben mezclarse en materias de religion sino para protegerla y defenderla; porque su zelo no es útil á la iglesia sino cuando le reclaman los pastores; las solicitudes de los depositarios de la

doctrina son las únicas que deben tener crédito para con ellos cuando se trata de la doctrina misma, y cualquiera otra voz que la unánime de los pastores debe serles sospechosa; debiendo dejarles el honor de la decision y del juicio y reservarse el de la proteccion. Los obispos son súbditos suyos, pero son sus padres, segun la fe; porque si el nacimiento los sujeta á la autoridad del trono; esta se gloria de someterse á la de la Iglesia; y nuestros reyes han considerado siempre el título de primogénitos de ella como el mas brillante título de su corona, y no tienen otro derecho para hacer ejecutar sus decretos que el que les da la sumision á ellos, dando los primeros el ejemplo á los demas fieles. Cuando han querido pasar mas adelante y usurpar, en quanto á la doctrina, un derecho reservado al sacerdocio, han agriado los males de la Iglesia lejos de remediarlos; sus modificaciones han sido nuevas llagas y producido excesos; todas las conciliaciones inventadas para calmar los espíritus rebeldes y atraerlos á la unidad, los

han autorizado para continuar en su sedicion; y la autoridad de los príncipes ha perpetuado siempre los errores, cuando ha querido por sí sola acercarlas á la verdad. Si pueden estar al rededor del arca y guardarla como David, no pueden poner en ella las manos, porque el trono se ha establecido para ser el apoyo de la doctrina santa y su asilo, pero nunca debe ser su regla, ni el tribunal de donde salgan sus decisiones.

Que dicha si las pasiones y los intereses humanos no rodeasen el trono, sin duda ninguna la piedad de los soberanos seria el recurso seguro de la Iglesia; pero frecuentemente, ó hacen que su religion obre contra sus propios intereses, ó estos sirven de vano pretexto para que obren contra la religion misma. Son pues las preocupaciones casi inevitables en la piedad de los grandes; pero la obstinacion en ellas es la que hace su mal mas incurable; porque no se avergüenzan de haber sido sorprendidos, ni pueden libertarse de serlo, pues casi todos cuantos llegan á ellos tratan de engañarlos; ¿y habrá que ad.

mirar que su atencion divague algunas veces y que puedan dejarse seducir? El artificio es mal hábil y mas constante que la desconfianza, se reviste de todas las apariencias y aprovecha todos los momentos; y cuando todos los que nos rodean tienen interes en engañarnos, nuestras mismas precauciones los ayudan para hacernos caer en el lazo.

Pero, Señor, si no es vergonzoso á los príncipes el que los sorprendan, siendo una desgracia en la autoridad suprema, les es glorioso el confesar que han podido serlo; porque nada es mas grande en el soberano que la voluntad de ser desengañado, y el tener la fortaleza y franqueza de convenir él mismo en su equivocacion. Asuero no pensó que la magestad del imperio sufría el menor menoscabo declarando, aun por un edicto público, que habia sido engañado por los artificios de Aman; sería un orgullo reprehensible el pensar que siempre se tiene razon, y una debilidad el no atreverse á retroceder cuando conocemos que nos han hecho dar un paso en falso; pues las variaciones que

nos vuelven al verdadero camino, lejos de disminuir el respeto á la autoridad, la consolidan y afianzan, y no es desmentirse el deshacer una equivocacion. Esto no es manifestar á los pueblos inconstancia en el gobierno, sino ponerles de manifesto su equidad y rectitud. Los pueblos saben y ven con harta frecuencia que los soberanos pueden engañarse; pero raras veces el que salgan del engaño y confiesen sus errores y equivocaciones. No hay que temer que respeten menos la potestad, porque confiese que ha obrado mal y se condene á sí misma; pues su respeto solo decae para con aquella que, ó no conoce su yerro, ó le justifica, y en el ánimo de los pueblos nada deshonra la autoridad sino el ser débil para dejarse sorprender, y el ser vana para pensar que se envilece si confiesa su error y sorpresa. ®

Señor, no deis oido á los malos consejos ni á las insinuaciones peligrosas de la adulacion; pero como estas se cubren con el velo del bien público y tarde ó temprano encuentran acceso en el trono si la falta de atencion os hace al-

guna vez adoptarlas, el único interés de vuestra gloria, cuando hayais sido engañado, es de reprobirlas inmediatamente. Todavía es mayor la gloria que resulta de confesar uno su yerro, que el de no haber sido nunca sorprendido; porque nada es mas laudable en un soberano que no depende de nadie, que el querer depender siempre de la verdad.

Nadie se atreverá á engañaros, cuando sepan que una vez la impostura y la adulacion descubiertas solo les espera vuestra indignacion y el castigo que merecen. El orgullo de los reyes es el que únicamente autoriza y estimula las adulaciones y malos consejos; y si es cierto que por lo comun los aduladores hacen los malos reyes, lo es todavía mas que los malos reyes forman y multiplican los aduladores.

Evitando estos escollos, es como la piedad de los grandes se hará respetable y recobrará la gloria y la dignidad que la bafa del mundo ó las flaquezas de una falsa virtud casi le han quitado: consiguiendo ademas que no vuelve á oírse en boca de los hombres esta blas-

femia, á saber, que los príncipes piadosos son menos á propósito para gobernar, y que la piedad puede hacer grandes santos; pero nunca grandes reyes.

¡ Ojalá que semejantes máximas no ofendan jamas vuestros inocentes oídos! Pero si la adulacion se atreviese alguna vez á repetiros las, salgan del trono relámpagos y rayos que confundan á estos enemigos de la religion y de vuestra verdadera gloria. Oid semejantes adulaciones impias como blasfemias contra la magestad de los reyes y como ultrages que se hacen á vuestros mas gloriosos ascendientes, á los Carlomagno, san Luis y á vuestro bisabuelo. Fueron grandes reyes por una piedad afectuosa y sincera, su zelo por la religion los ha ilustrado aun mas que sus victorias; las alabanzas que la iglesia les dará siempre durarán tanto como ella; y sus grandes acciones se hubieran sepultado en la revolucion de los tiempos; ó solo hubieran tenido un esplendor vulgar, si la piedad no las hubiera inmortalizado.

Sed, Señor, como ellos el defensor de la gloria de Dios, y no permitirá que los hombres olviden jamas la vuestra: probad que la piedad no deshonorra los reyes, proponiéndooos aquellos grandes modelos; que solas las pasiones envilecen el trono y degradan el soberano; que no merece reinar el que no sabe reinar sobre sí mismo, y que, para ser en las edades venideras tan grande como lo fueron aquellos á los ojos de los hombres, es preciso haber sido fiel á Dios como ellos.

¡Gran Dios! Cuanto mas rodeado de lazos está el trono, tanto mas necesitan los reyes de vuestra proteccion y de los socorros de vuestra gran misericordia; pero cuanto mas expuesto está este niño augusto á causa de sus tiernos años y de una infancia abandonada á sí misma y á todos los peligros de la dignidad real, tanto mas debe ser el objeto de vuestros cuidados y de vuestra ternura paternal.

Fortaleced cuanto antes la inocencia de su corazon contra el escarnio que envilece la piedad, y contra los escollos

de la piedad misma, y dadle aquellas virtudes que santifican el hombre, haciéndole al mismo tiempo gran rey. Haced que respete á vuestros servidores, y él mismo sirva al Dios de sus padres con aquella magestad, que es la única que puede hacer respetables los reyes.

Echad una ojeada compasiva desde lo alto de vuestro trono divino, ¡ó gran Dios! y veréis á vuestros pies este precioso y augusto niño, único recurso de la monarquía, el hijo de la Europa, y la prenda sagrada de la paz de los pueblos y de las naciones; ¿y al considerarle no se conmovirá vuestra misericordia? Miradle, gran Dios, con la misma ternura que toda la nacion.

Oid la primera voz de su inocente corazon que os dice como en otro tiempo un santo rey: Dios de mis padres miradme y tened piedad de mí á vista de los peligros que mi edad y dignidad me preparan, y que por todas partes van á sitiarme al salir de la infancia. *Respice in me, et miserere mei* (Ps. LXXXV, 16.): sed vos mismo el defensor de mi trono y de mi juventud, y conservad el imperio

( 226 )

al hijo de tantos reyes, que no conoce título mas glorioso que el ser el primogénito de vuestros hijos : *Da imperiam puero tuo* (ibid.)

Pero ¡ gran Dios ! que no sea la conservación de una corona terrestre el único beneficio que me concedais. Salvad al hijo de Adelaida , de las Blancas , de las Clotildes y de tantas princesas piadosas, que me presenten todavía á vos en su seno , y como el hijo de su amor y de sus mas caras esperanzas. *Et salvum fac filium ancillæ tuæ* (Ibid.) ; y ya que mirais siempre la inocencia del modo mas favorable, conservádmela, Dios mio por tanto tiempo como mi corona á fin de que despues de haber reinado por vos dichosamente en este mundo, pueda reinar eternamente con vos en el cielo Amen.

## SERMON

PARA EL

### VIERNES SANTO.

*Sobre los obstáculos que encuentra la verdad en el corazón de los grandes.*

Astiterunt reges terræ , et principes conveniunt in unum , adversus Dominum , et adversus Christum ejus.

*Los reyes de la tierra se han presentado y los príncipes se han reunido contra el Señor y contra su Cristo. (Ps. II, 2.)*

SEÑOR,

PARECE que se han reunido en este día todas las potestades de la tierra para condenar á muerte á Jesucristo , y la muerte del Señor es una terrible condenacion de las pasiones de los grandes y de los poderosos de la tierra.

Un pontífice eterno se ofrece por su

( 226 )

al hijo de tantos reyes, que no conoce título mas glorioso que el ser el primogénito de vuestros hijos : *Da imperium puero tuo* (ibid.)

Pero ¡ gran Dios ! que no sea la conservación de una corona terrestre el único beneficio que me concedais. Salvad al hijo de Adelaida , de las Blancas , de las Clotildes y de tantas princesas piadosas, que me presenten todavía á vos en su seno , y como el hijo de su amor y de sus mas caras esperanzas. *Et salvum fac filium ancillæ tuæ* (Ibid.) ; y ya que mirais siempre la inocencia del modo mas favorable, conservádmela, Dios mio por tanto tiempo como mi corona á fin de que despues de haber reinado por vos dichosamente en este mundo, pueda reinar eternamente con vos en el cielo Amen.

## SERMON

PARA EL

### VIERNES SANTO.

*Sobre los obstáculos que encuentra la verdad en el corazón de los grandes.*

Astiterunt reges terræ , et principes conveniunt in unum , adversus Dominum , et adversus Christum ejus.

*Los reyes de la tierra se han presentado y los príncipes se han reunido contra el Señor y contra su Cristo. (Ps. II, 2.)*

SEÑOR,

PARECE que se han reunido en este día todas las potestades de la tierra para condenar á muerte á Jesucristo , y la muerte del Señor es una terrible condenacion de las pasiones de los grandes y de los poderosos de la tierra.

Un pontífice eterno se ofrece por su

pueblo como única víctima capaz de expiar las iniquidades de este y de apaciguar la cólera de Dios; es un ministro y un enviado de su padre que testifica con sangre la verdad de su mision y de su ministerio; por fin es un rey que entra en posesion del imperio del universo, por su muerte, y reúne en su persona todos los títulos gloriosos con que se envanece el orgullo de los hombres.

Sin embargo, este pontifice es hoy entregado por la envidia de los grandes sacerdotes, este ministro y enviado del cielo opone inútilmente su inocencia á la ambicion y á la cobardía de un ministro del César; este rey á quien han sido dadas como herencia propia todas las naciones como el juguete de la indiferencia y de la vana curiosidad de un rey usurpador de la Judea. Preciso era que todo lo que se llama grande en el mundo, los pontifices con su envidia, Pilatos con su cobardía y Herodes con su indiferencia, al condenar á Jesucristo, hiciesen brillar la grandeza y el poder del Señor: *Astiterunt reges terræ. etc.*

De todas las instrucciones que nos da hoy el espectáculo de la Cruz, ninguno es mas oportuno que este; y pues no podemos exponer á vuestra piedad todas las circunstancias, contentémonos con manifestaros en él los obstáculos que la verdad halla en el corazon de los grandes del mundo, es decir, á Jesucristo condenado á muerte por las pasiones de los grandes, y estas reprobadas por la muerte del salvador del mundo.

#### PRIMERA PARTE.

Señor, la verdad odiosa siempre á los grandes tiene hoy en el mundo los mismos enemigos que la crucificaron en otro tiempo con Jesucristo; porque la envidia la persigue, un vil interes la sacrifica, y la indiferencia la desprecia haciéndola objeto de irision.

Pero de todas las pasiones por las que los hombres son enemigos de la verdad, la envidia es la mas peligrosa, porque es la mas incurable. Es un vicio que arrastra y nos conduce á todo; pues

el hombre se le disfraza á sí mismo, es el enemigo eterno del mérito y de la virtud, y todo cuanto los hombres admiran, la irrita y enardece; por eso solo perdona al vicio y á la oscuridad, y es necesario ser indigno de la atención pública para merecer la consideración del envidioso.

Si los milagros de Jesucristo hubieran brillado menos en la Judea, los príncipes de los sacerdotes menos deslumbrados de la gloria del Señor, no hubieran negado su inocencia; y el zelo envidioso que los animaba, no le habría hallado digno de muerte, si no hubiera merecido las alabanzas y aclamaciones públicas: *Quid facimus quia hic homo multa signa facit?* (Joan II. 47).

Tal es la impresión de aborrecimiento y de envidia que hizo la gran reputación de Jesucristo en el corazón de los pontífices y de los sacerdotes depositarios de la religión y de la ley. ¿Será posible que el santuario mismo ha de ser siempre el asilo de una pasión tan despreciable; que los dones espléndidos del espíritu de paz y de caridad sirvan para

introducir la amargura y la división entre sus ministros; que las mieses, tan abundantes, y tan faltas de obreros, excite sentimientos de envidia en tan corto número de trabajadores; que los ángeles destinados al ministerio no puedan desarraigar los escándalos del reino de Jesucristo, sin aumentar en él alguno nuevo; que desde el nacimiento del Evangelio esta triste cizaña se haya introducido entre los predicadores más santos, y que la Iglesia se vea frecuentemente tan afligida por el falso zelo que la defiende, como por el error mismo que la socava? Con tal que Jesucristo sea anunciado, no es la misma la gloria para cuantos le aman? No participamos de sus triunfos puesto que combatimos por él? y todas las ventajas que engrandecen su reino no son nuestras? Solo él es quien da todo el punto que conceptuamos que son alguna cosa.

Todas las inclinaciones más odiosas parece que se reúnen en un corazón dominado por la pasión injusta de la envidia; sin embargo este es el vicio,

y puede decirse, como el contagio universal de las cortes, y frecuentemente el origen de la decadencia de los imperios. No hay bajeza que esta pasion no ponga en práctica y no justifique; extingue los sentimientos mas nobles de la educacion y del nacimiento, y cuando este veneno se introduce en el corazon, se hallan almas de fango las que por naturaleza habian nacido y sido grandes en sus principios.

En nada se tiene la mala fe; y por eso los grandes sacerdotes son ellos mismos los que buscan testigos falsos contra Jesucristo; de manera que debiendo prescribir aquellos hombres infames que hacen un tráfico vergonzoso de la verdad y de la inocencia de los demas, se los asociaron, y protegieron el crimen que servia á su pasion.

Así es como este vicio no se avergüenza de buscar unos apoyos tan indecentes y despreciables. Aquellos hombres degradados é envilecidos son protegidos desde el momento en que quieren servir de instrumento á nuestras pasiones, tomando interes en la amargura

secreta que nos devora y consume; y precisamente aquello que debiera presentarlos mas monstruosos á nuestra vista, es lo que hace olvidar sus maldades. Nunca faltan en el mundo hombres vendidos á la iniquidad, cuya única ocupacion es la de difamar delante de los grandes á los que tienen la desgracia de desagradarles, ó que agradan demasiado para poder gustarles; y semejantes hombres corrompidos que deberian ser desterrados de la sociedad, nunca dejan de hallar grandes que los escuchan y protegen. Se reputa mérito el zelo que ostentan por nuestros intereses, y se conceptua virtud un ministerio infame de que en secreto se avergüenza uno mismo. Saul quiere y hace estimacion de Doeg de Idumeo luego que este se hace ministro de su odio y de su envidia contra David.

¿ Pero de que no es capaz un corazon empeñado y poseido de la envidia? No aprueba y elogia la impostura, sino que ni teme hacer uso de ella él mismo. Aquellos pontífices testigos de los milagros y de la santidad de Jesucristo,

que no podian ignorar que era hijo de David y descendiente de los reyes de Judá, habiendo oido de su propia boca, que era preciso dar á Dios lo que era de Dios, y al César lo que era del César, y sin embargo le hacen pasar por un sedicioso y un enemigo de César á quien quiere usurpar el poder soberano; por un impio que quiere trastornar la ley y el templo de sus padres, y en fin, por un hombre de la nada, nacido en el fango y de la hez del pueblo.

Esta pasion amarga es como un frenesí que todo lo desfigura á la vista; de manera que nada vemos en su forma natural. Por mas que David consiga victorias sobre los Filisteos y asegure la corona á Saul, á los ojos de este no es mas que un ambicioso que quiere usurparle el trono. Jeremias justifica inútilmente la verdad de sus predicciones con los acontecimientos y con la santidad de su vida, pues los sacerdotes zelosos de su reputacion, publican que es un impostor y un traidor que anuncia las desgracias y la ruina total de Jerusalem, mas bien para desanimar á sus ciuda-

danos y favorecer al enemigo, que para impedir la destruccion entera de su patria.

Esta funesta pasion todo lo emponzoña, pues la piedad mas manifiesta solo es, en la lengua del envidioso, una hipocresía diestra; el valor mas bizarro una pura ostentacion ó una fortuna que suple la falta de mérito; la reputacion mas acreditada un error público en que hay mas preocupacion que verdad; los talentos mas útiles al estado una ambicion desmedida que oculta un gran fondo de medianía y de insuficiencia, el zelo por la patria un arte de darse importancia y hacerse necesario; los acontecimientos, por gloriosos que sean, un conjunto de circunstancias dichas debido á la extravagancia de la casualidad, mas que á la sabiduría de las medidas el nacimiento mas ilustre, un gran nombre en que uno se ha injertado, sin tenerle de sus ascendientes.

Por último, la lengua del envidioso deshounra quanto es materia de sus palabras; y sin embargo este language tan vergonzoso es el comun de las cortes,

Él es el que en ellas forma las sociedades y el trato ; cada cual se oculta la llaga secreta de su corazon y se la comunica ; de modo que causa vergüenza el nombre del vicio , y se honran con él mismo. Finalmente se adorna aun con las apariencias del zelo y del amor de la patria y del bien público ; y asi parece que los intereses de la nacion y la conservacion del templo y de la ley , consagran la envidia de los pontífices contra Jesucristo.

El zelo del bien público sirve diariamente de condecoracion y de apología á semejante vicio. Se aparenta tener temor por la suerte del estado , y solo se envidia los empleos de los que gobiernan ; se censuran las elecciones del soberano , como hechas en súbditos incapaces ; pero no es el interés público el que nos estimula á ello , sino la envidia de que no hayan recaído en nosotros ; en nuestro dictámen , los empleos á que aspiramos , nunca se dan al mérito , pues el favor del soberano y el bien del estado nos parece que nunca caminan de acuerdo , y asi queremos pasar por

amantes de la patria , mientras que solo amamos los honores y las preeminencias. Aman tiene por peligrosas al imperio el poder y la religion de los Judíos ; pero no es su intencion salvar el estado , sino perder á Mardoqueo. Los cortesanos de Dario acusaron á Daniel como trasgresores de la ley de los Persas ; pero no por zelo de la magestad de la ley , sino por envidia de la gloria y del favor de que gozaba Daniel , por lo cual le odiaban.

En las cortes no se halla mas que aquel zelo que sirve á la envidia ; y asi la apariencia de buen ciudadano ostentando el título de tal , no es mas que una envidia oculta ; continuamente tienen los cortesanos el estado en la boca , y la envidia en el corazon ; aparentan tristeza cuando ocurren sucesos desgraciados , y no contribuyen por su parte á llenar las miras y medidas de los gobernantes ; y se congratulan de la censura que recae sobre estos , siéndoles indiferentes los males que pueden resultar á la patria.

Este es uno de los efectos mas tris-

tes de esta malhadada pasion. Aquellos pontífices piden que caiga sobre ellos y sus hijos la sangre del justo; y con tal que perezca el inocente, nada les importa la desolacion del templo y de la ciudad santa, que cesen los sacrificios y que se disperse el pueblo de Judá.

¿Y cuantas veces se ha visto á hombres públicos sacrificar el estado por contentar su pasion envidiosa; hacer que las empresas mas gloriosas se desgracien por temor que la gloria de sus rivales no resalte sobre la suya; proporcionar sucesos capaces de comprometer la suerte del estado, para sepultar en sus ruinas á sus concurrentes, y aun el arriesgar la pérdida de todo, para que pereciese un solo hombre? Las historias de las cortes y de los imperios estan llenas de estas acciones vergonzosas de que se han visto tristes ejemplos en casi todos los siglos. Pero el verdadero zelo del bien público solo trata de ser útil; y para el hombre virtuoso que verdaderamente se interesa por el bien del estado, los servicios que hace le sirven de recompensa.

Es pues la envidia de los pontífices la primera pasion que vende hoy á Jesucristo entregándole á sus enemigos; pero en segundo lugar es el vil interes de Pilatos quien le condena.

#### SEGUNDA PARTE.

Si, hermanos míos, la divinidad de los grandes es la pasion de hacer fortuna, y por eso, la única obligacion que los ocupa es de agradar á César, pero todo aquello que contribuye á su elevacion siempre está de acuerdo con su conciencia. La honradez y desinteres que podria perjudicar á su ambicion y fortuna, que les haria perder el favor de su soberano, la miran como virtud de los necios. Pero desde que se teme mas la desgracia del César que el remordimiento de la conciencia, si no se ha sacrificado el honor y la honradez, no es porque el corazon y la voluntad no se haya prestado á todo género de crímenes, sino porque ha faltado la ocasion.

Efectivamente, á primera vista pa-

rece haber quedado en el carácter de Pilatos algunos restos de rectitud y de honradez; su conciencia clama en favor del inocente, parece que quiere él mismo ser su defensor; no se atreve á darle libertad y sin embargo desea que se le conceda, y esta es la cobardía, primer grado de la ambicion. Es grata la obligacion y la equidad cuando es útil y glorioso decidirse por ella, cuando nos acarrea el beneplácito del público, y cuando nuestra firmeza nos ha de presentar al mundo y hemos de parecerle mayores por la defensa heroica de la virtud, que lo hubiéramos sido por el disimulo y la condescendencia. Buscamos la gloria y los aplausos en el cumplimiento de nuestras obligaciones, y la verdad encuentra casi siempre sus defensores en los que le proporciona la vanidad.

Á la pusilanimidad sucede el temor; amenazan á Pilatos con la indignacion del César: *Si hunc dimitis, non est amicus Cæsaris* (Joan. XIX, 12), á cuya razon desaparecen todos los derechos mas sagrados, no teniéndose ya en

nada. Cuando se puede amar alguna cosa mas que la justicia y la verdad, no somos dignos de ser sus intérpretes; porque las acciones contrarias al honor y á la conciencia son mas temibles para una alma noble que la ira de César. Por otra parte, Señor, el no servir las pasiones del príncipe, es hacer un gran servicio á su gloria: nada es mas noble que el preferir incurrir en su indignacion, antes que faltar á la fidelidad que se le ha jurado; y si los príncipes como vos pueden contar con un amigo fiel, preciso es que lo busquen entre aquellos que los aman bastante para atreverse á desagradarlos alguna vez; pues quanto mayor es el número de los que continuamente aplauden sus acciones, tanto mas respetable debe serles el hombre virtuoso que no contribuye á las adulaciones públicas. Pero es muy raro en las cortes este heroismo de fidelidad; y así, apenas se encuentra un Daniel entre todos los sátrapas, que no conocen otra ley que la voluntad del príncipe. Tal es la suerte de los soberanos, que el mismo poder y grandor que les rodea, mul-

tiplica los aduladores, y hace que los amigos sean mas raros.

El temor de incurrir en la desgracia de César condujo tambien á Pilatos al último grado de bajeza, y asi abandonó y entregó á Jesucristo. Solo con la sangre del justo podia calmarse la gritería de aquella chusma furiosa del populacho; el exponerse á su violencia seria encender el fuego de la sedicion; mas vale pues que perezca el inocente que el que toda la nacion pudiese sublevarse contra César; es decir, que era preciso comprar el bien público con un crimen.

Este es el gran pretexto de que siempre se valen, para abusar de la autoridad, los encargados de ella, de manera que no hay injusticia que no justifiquen con el bien público; pues parece que la felicidad y la seguridad del estado no pueden subsistir sino con crímenes, que el órden y la tranquilidad de los imperios nunca se deben sino á la injusticia y á la iniquidad; y que es preciso renunciar á la virtud para sacrificarse por su patria.

No, Señor, lo hemos dicho en otra parte y nunca nos cansaremos de repetirlo: toda la fuerza y toda la seguridad de las leyes humanas consiste en la divina; quanto atrae la cólera del cielo sobre los pueblos, no puede hacerlos felices; el órden y la utilidad pública no pueden ser consecuencia del crimen; se sirve mal á la patria cuando se hace á costa de las reglas santas; porque es querer socavar los cimientos del edificio creyendo hermosearle y ensalzarle mas; debilitar sus apoyos mas firmes añadiendo algunos vanos adornos que aceleren su ruina. Los imperios no pueden conservarse sino por la equidad de las mismas leyes con que se fundaron; y quizá alguna vez ha podido la injusticia destronar los soberanos, pero nunca ha afianzado los tronos. Los ministros que han extendido demasiado la potestad de los reyes, la han debilitado siempre; porque nunca los elevan sino sobre la ruina de sus pueblos; y su zelo únicamente ha sido útil á los Césares, cuando ha respetado las leyes del imperio.

Es pues la envidia de los príncipes de

los sacerdotes la que persigue hoy á Jesucristo; un vil interes de Pilatos el que le entrega, y en fin una indiferencia criminal de Herodes que hace de él un objeto de desprecio y de irrisión.

¡ Mas ah! ¿ Que diferente destino podia esperar la doctrina del Evangelio, manifestándose á una corte soberbia y voluptuosa? Nada hay en la doctrina santa que no sea contrario al orgullo y á los deleites; y para los que habitan los palacios de los reyes nada es grande sino el placer y la gloria. Si no os presentais en ellas bajo estos estandartes, ó se os considera como unos censores incómodos ó como unos enemigos, ó se os desprecia como á hombres de otra especie y advenedizos, que quieren introducir entre ellos un language inaudito y modales extraños.

Nosotros mismos en estas cátedras cristianas donde únicamente se habla todavía el language de la verdad, venimos muchas veces á ellas á debilitar la palabra de Dios, á respetar lo que deberíamos combatir; á suavizar con ideas humanas la severidad de las reglas san-

tas; autorizar casi sus preocupaciones antes de atrevernos á combatir sus pasiones; y con pretexto de no sublevarlas contra la verdad, hacérsela casi desconocida.

Sabedor Herodes de las maravillas que se decian de Jesucristo, espera verle hacer prodigios en su presencia, y con esta esperanza se alegra de que vaya á su corte; porque no es la verdad la que le interesa, sino una vana curiosidad que quiere satisfacer, y el hacer que Jesucristo sirva de espectáculo á sus pasatiempos y á su ociosidad. La mayor parte de los príncipes y de los grandes han hecho siempre de la religion un espectáculo; porque los misterios mas augustos y mas terribles, acompañados con todos los atractivos de una música brillante y escogida, son para ellos como unas diversiones profanas que los divierten, no buscando mas que el placer de los sentidos, aun en las obligaciones de un culto establecido para combatirle; y es preciso que la religion se engalane, por decirlo así, con los regocijos del

siglo para agradales; y que un espectáculo digno de los ángeles, necesite todavía de decoraciones para que pueda tener algun atractivo para ellos.

Herodes hace á Jesucristo preguntas vanas y frivolas: *Interrogabat eum multis sermonibus* (Luc XXIII, 9), de aquellas que son efecto del orgullo y de la irreligion mas que del amor á la verdad, que se proponen mas bien para vanagloriarse de sus dudas que por tener un deseo sincero de aclararlas; que á nada conducen sino á mantenernos firmes en la incredulidad; que solo tienen de formal la ceguedad de donde traen su origen; que son unas cuestiones en que se discurre de las verdades eternas de la salvacion, como si fuesen de aquellas dudosas y de poco interes que Dios ha dejado á la ociosidad y á las disputas de los hombres; cuestiones en que se trata nada menos que de resolver el problema de la felicidad ó de la condenacion eterna, como si fuese indiferente y hubiese probabilidad por ambos lados y se pudiese optar entre ellos cuestiones, en fin

que mas son una irrision secreta de la fe, que investigaciones respetuosas de un verdadero fiel.

Y este es el único uso que la mayor parte de los grandes hacen de Jesucristo, con sus cuestiones eternas acerca de la religion: *Interrogabat eum multis sermonibus*; haciendo de Jesucristo y de su doctrina una materia de pasatiempo, de conversacion frivola y de disputas, en vez de hacerle objeto de su esperanza y de su culto; que se informan de la verdad de una vida futura y de aquella patria que nos espera despues de la muerte con menos interes, que aquel con que oirian la relacion de una tierra desconocida y quizá fabulosa, á la que ningun mortal ha podido llegar todavía; que hablan de los hechos maravillosos en que se funda la certeza y la divinidad de la religion de sus padres, con la misma incertidumbre con que lo harian de un punto poco importante de la historia que todavía no se ha aclarado; y que manifiestan que han perdido enteramente la fe por el modo poco serio con que quieren instruirse en ella.

Por eso Jesucristo nada opone sino un silencio profundo á las vanas preguntas de Herodes ; porque las respuestas de la verdad no merecen darse sino cuando el que la pregunta desea conocerla ; y precisamente en el corazon de los que hablan y disputan mas sobre la religion se halla mas oscurecida. Si , hermanos míos , hallada está ya la verdad cuando se la busca de buena fe ; y para encontrarla no hay necesidad de ahondar los abismos , ni elevarse en el aire , pues basta escuchar lo que nos dice desde nuestro interior la conciencia. Un corazon inocente y dócil oye al instante su voz , porque las dudas é investigaciones del orgullo , lejos de acercarnos á ella nos impiden ver su claridad ; ella ofusca á los sabios y á los jueces presuntuosos de sus misterios , y solo se comunica á los que se glorian de ser sus discípulos. La sumision es el origen de la luz , pues cuanto mas se quiere racionar mas se yerra ; cuanto mas se duda , mas permite Dios que se aumenten las dudas ; y así , una vez que la razon salió de la regla , nada encuentra

ya que la detenga ; de modo que cuanto mas adelanta , tantos mas son los precipicios que se abre. Por eso la heregia , tímida desde luego en su origen , va siempre en aumento , no guardando medida en sus progresos : al principio solo atacaba los pretendidos abusos del culto , mas después atacó el culto mismo ; quejábase que despojábamos á Jesucristo de su calidad de mediador , y bien pronto sus discípulos le han degradado de su divinidad y de su nacimiento eterno ; queria reformar la religion , y ha concluido por aprobarlas todas , ó por mejor decir , con no tener ninguna ni conocerla ; pretendia atenerse á lo literal de los libros santos , y esta ha sido para ella una letra de muerte , en que sus falsos profetas han bebido un fanatismo y unas visiones sobre lo futuro , que los acontecimientos han desmentido , y de que ella misma se ha avergonzado. No , hermanos míos , la fe es el último punto que puede fijar el entendimiento humano ; y si pasais mas adelante , entráis en una tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte ; no teneis ya

camino seguro, ni veis ya mas que unas antasmás, las hijas tristes de las timieblas; y como la razon carece de todo freno, tampoco tiene límites el error.

Efectivamente, las preguntas de Herodes le conducen á que Jesucristo le sea un objeto de escarnio: *Sprevit autem illum Herodes*; y toda la corte sigue su ejemplo: *Cum exercitu suo* (ibid. V, 11); porque la virtud mas pura desde el punto que no es del agrado del soberano, merece el olvido y aun el desprecio de los cortesanos; pues el gusto del príncipe es el que decide casi siempre de la verdad y del mérito para con ellos; que forman toda su religion, por decirlo así; conforme al semblante de su Señor; allí está su ley y su Evangelio; y nada tienen que los fije en su culto mas que los caprichos y las pasiones del ídolo que adoran.

Por eso, Señor, la mayor atencion que deben tener los reyes en el alto puesto en que Dios los ha colocado, es la de hacer respetable la religion, no sirviéndose jamas de la irrision mas leve que pueda zaherir su magestad vuestro

augusto bisabuelo, en su juventud, jamas se apartó de esta regla, que le sirvió para todos los tiempos y todos los lugares. El respeto que siempre tuvo á la religion de sus padres impuso un silencio eterno á la impiedad, á lo menos en su presencia; y su language fué siempre el que convenia al primer rey cristiano, es decir, el language respetable de la fe. La irreligion era el único crimen á que nunca hacia gracia; en tratándose de este artículo todo en él era serio; y ninguna diversion ni chanza autorizó jamas en su presencia, ni el menor escarnio que tocase al culto de sus antecesores; porque religioso, aun en medio de los regocijos de una corte joven y floreciente, nunca perjudicaron á la fe los placeres y disipaciones inevitables en la juventud de los reyes. En este punto, Señor, todo es de la mayor importancia en la boca de un soberano; porque la menor indiscrecion de su parte autoriza la licencia de la impiedad, ó crea nuevos impios, pues creen agradarle diciendo mas que él, y las chanzas del amo, pasan bien pronto á

ser blasfemias en boca de sus cortesanos.

Tales son las pasiones que los grandes oponen á la verdad, y condenan á muerte á Jesucristo. ¡ O si pudiera yo concluir y manifestaros las pasiones de los grandes reprobadas por la muerte de Jesucristo !

¿ Existe por ventura una sola que su cruz no confunda ? No muere sino para dar testimonio á la verdad, de la cual es el primer mártir, y los grandes la temen, á pesar de lo raro que es verla acercarse á su trono. No es rey sino para ser la víctima de su pueblo, y los pueblos son por lo comun víctimas de la ambicion de los príncipes y de los reyes. Su cetro y su corona, señales de su autoridad, son los instrumentos que sirven para atormentarle; y el único uso que hacen los grandes de la autoridad que tienen, es el de servirse de ella para sus placeres. En medio de sus sufrimientos y de sus penas solo se ocupa de nuestros intereses; y los grandes, en sus regocijos, ni siquiera se dignan pensar en las penas y tormentos de sus hermanos. Jesu-

cristo padece por nosotros, y los grandes se imaginan que todos deben sufrir por ellos. Vino á formar de todos los pueblos uno solo, á reconciliar todas las naciones, á extinguir todas las guerras; y la vanidad de los grandes las encienden y eternizan en el mundo.

¿ Que dirémos ? Solo es rey, porque es salvador; sus beneficios componen todos sus títulos; sus calidades gloriosas son los diferentes oficios de su amor para con nosotros; todo lo mas grande que tiene, es para los hombres, y para que se sirvan de ello; y los grandes tienen á los demas hombres en nada, y creen que únicamente son nacidos para sí mismos.

Ved, Señor, en Jesucristo el gran modelo de los reyes; desde lo alto de la cruz instruye á los grandes y príncipes de la tierra, diciéndoles, mirad y obrad segun este modelo; yo he dejado mi reino y he bajado de mi gloria para salvar á mis súbditos; vosotros no sois reyes sino para ellos, y su felicidad debe ser el único objeto de todos los cuidados inherentes á vuestra corona. Si, Señor,

un rey que muere por su pueblo, solo exige de vos que ameis al vuestro ; es un rey que conquista el mundo únicamente para ganarle á Dios ; no combatais sino por él, y estad siempre seguro de alcanzar la victoria ; es un rey que de su cruz hace su trono, y el sitio de sus dolores y sufrimientos. Mirad vos el vuestro como un lugar rodeado de cuidados y trabajos y no como el asiento de los placeres y deleites : es un rey que solo quiere reinar en los corazones ; y el uso mas glorioso que podréis hacer de vuestra autoridad será el que os asegure el amor de vuestros pueblos ; es un rey que viene á traer á los hombres la paz, la verdad y la justicia y solo quiere hacerlos felices ; pues reinad vos, Señor, para nuestra felicidad, y asi reinaréis para la vuestra.

¡ O mi salvador ! hoy es cuando empezais á reinar en todas las naciones ; vuestros últimos suspiros son como las primicias sagradas de vuestro reinado, y por la cruz vais á conquistar el universo ; Gran Dios ! sea ella la que asegure el reinado del niño precioso que

teneis aqui á vuestros pies, consagrando la religion las primicias y coronando su duracion ; porque siendo sus antepasados los que la colocaron sobre el trono, sea esta misma religion la que sostenga en él al niño augusto, que todavía no puede ofreceros mas que su inocencia, la fe de sus padres, las desventuras que han cercado su real cuna, y el afecto mas tierno de sus súbditos.

Conservad al hijo de tantos santos y de tantos protectores de la santa fe, que en otro tiempo fueron á exponer sus vidas y corona por ir á recobrar vuestra herencia ; conservad á este niño precioso la suya para que pueda defender algun dia la iglesia que vuestro padre os da hoy como herencia que habeis adquirido con vuestra sangre. Aquellos vinieron cargados de los despojos sagrados de la cruz, y sea este depósito santo, con que enriquecieron esta capital del reino, la prenda preciosa de la piedad de sus padres ; que hoy particularmente interceda para obtener vuestras gracias en favor del heredero, y no abandoneis al que lo es de tantos príncipes que fueron los

primeros defensores de vuestro nombre y de vuestra gloria. Vuestro enojo no le ha herido en medio de las ruinas de su augusta familia; dejadnos, ¡ gran Dios! gozar de vuestro beneficio que tan caro nos cuesta; que este dichoso resto de tantas personas augustas que hemos visto morir casi al mismo tiempo, repare nuestras pérdidas y enjague nuestras lágrimas; colmadle á él solo con todas las gracias que habiais reservado en vuestros tesoros eternos á tantos príncipes que debian reinar en su lugar, y á quienes correspondia la corona; reunid todo cuanto hubiérais distribuido entre los otros, y que recaigan sobre su reinado todas las bendiciones y todas las felicidades que nos prometíamos en los de los príncipes de que nos ha privado una muerte temprana, y á los que en el mundo no habeis, sin duda, negado una corona que les estaba destinada por su nacimiento, sino para prepararles una eterna en el cielo. Amen.

## SERMON

PARA EL DIA

## DE PASCUA.

### *Sobre el triunfo de la Religion.*

Expolians principatus et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso.

*Habiendo Jesucristo desarmado los príncipes y los potentados los condujo facilísimamente en triunfo á vista de todo el mundo, despues de haberlos vencido en si mismo. (Col. II, 15.)*

SEÑOR,

Los vanos triunfos de los conquistadores solo eran un espectáculo de orgullo, de lágrimas, de desesperacion y de muerte, porque eran las pasiones humanas las que triunfaban tristemente y no dejaban en pos de sí sino las fúnebres señales de la ambicion de los

primeros defensores de vuestro nombre y de vuestra gloria. Vuestro enojo no le ha herido en medio de las ruinas de su augusta familia; dejadnos, ¡ gran Dios! gozar de vuestro beneficio que tan caro nos cuesta; que este dichoso resto de tantas personas augustas que hemos visto morir casi al mismo tiempo, repare nuestras pérdidas y enjague nuestras lágrimas; colmadle á él solo con todas las gracias que habiais reservado en vuestros tesoros eternos á tantos príncipes que debian reinar en su lugar, y á quienes correspondia la corona; reunid todo cuanto hubiérais distribuido entre los otros, y que recaigan sobre su reinado todas las bendiciones y todas las felicidades que nos prometíamos en los de los príncipes de que nos ha privado una muerte temprana, y á los que en el mundo no habeis, sin duda, negado una corona que les estaba destinada por su nacimiento, sino para prepararles una eterna en el cielo. Amen.

## SERMON

PARA EL DIA

## DE PASCUA.

### *Sobre el triunfo de la Religion.*

Expolians principatus et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso.

*Habiendo Jesucristo desarmado los príncipes y los potentados los condujo facilísimamente en triunfo á vista de todo el mundo, despues de haberlos vencido en si mismo. (Col. II, 15.)*

SEÑOR,

Los vanos triunfos de los conquistadores solo eran un espectáculo de orgullo, de lágrimas, de desesperacion y de muerte, porque eran las pasiones humanas las que triunfaban tristemente y no dejaban en pos de sí sino las fúnebres señales de la ambicion de los

vencedores y de la esclavitud de los vencidos.

El triunfo de Jesucristo lo es hoy de paz, de libertad y de gloria para las naciones mismas que conquista.

Triunfa de sus enemigos, pero es para libertarlos y asociarlos á su poder, triunfa del pecado, pero borrando y clavando en la cruz el decreto fatal de nuestra condenacion, nos comunica una fuente de santidad y de gracia; triunfa de la muerte, pero asi nos asegura la inmortalidad.

La gloria de la religion es tal, que solo presenta por de pronto el oprobio y los sufrimientos de la cruz; pero que es por sí un triunfo glorioso y el mayor espectáculo que el hombre pueda dar al mundo. En él nada es mas grande que la virtud, porque toda otra clase de gloria, se debe al acaso, á la adulacion ó al engaño público; siendo asi que la que proviene de la virtud solo se debe á Dios y á sí mismo. Se les pinta como vergonzosa á los príncipes y á los potentados, y sin embargo ella sola puede hacerlos grandes, únicamente con la

virtud pueden triunfar de sus enemigos, de sus pasiones y de la misma muerte.

Manifestemos estas verdades tan honrosas para la fe, y consagremos á la gloria de la religion la instruccion de este último dia que lo es grande para el triunfo de Jesucristo.

#### PRIMERA PARTE.

Señor, la gloria de los príncipes y de los grandes tiene que temer en el mundo los escollos, la malignidad de los envidiosos ó la inconstancia de la fortuna que la oscurecen, las pasiones que la deshonoran, y en fin la muerte misma que la sepulta y convierte en censuras las vanas adulaciones que la habian elevado. Solo la religion los liberta de estos escollos inevitables en que viene á estrellarse ordinariamente toda la gloria humana; porque aquella los eleva sobre los acontecimientos y la envidia, les sujeta sus pasiones y en fin les asegura despues de su muerte la gloria que la malignidad les habia quizá negado durante su vida. Tal es hoy el triunfo

de Jesucristo, y este modelo glorioso proponemos á los grandes de la tierra.

Toda la gloria de su santidad y de sus milagros no habia podido libertarle de los tiros de la envidia; y parecia que su inocencia habia sucumbido bajo las potestades de las tinieblas que la oprimieron. Pero su resurreccion ata á su carro de triunfo á los principados y á estas potestades; su gloria sale triunfante del seno de su oprobio; su cruz se convierte en el estandarte de su victoria, y el mundo entero le adora, cuando solo la Judea le habia reprobado.

Si, hermanos míos, cualquiera que sea la gloria de los grandes en el mundo, siempre tiene que temer, en primer lugar, la malignidad de la envidia que trata de oscurecerla. Esta verdad no necesita probarse, particularmente en la corte, porque ¿cual es la vida por buena que sea que esté exenta de manchas? Donde están las victorias que no tengan alguna parte poco gloriosa para el vencedor? Cuales son los sucesos que al paso que unos los consideran como hijos del talento y de la sabiduría,

otros los atribuyen á la casualidad y á la buena suerte? Cuales son las acciones heroicas que no se degradan buscando en ellas motivos bajos y rastroso? En una palabra ¿donde están los héroes que la malignidad y quizá la verdad no reduzca simplemente á hombres vulgares?

Mientras no tengáis sino la gloria á que aspira el mundo, esta os la disputará; pero añadid á ella la de la virtud, y aunque el mundo la teme y la huye, sin embargo la respeta.

Un príncipe temeroso de Dios y que gobierna sabiamente sus pueblos, nada tiene que temer de los hombres, porque si su gloria por sí sola hubiera podido hacerle envidiosos, su piedad la hará respetable; si sus empresas hubieran hallado censores, su piedad será la apología de su conducta; si su prosperidad hubiera excitado la envidia ó la desconfianza de sus vecinos, será por su piedad el árbitro de ellos; nunca sus pasos serán sospechosos, porque la justicia los anunciará siempre; nadie tomará precauciones contra su ambicion,

porque será siempre conforme á sus derechos; no atraerá sobre sus estados las calamidades de la guerra, porque considerará como un crimen el hacerla sin motivo á los extranjeros; reconciliará los pueblos y los reyes, y no querrá dividirlos para debilitarlos, y para engrandecerse á costa de sus discordias y su flaqueza; la fortaleza mas segura de su imperio será la moderacion, y no tendrá necesidad de centinelas á la puerta de su palacio, porque los corazones de sus súbditos se agruparán en torno de su trono y brillarán al lado suyo en lugar de bayonetas; su autoridad le será inútil para hacerse obedecer; porque las órdenes que se cumplen con mas seguridad son las ejecutadas por el amor; la sumision y obediencia serán gustosas y exentas de quejas, porque no habrá violencia; y cuando todo su poder apenas le habria hecho dueño de sus pueblos, será, por la virtud, el árbitro hasta de los soberanos. Asi era, Señor, uno de vuestros mas santos predecesores, á quien la iglesia da culto público á quien mira

como protector de vuestra monarquía. Los reyes sus vecinos no envidiaban su poder, sino que recurrían á su sabiduría, poniendo en sus manos sus discordias y sus intereses, de manera que sin ser su vencedor, era su juez y su árbitro; dándole su virtud, por sí sola, un imperio en toda la Europa, harto mas seguro y mas glorioso que el que hubieran podido darle sus victorias. El poder solo nos da súbditos y esclavos; y solo la virtud nos hace dueños de los corazones de los hombres.

Pero si la virtud nos pone al abrigo de los tiros de la envidia, tambien nos hace superiores á los acontecimientos. Si, Señor, las mayores prosperidades del mundo estan sujetas á mil vicisitudes; porque Dios que no quiere que muchos corazones se aficionen sino á lo que constituye nuestro tesoro y nuestra felicidad, hace algunas veces del mayor grado de elevacion á que hemos subido, el primer escalon de nuestra decadencia, pues cuando la gloria de los hombres ha subido á su mayor esplendor atrae, por decirlo asi, á sí misma

las nieblas, no siendo la historia de los estados y de los imperios sino la de la fragilidad y de la inconstancia de las cosas humanas, en que los buenos y malos sucesos parece que se reparten entre sí la duracion de los años y de los siglos, y acabamos de ver, que el reinado mas largo y mas glorioso de la monarquía ha terminado con reveses y desgracias.

Pero sobre las ruinas de la gloria humana supo levantar vuestro piadoso bisabuelo otra mas sólida y mas inmortal. Todo parecia disolverse y eclipsarse á su lado; pero entonces fué cuando le vimos claramente mas grande por la simplicidad de su fe y por la constancia de su piedad, que por el esplendor de sus conquistas; su prosperidad nos habia ocultado su verdadera gloria; hasta entonces solo habíamos visto su felicidad, mas luego vimos sus virtudes; era preciso que sus desgracias igualasen su ventura, que viese morir en su casa todos los príncipes apoyos de su trono; que vuestra vida misma estuviese en peligro siendo tan cara á la nación, y única

prenda de las misericordias que Dios tiene todavía para sus pueblos; era preciso que quedase solo con su virtud para parecer todo lo que era; y si sus inauditos triunfos le habian valido el titulo de grande, sus sentimientos heroicos y cristianos en la adversidad le han asegurado para todas las edades futuras el nombre y el mérito.

Solo la religion, hermanos míos, puede hacernos superiores á los acontecimientos; porque los demas motivos nos dejan en poder de nuestra flaqueza; la razon de la filosofia que prometia la constancia á su sabio, y no se la daba; la firmeza del orgullo no era sino el último recurso del desaliento, y en vano se buscaba consuelo aparentando que se despreciaban los males que no se podian vencer. Cuando el corazon está herido, no puede hallar remedio sino dentro de sí mismo, y solo la religion puede dársele. Los vanos preceptos de la filosofia nos predicaban una ridícula insensibilidad, como si hubieran podido extinguir los sentimientos naturales sin acabar con la misma naturaleza. La

fe no nos hace insensibles, pero sí sumisos; y entonces la sensibilidad misma forma todo el mérito de nuestra sumision; y así nuestra santa filosofía no es insensible á las penas, sino superior al dolor. Seria quitar á los hombres la gloria de la entereza en los sufrimientos; y la sabiduría pagana queria hacerlos insensibles, porque no podia darles sumision y paciencia; enseñaba al orgullo á ocultar su sensibilidad y su flaqueza y no á vencerlas; de manera que hacia héroes de teatro, cuyos sentimientos grandiosos solo eran para los espectadores, y aspiraba mas bien á la gloria de parecer constante, que á la virtud misma de la constancia. Pero la fe nos deja todo el mérito de la firmeza, y no quiere ni aun el que los hombres se la atribuyan. Sacrifica á solo Dios los sentimientos de la naturaleza, y no quiere otro testigo de su sacrificio que el que puede remunerarle; y así solo ella hace valederas todas las demas virtudes, porque destierra de ellas el orgullo que las corrompe ó que las convierte en fantasmas.

Así, por mas que se pondere la eleva-

ción y la superioridad de vuestros conocimientos é instruccion, y que una gran sabiduría os haga considerar como el ornato y prodigio de vuestro siglo, si esta gloria solo es exterior, y si su primera basa no es la religion, única cosa que eleva los corazones, el primer contratiempo de la adversidad derribará todo este edificio de filosofía y de falso saber, todos estos apoyos mundanos se hundirán entre vuestras manos, de nada servirán á vuestras desgracias; se buscarán vuestras grandes calidades en vuestro abatimiento, y vuestra gloria será únicamente un peso de mas á vuestra afliccion que os la hará mas insoporable. El mundo se gloria de hacer felices, pero solo la religion puede hacernos grandes en medio de nuestras mismas desgracias.

#### SEGUNDA PARTE. ®

El primer triunfo de Jesucristo es el que consigue de la malignidad de la envidia y de todos los oprobios que le habia causado por parte de sus enem-

gos; pero triunfa del pecado, llevando cautivo á este primer autor del cautiverio de todos los hombres, restableciéndolos en todos los derechos gloriosos que habian perdido, y volviéndoles por medio de su desgracia la superioridad sobre las pasiones, de la que carecian por la pérdida de la inocencia.

La segunda ventaja de la religion es la de la elevacion sobre nuestras pasiones, que es el mas alto grado de gloria á que el hombre puede llegar en este mundo. Si, hermanos míos, el mundo insulta inútilmente todos los dias á la piedad con sarcasmos insensatos; en vano, para ocultar lo vergonzoso de las pasiones, hace que el hombre de bien, casi se avergüenze de la virtud; en vano la pinta, particularmente á los grandes, como una flaqueza y como el escollo de su gloria; inútilmente autoriza sus pasiones con los grandes ejemplos de sus predecesores, y por la historia de los soberanos que han unido la licencia de costumbres con un reinado glorioso y con el esplendor de victorias y conquistas; porque sus vicios que han llegado

hasta nuestro tiempo y que se han recordado de edad en edad formarán hasta el fin de los siglos las señales vergonzosas que borran el brillo de sus grandes acciones y deshouna su historia.

Y aun quanto mas elevados estan, tanto mas los degrada el desarreglo de sus costumbres; y su *ignominia* dice el Espíritu santo, *crece en proporción de su gloria* (Marc. 1. 1. 42). Además que estando colocados por su clase sobre nosotros, ella pone sus vicios y sus personas á la vista del público; ¿que oprobio, el que aquellos mismos que estan establecidos para servir de regla á las pasiones de la muchedumbre, sean el juguete vil de sus propias pasiones, y que la fuerza, la autoridad y el pudor de las leyes se hayan confiado á los que no conocen la ley, y si solo el menosprecio público y su propia debilidad? Ellos deberian arreglar las costumbres públicas y las corrompen: Dios los habia dado á los hombres para que fuesen los protectores de la virtud, y son el apoyo y modelo de los vicios.

Toda la gloria humana no podria bor-

rar jamas el oprobio que les causa el desarreglo de las costumbres y el acoloramiento de las pasiones; porque las victorias mas brillantes no pueden ocultar lo vergonzoso de sus vicios, y asi se alaban sus acciones y se desprecian sus personas, y en todos tiempos se ha visto la reputacion mas honrosa estrellarse en las costumbres de los héroes, y sus laureles se han marchitado por sus flaquezas. El mundo que al parecer no hace caso de la virtud, no estima, sin embargo, ni respeta sino á ella, levanta soberbios monumentos á las grandes acciones de los conquistadores; hace resonar por todas partes sus elogios; una poesia pomposa los canta é inmortaliza; cada Aquiles tiene su Homero; la elocuencia se agota para ensalzarlos; á la vanidad y al lujo se conoce el aparato de los elogios; pero la admiracion secreta y las alabanzas reales y sinceras, solo se atribuyen á la vanidad y á la virtud.

Efectivamente, la fortuna ó la temeridad han podido hacer héroes, pero solo la virtud puede formar grandes

hombres. Harto menos cuesta ganar victorias que vencerse á sí mismo; y mucho mas fácil conquistar provincias y sujetar pueblos que domar una pasion, sobre lo cual ha estado de acuerdo aun la moral de los paganos. Las batallas en que sobresalen la firmeza, lo grande del valor y la ciencia militar, son acciones raras que pueden contar con facilidad en el curso de una larga vida; y cuando basta ser grande en ciertos momentos, la naturaleza reúne todas las fuerzas; y el orgullo puede por un corto tiempo suplir la falta de virtud. Pero los combates de la fe lo son de todos los dias, porque hay que acometer á enemigos que renacen despues de derrotados; y si los dejais un instante, pereceis; de modo que la victoria misma tiene sus peligros y el orgullo lejos de ayudaros, se convierte en el enemigo mas peligroso que teneis que combatir, de tal manera que cuanto os rodea suministra armas contra vosotros; porque hasta vuestro corazon os tiene redes y os veis precisados á volver continuamente al combate. En una palabra, puede uno alguna vez

ser mas fuerte ó mas dichoso que sus enemigos, pero es gran cosa el ser siempre mas fuerte y poderse dominar á sí mismo.

Sin embargo, esta es la gloria de la religion, pues si la filosofía manifestaba lo vergonzoso de las pasiones, no enseñaba á vencerlas, y sus pomposos preceptos eran mas el elogio de la virtud que remedio del vicio.

Era tambien necesario para la gloria y triunfo de la religion el que los mayores genios y toda la fuerza del entendimiento humano se apresurasen para hacer virtuosos á los hombres. Si Socrates y los Platones no hubieran sido los doctores de los hombres y no hubieran emprendido en vano corregirlos y arreglar las costumbres, el hombre por sola la fuerza de la razon hubiera podido atribuir su virtud á la superioridad de su inteligencia, ó á la hermosura de la misma virtud; pero aquellos predicadores de la sabiduría no formaron sabios; y era preciso que los vanos ensayos de la filosofía preparasen nuevos triunfos á la gracia.

Ella es por último la que ha mostrado al mundo el verdadero sabio á quien todo el fausto y el aparato de la razon humana nos anunciaba tanto tiempo habia. No ha limitado toda su gloria, como la filosofía, á ensayos para formar apenas entre los hombres un solo sabio verdadero en cada siglo, sino que ha poblado de ellos las ciudades, los imperios y los desiertos; y todo el mundo ha sido para ella otro Liceo, donde en medio de las plazas públicas ha predicado la sabiduría á todos los hombres (Prov. VIII, 1, 3, 4). No solo ha escogido sus sabios entre los pueblos mas cultos, sino que el Griego, el Bárbaro, el Romano y el Escita han sido igualmente llamados á su divina filosofía, y no ha reservado únicamente á los sabios el conocimiento sublime de sus misterios, pues el hombre sencillo ha profetizado como el sabio, y los ignorantes se han hecho doctores y apóstoles. Preciso era que la verdadera sabiduría pudiese serlo de todos los hombres.

¿Que diremos? Su doctrina era insensata al parecer, y sin embargo los fi-

lósofos sometieron su razon orgullosa á esta santa locura; no anunciaba sino cruces y sufrimientos, y los Césares se hicieron sus discípulos; y ella solo vino á enseñar á los hombres que la castidad y la templanza podian sentarse en el trono; y que el asiento de las pasiones y de los placeres podia serlo de la virtud y de la inocencia ¡Que gloria para la religion!

Pero, Señor, si la piedad de los grandes es gloriosa para la religion, esta es únicamente la que produce la verdadera gloria de los grandes; pues de todos los títulos que tienen, el mas honroso es el de la virtud. Un príncipe que sabe dominar sus pasiones; que aprende en sí mismo á mandar á los demas; que no quiere tomar de la autoridad sino los cuidados y penas que la obligacion le impone por ella; que siente mas sus faltas en proporcion de los vanos elogios con que quieren revestírselas como virtudes; que considera como único privilegio de su clase el ejemplo que debe dar á los pueblos; que no tiene otro freno ni regla que sus deseos, y que sin

embargo impone á estos el freno de la regla misma; que ve á su lado todos los hombres prontos para servirle en sus pasiones, pero que no se cree nacido sino para servir á las necesidades de ellos; que puede abusar de todo y se niega aun á aquello á que tendria derecho; en una palabra, que rodeado de todos los atractivos del vicio, nunca les muestra sino la virtud; un príncipe de este carácter es el mayor espectáculo que la fe puede dar al mundo. En un solo dia pueden contarse mas acciones gloriosas suyas, que en la larga carrera de un conquistador, pues el uno ha sido el héroe de una sola jornada y el otro de toda su vida.

### TERCERA PARTE.

Asi es como Jesucristo triunfa hoy del pecado, y tambien de la muerte, con lo que nos abre las puertas de la inmortalidad, cerradas por el pecado; y desde el seno mismo de su sepulcro hace á todos los hombres hijos de la vida eterna.

Esta es la última bazaña que completa el triunfo de la religion. La piedad solo concedia al hombre el mismo fin que al animal irracional, pues todo debía morir con el cuerpo; y este ser tan noble y único capaz de amar y conocer, no era mas, sin embargo, que un vil conjunto de barro formado por el acaso, y que solo este podia destruir para siempre. La supersticion pagana le prometia para despues de la muerte una felicidad ociosa, donde las vanas fantasmas de los sentidos debian ser toda la bienaventuranza de un hombre que solo puede ser feliz por la verdad.

La religion nos manifiesta esperanzas mas nobles y mas sublimes, pues da al hombre la inmortalidad que la impiedad filosófica le habia querido quitar, y sustituye la posesion eterna del bien soberano á los campos fabulosos y á las ideas pueriles de felicidad que la supersticion habia imaginado.

Pero esta inmortalidad que es la esperanza mas consoladora de la fe, solo se promete á la fe misma, pues sus promesas son la recompensa de sus

máximas, y para nunca morir, aun ante los hombres, es preciso haber vivido segun Dios.

Si, hermanos míos, esta inmortalidad, aun de reputacion, que la vanidad mundana promete para lo futuro, no pueden merecerla los grandes sino por la virtud.

La muerte es casi siempre el escollo y el término fatal de su gloria; porque los vanos elogios con que se los habia engañado durante su vida, caen siempre casi al mismo tiempo que ellos en el olvido del sepulcro; de modo que no sobreviven mucho tiempo á sí mismos, y si queda de ellos alguna memoria entre los hombres, son mas deudores de esta á la malignidad de las censuras, que á la vanidad de los elogios; pues sus alabanzas han durado lo mismo que sus beneficios, y ya nada son desde que nada pueden. Sus aduladores mismos se hacen sus censores (porque la adulacion degenera siempre en ingratitud); nuevas esperanzas crean nuevo language; sobre las ruinas de la gloria del muerto se levanta la gloria del vivo, y se adorna á

este con los despojos y virtudes de aquel. Los grandes son propiamente el juguete de las pasiones de los hombres, y su gloria no tiene consistencia segura, pues se aumenta ó disminuye con los intereses de sus panegiristas.

¡Cuantos príncipes ponderados durante su vida no han dejado nombre alguno para la posteridad! Y que son las historias de los estados y de los imperios sino un corto resto de nombres y de acciones, que se ha salvado de la muchedumbre innumerable sepultada en el olvido desde el origen de los siglos!

Que vivan según Dios y su nombre vivirá siempre en la memoria de los hombres; porque los príncipes religiosos quedan escritos en caracteres indelebles en los anales del mundo. Las victorias y las conquistas pertenecen á todos los siglos y á todos los reinados, y las unas se borran á las otras, por decirlo así, en nuestras historias; pero las grandes acciones de piedad conservan siempre en ellas todo su esplendor. Un príncipe piadoso está siempre separado de la turba de los otros en la posteridad; su cabeza

y su nombre se levantan sobre toda aquella muchedumbre, como la cabeza de Saul sobre la de todas las tribus; su gloria crece en razón de la distancia, y cuanto mas se corrompen los siglos, tanto mayor es el espectáculo que presenta por su virtud.

Si, Señor, casi se han olvidado los nombres de los primeros conquistadores que fundaron en las Galias nuestra monarquía; pues son mas conocidos por las fábulas y los romances que por la historia; y aun se disputa si se les debe poner en el número de vuestros augustos predecesores. Así es que han quedado como sepultados bajo los cimientos del imperio que levantaron; y su valor, que ha perpetuado para sus descendientes la conquista del reino, no ha podido perpetuar en él su propia memoria.

Pero el primer príncipe que colocó á su lado la religión en el trono de los Franceses, ha inmortalizado todos sus títulos con el de cristiano; y así la Francia ha conservado con amor la memoria del gran Clodoveo, la fe se ha hecho, por decirlo así, la primera y mas segura

época de la historia de la monarquía ; y los primeros de entre vuestros ascendientes que conocemos , son los que empezaron á conocer á Jesucristo.

Los santos reyes cuyos nombres estan escritos en nuestros anales , serán siempre los títulos mas preciosos de la monarquía y modelos ilustres en los siglos futuros para sus sucesores.

Ya se ha tratado , Señor , de fijar vuestra atencion sobre la vida de aquellos principes piadosos vuestros ascendientes , y se estimula diariamente vuestra virtud con tan grandes ejemplos. Acordaos de los Carlomagnos y los san LUIS que aumentaron el esplendor de vuestra corona con el brillo inmortal de la justicia y de la piedad ; lo cual se repite á vuestra magestad en sabias instrucciones. Aun sin subir tan arriba tenéis ejemplos tanto mas interesantes , quanto debeis amarlos mas , pues la piedad corre en vuestras venas , mas de cerca con la sangre de un padre piadoso y de un augusto bisabuelo.

Vos sois , Señor , el único heredero de su trono , y ¡ ojalá lo seáis de sus vir-

tudes ! Que estos grandes modelos renazcan en vos por la imitacion mas que por el nombre , y sed vos mismo el modelo de los reyes vuestros sucesores. Si ya nuestro afecto no nos engaña ; si una infancia cultivada tan cuidadosamente por hombres tan hábiles , y en la que la excelencia de la naturaleza parece anticiparse diariamente á la de la educacion , no nos convierte nuestros deseos en vanas predicciones , podemos abrir ya un campo vasto á vuestras esperanzas ; ya vemos resplandecer desde lejos los primeros vislumbres de nuestra futura prosperidad ; y ya la magestad de vuestros ascendientes anunciada en vuestro semblante nos promete una suerte gloriosa. ¡ Quiera pues el cielo , Señor , y este deseo los encierra todos , que seáis algun dia tan grande , como lo es el amor que os profesamos !

¡ Gran Dios ! Si solo fuesen mis deseos y ruegos los últimos , sin duda que mi ministerio me permitiría dirigiros en este augusto lugar , hallándome ya vinculado á cuidar de una de vuestras Igle-

sias, por los juicios secretos de vuestra providencia, si lo fuesen mis votos y mis oraciones, ¿quien soy yo para esperar que puedan subir hasta vuestro trono? Pero son los votos de tantos santos reyes que han gobernado la monarquía, y que poniendo sus coronas ante el altar eterno al pie del cordero, os piden para este augusto niño la corona de justicia que merecieron ellos mismos.

Estos son los votos del principe piadoso su padre, y que, prosternado en el cielo, como lo esperamos, ante la faz de vuestra gloria, os pide continuamente que este único heredero de su corona lo sea tambien de las gracias y misericordias con que vos le prevenisteis á él mismo.

Estos son los votos de todos mis oyentes, que, ó encargados del cuidado de su infancia, ó al servicio inmediato de su persona sagrada, desahogan aquí sus corazones en vuestra presencia, á fin de que este precioso niño, que lo es en cierto modo, de nuestros suspiros, y

de nuestras lágrimas, no solo no perezca, sino que sea él mismo la salud de su pueblo.

¿Que dirémos aun? Estos son, ó Dios mio, los votos y deseos que toda la nacion os dirige por mi voz; esta nacion que desde su principio habeis protegido y que á pesar de sus crímenes es todavía la porcion mas floreciente de vuestra Iglesia.

¿Podriais, ¡gran Dios! cerrar las entrañas de vuestra misericordia á tantas súplicas? Dios de las virtudes, miradnos con compasion: *Deus virtutum convertere ad nos* (Ps. LXXIX, 15, 16); mirad desde lo alto del cielo y ved, no las disoluciones públicas y secretas, sino las desgracias de este primer reino cristiano, de esta viña tan querida que vuestra misma mano plantó y que tan regada ha sido con la sangre de tantos mártires. *Respice de celo et vide et visita vineam istam quam plantavit dextera tua* (ibid. XV, 16). Renovad para con ella vuestras antiguas misericordias; y si nuestros crímenes os obligan todavía á volvernos vuestra cara, que á lo

menos la inocencia de este niño augusto que nos habeis dado por monarca, os reconcilie con vuestro pueblo: *Et super filium hominis, quem confirmasti tibi* ( ib. 16 ).

Harto nos habeis afligido ¡gran Dios! Enjugad por fin las lágrimas que nos han hecho derramar tantos males como nos habeis enviado en vuestra ira. Haced que á los días de luto, de encono y de venganza sucedan otros de alegría y de misericordia. Que vuestros beneficios sean abundantes donde tambien lo fueron vuestros castigos, y que este niño tan querido sea para nosotros un don con que reparemos todas nuestras pérdidas.

Haced de él, ¡gran Dios! un rey segun vuestro corazon, es decir, que sea el padre de su pueblo, el protector de vuestra Iglesia, el modelo de las costumbres públicas, el pacificador, mas bien que el vencedor de las naciones, el árbitro, mas bien que el terror de sus vecinos; y que toda la Europa envie nuestra felicidad y admire sus virtudes, antes que sea envidiosa de sus victorias y conquistas.

Acoged, ó Dios mio, con benignidad unos votos y ruegos tan afectuosos y tan justos, y que estas gracias temporales sean para nosotros una prenda segura de las que nos preparais en la eternidad. Amen.

# SERMON

SOBRE

## LAS VIRTUDES Y LOS VICIOS DE LOS GRANDES.

Ostendit ei omnia regna mundi et gloriam eorum; et dixit ei: hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.

*El demonio mostró á Jesucristo todos los reinos del mundo y toda la gloria que encierran, y le dijo: todo esto te daré si postrándote á mis pies me adorareis. (Matth. IV, 8, 9).*

SEÑOR,

Uno de los lazos mas peligrosos que ha empleado el demonio para apoderarse de los hombres ha sido siempre el de la prosperidad humana. Sabe que el amor de la gloria y de la elevacion nos es tan natural, que todo lo aventura para conseguir las, y que el uso de ellas es tan seductor, que nada es mas raro

( 287 )

que la piedad junta con la grandeza y el poder.

Sin embargo, hermanos míos, solo Dios es quien eleva los grandes y los poderosos; que os coloca sobre los demás para que seais los padres de los pueblos, el consuelo de los afligidos, el asilo de los débiles, los apoyos de la Iglesia, los protectores de la virtud, y el modelo de todos los fieles.

Permitid pues, hermanos míos, que conforme al espíritu de nuestro Evangelio, os exponga aquí los peligros y las ventajas de vuestro estado; y que antes de entrar en el pormenor de las obligaciones de la vida cristiana, de que debo hablaros durante estos dias de salud, os señale casi á la entrada de esta carrera los obstáculos y las facilidades que os presenta para cumplirlas, la elevacion en que la providencia os ha hecho nacer.

Confieso que hay grandes tentaciones inherentes á vuestro estado; pero tambien se hallan en él grandes recursos; el nacimiento parece que da mas pasiones que al resto de los hombres; pero tambien se pueden practicar mas virtudes;

los vicios tienen en tal estado mas consecuencias; pero tambien la piedad es mas útil en él; en una palabra, los grandes y poderosos son mas culpables que el pueblo, cuando en su estado olvidan á Dios; pero tambien tienen mucho mas mérito cuando son fieles.

Me propongo pues hoy representaros los grandes bienes ó los grandes males que son siempre consecuencias de vuestras virtudes ó de vuestros vicios; haceros palpar lo que influye en el bien ó en el mal la elevacion en que habeis nacido, y en fin haceros odioso el desorden, manifestándoos los males inexplicables que vuestras pasiones acarrear tras sí; así como por el contrario, cuanto amable es la piedad por las utilidades incomprendibles que se siguen siempre de vuestros buenos ejemplos. No bastaría señalaros los peligros de vuestro estado; porque tambien es menester descubrir las ventajas. La cátedra cristiana combate ordinariamente la grandeza y la gloria del siglo; pero seria inútil hablaros sin cesar de vuestros males, si al mismo tiempo no se os presentasen

los remedios. Estas dos verdades me propongo reunir en este discurso, exponiéndoos cuales son las consecuencias infinitas de los vicios de los grandes y de los poderosos, y cuales las utilidades inapreciables de sus virtudes.

Ave, Maria.

#### PRIMERA PARTE.

Á los que estan en la elevacion está reservado un juicio severísimo, dice el Espíritu de Dios, pues se tendrá misericordia con los pobres y pequeños; pero el Señor desplegará todo el poder de su brazo para castigar los grandes y los poderosos: *Exiguo conceditur misericordia; potentes autem potenter tormenta patientur* (Sap. VI, 7).

No es esto, hermanos míos, porque el Señor desprecie los grandes y los poderosos como dice la Escritura, pues que él mismo es poderoso, ni porque la clase y la elevacion sean para él títulos odiosos que alejen sus gracias y nos hagan, casi por sí solos, criminales; pues no hay en él acepcion de personas;

es el señor de los cedros del Líbano, como del hisopo que crece en los valles mas hondos; hace que salga el sol sobre los montes mas elevados, lo mismo que en los parages mas bajos y mas oscuros; ha formado los astros del cielo y los gusanos que se arrastran sobre la tierra; y los grandes aun son las imágenes mas naturales de su grandeza y de su gloria, los ministros de su autoridad, y los canales de sus liberalidades y de su magnificencia. No vengo, pues hermanos míos, á pronunciar, segun el lenguaje ordinario, anátema contra las grandezas humanas y á imputaros á crimen vuestro estado, pues que este viene de Dios, y no se trata tanto de exagerar sus peligros, cuanto de manifestaros los medios infinitos de salud inherentes á la elevacion en que la providencia os hizo nacer.

Pero digo, hermanos míos, que los pecados de los grandes y de los poderosos tienen dos caracteres de enormidad que los hacen infinitamente mas dignos de castigo delante de Dios, que los pecados del comun de los fieles, el

primero el escándalo y el segundo la ingratitud.

El escándalo. No hay crimen hermanos míos, que menos deba esperar el perdon, segun el Evangelio, que el de ser un motivo de caída á nuestros hermanos: *desgraciado el hombre que escandaliza*, dice Jesucristo; *mas le valdria ser arrojado al fondo del mar que el ser ocasion de pérdida y de escándalo para el menor de mis discípulos* (Matt. XVIII, 6, 7). primeramente, porque perdeis un alma que debia gozar eternamente de Dios; en segundo lugar, porque haceis que perezca vuestro hermano por quien murió Jesucristo: en tercero, porque os haceis el ministro de las intenciones del demonio para perder las almas; en cuarto, porque sois aquel hombre de pecado, aquel antecristo de que habla el Apóstol, pues Jesucristo salvó al hombre y vosotros le perdeis; Jesucristo formó verdaderos adoradores de su padre y vos se los quitais; Jesucristo nos rescató con su sangre y vosotros le privais de su conquista; Jesucristo es el médico de las almas y

vosotros los corruptores; él es su camino y vosotros su lazo; él es el pastor que ha venido en busca de las ovejas que perecían, y vosotros los lobos devoradores que perdeis y matais las que su padre les había dado: en quinto, en fin, porque todos los demas pecados mueren, por decirlo así, con el pecador; pero el fruto de los escándalos del grande y del poderoso serán inmortales, sobrevivirán á sus cenizas, subsistirán despues de ellos, y sus crímenes no bajarán con ellos al sepulcro de sus padres.

Achan fué castigado con tanto rigor, únicamente por haberse apropiado una regla de oro entre los despojos que el Señor había destinado para sí. ¿Cual será pues, ó Dios mio, el castigo de aquel que roba á Jesucristo una alma que era su precioso despojo, redimida no con plata ni oro, sino con toda la sangre divina del cordero sin mancha? El becerro de oro fué hecho polvo por haber sido motivo de la prevaricación de Israel, y todo el esplendor que acompaña á los grandes y poderosos,

¿ó Dios mio! ¿los defenderia de vuestra ira, desde el punto de su elevacion no sirve sino de ocasion y motivo de idolatría y perdicion para vuestro pueblo? La misma serpiente de metal, monumento sagrado de las misericordias del Señor para con Judá, fué hecha pedazos por haber dado escándalo á las tribus, y el pecador tan odioso ya por sus propios crímenes ¿será perdonado, gran Dios, cuando se convierte en un lazo y en piedra de escándalo para sus hermanos? Pues, hermanos míos, vos á quienes la clase y el nacimiento elevan sobre el comun de los fieles, ved aquí el primer carácter que siempre acompaña vuestros pecados, el escándalo. Las almas vulgares y oscuras solo viven para sí, porque confundidas en la muchedumbre y ocultas á los ojos de los hombres por la bajeza de su destino, solo tienen á Dios por testigo secreto de sus acciones y por expectador invisible de sus tropiezos; si caen ó si permanecen firmes, el Señor es únicamente quien las ve y las juzga; pues el mundo

que ignora hasta sus nombres, no está más instruido de sus ejemplos; y así su vida no tiene consecuencia, pueden caer, pero sus caídas no arrastran tras sí á otros; y si no se salvan, á lo menos su pérdida se limita á ellas y no pasa á ser la de sus hermanos.

Pero los que han nacido en la elevación son como una especie de espectáculo público al que todos atienden, son casas edificadas sobre el monte que no pueden ocultarse, descubriéndose por solo su situación; son unas hogueras encendidas que llevan consigo por todas partes el esplendor que las descubre y manifiesta. La desgracia de la grandeza y de las dignidades es de no vivir ya para sí solos; porque á vuestra pérdida ó á vuestra salud, ó grandes de la tierra, es inherente la una ó la otra de cuantos os rodean; vuestras costumbres forman las públicas, vuestros ejemplos sirven de regla á la muchedumbre; vuestras acciones tienen el mismo esplendor que vuestros títulos; ya no podeis extraviaros sin que lo sepa el público; y

el escándalo es siempre el triste privilegio que vuestra clase añade á vuestras faltas.

Decimos el escándalo, en primer lugar de imitación. Los hombres siempre imitan gustosos el mal; pero particularmente cuando se les proponen grandes ejemplos, pues hallan entonces una especie de vanidad en sus descarríos, porque por ellos se os parecen; el pueblo considera ser de buen tono el caminar en pos de vosotros; la ciudad cree honrarse adoptando todo lo malo de la corte; vuestras costumbres forman un veneno que se extiende á los pueblos y á las provincias, que infesta todos los estados, que muda las costumbres públicas que da á la licencia el aire de nobleza y de buen gusto; y que sustituye á la sencillez de vuestros padres y á la inocencia de las costumbres antiguas, la novedad de vuestros placeres, de vuestro lujo, de vuestras profusiones y de vuestras indecencias profanas. Así es como de vosotros pasan al pueblo las modas inmodestas, la vanidad de los adornos; los artificios que deshonran

un semblante en que solo debia manifestarse el pudor, el furor del juego, la liviandad de costumbres, la licencia de las conversaciones, la libertad de las pasiones y toda la corrupcion de nuestros iglo.

¿Y de donde creéis, hermanos míos, que proviene esta licencia desenfadada que reina en los pueblos? Los que viven en las provincias mas lejanas, separados de vosotros, todavía conservan algunos restos de la antigua sencillez y de la primitiva inocencia, y viven en una feliz ignorancia de la mayor parte de los abusos, que por vuestro mal ejemplo, se han convertido en leyes. Pero aquellas provincias mas cercanas á vosotros son las mas corrompidas; la inocencia se altera mas en ellas, los abusos son mas comunes, y la ciencia de vuestras costumbres y de vuestros usos es su mayor crimen. Desde que los gefes de las tribus entraron en las tiendas de las hijas de Madian, todo Judá prevaricó, y se hallaron poco que se libertasen de la iniquidad comun. ¡Gran Dios! Cuan terrible será algun dia la

cuenta que tendrán que dar los ricos y los poderosos; porque ademas de sus infinitas pasiones, serán tambien responsables ante vos de los desórdenes públicos, de la depravacion de las costumbres, de la corrupcion de su siglo; y serán crímenes suyos los pecados de los pueblos.

Lo segundo es un escándalo de complacencia. Se quiere agradaros con imitaros, y así vuestros inferiores, vuestras hechuras y vuestros esclavos, imitándoos en sus costumbres, encuentran un medio para conseguir vuestra benevolencia, y copian vuestros vicios, porque se los reputais como virtudes. Adoptan vuestros gustos para ganar vuestra confianza; se esmeran á porfía, ó para seguiros ó para aventajarse á vosotros, porque solo amais en ellos lo que os parece. ¡Hay, hermanos míos, cuantas almas débiles nacidas con disposiciones virtuosas, y que distantes de vosotros habrian encontrado en ellas inclinaciones favorables á la salvacion, han hallado, en la obligacion de imi-

taros en que los puso su fortuna, el lazo de su inocencia!

En tercer lugar, un escándalo de impiedad. Vos no podeis reprender á los que dependen de vosotros, los abusos y excesos que cometeis; y asi, estais precisados á tolerarles lo que vosotros mismos no quereis dejar de hacer, siendo necesario desentenderse de los desórdenes que se autorizan con las propias costumbres, y perdonar á los que os imitan, por temor de condenaros á vosotros mismos. Una muger mundana y únicamente ocupada en agradar, comunica á todos sus criados un tono de licencia y descaro; de manera que su casa es un escollo de que nunca sale intacta la inocencia, pues cada uno imita en el interior las pasiones de que hace gala por fuera; y es preciso que ella disimule estos desarreglos, porque sus costumbres no la permiten la censura. Bien lo sabeis, hermanos míos, y la dignidad de la cátedra del Espíritu Santo no permite el decirlo: ¿que desórden no hay en esas casas destinadas y abiertas á un

juego perpetuo para esa muchedumbre de criados que la vanidad ha multiplicado sin límites? ¿Cuan caro cuestan vuestros placeres á esos desgraciados, que no estando á vuestra vista y no teniendo freno que los contenga; tratan de ocupar la ociosidad en que vuestras diversiones los dejan, y creen autorizadas con vuestros ejemplos las inclinaciones desarregladas que tienen, por la bajeza de su educacion y por una sangre vil y despreciable! ¡O Dios mio! Si el que no tiene cuidado de los suyos es para con vos peor que un infiel, ¿cual será el crimen del que los escandaliza y les hace tropezar con la muerte y la condenacion donde debieron hallar socorros de salud y el asilo de su inocencia?

Lo cuarto, un escándalo de oficio y de necesidad. ¿Cuantos desgraciados se pierden por servir á vuestros placeres y á vuestras pasiones injustas? Las artes peligrosas se mantienen solo por vosotros; no se han edificado los teatros sino para entretener vuestros ocios criminales; no resuenan por todas partes las músicas profanas ni corrompen tantos

corazones , sino para lisonjear la corrupcion del vuestro; y las obras funestas á la inocencia, solo pasarán á la posteridad mas remota á favor de vuestros nombres y de vuestra proteccion. Vosotros solos sois, hermanos míos, los que dais al mundo poetas lascivos, autores perniciosos y autores profanos; y estos corrompedores de las costumbres públicas perfeccionan sus talentos para agradaros, y buscan su elevacion y su fortuna en un éxito que solo tiene por objeto la pérdida de las almas; y vosotros solos los protegeis, los recompensais, los presentais al público, y aun los quitais, honrándolos con vuestra amistad, aquel carácter de vergüenza y de infamia que las leyes de la Iglesia y del estado les habian dejado, y que los deshouraba ante los hombres.

Asi es como por vuestro medio los pueblos participan de estos desórdenes, como este veneno infesta las ciudades y las provincias, como estos placeres públicos son el origen de la miseria y de la licencia, como tantas víctimas desgraciadas renuncian al pudor por servir

á vuestros placeres; y queriendo mejorar la medianía de sus haberes con el uso de talentos, que solo vuestras pasiones han hecho útiles y recomendables, se presentan en teatros criminales á cantar las pasiones para lisonjear las vuestras; á perecer para agradaros; á perder su inocencia, haciendo que la pierdan los que las escuchan; á ser escollos públicos y el escándalo de la religion; y aun á introducir la desventura y la disension en vuestras familias y á castigaros, ó muger mundana, por el apoyo y crédito que les dais con vuestra presencia y vuestros aplausos, haciéndoos el objeto criminal de la pasión y de la mala conducta de vuestros hijos, y participando quizá del corazon de vuestro marido, y arruinando sus negocios y sus intereses sin recurso.

Lo quinto, un escándalo de duracion. Como si fuese poco, hermanos míos, el que la corrupcion de nuestros tiempos sea casi únicamente la obra de los grandes y de los poderosos; los siglos futuros les deberán quizá tambien una parte de su licencia y de sus desórdenes. Estos

poetas profanos que solo han nacido por vuestra ocasion , corromperán tambien los corazones en las edades siguientes ; estos autores peligrosos que honrais con vuestra proteccion llegarán á las manos de nuestros nietos , y vuestros crímenes se multiplicarán con la cizaña peligrosa que contienen y que se comunicará de una edad á otra. Aun vuestras pasiones , despues de haber sido un escándalo , lo serán tambien , inmortalizadas en las historias para los siglos siguientes. La lectura de vuestros extravíos que pasarán á la posteridad , formará todavía imitadores despues de vuestra muerte , en la relacion de vuestras aventuras se buscarán todavía lecciones para el crimen ; y vuestros desórdenes no morirán con vosotros. Los delitos de Salomon sirven aun para las blasfemias y escarnios de los impios , y son motivos de seguridad para el libertinage ; y el acaloramiento de la muger de Putifar ha llegado hasta nosotros y su clase ha inmortalizado su flaqueza. Este es el destino de los vicios y de las pasiones de los grandes y de los poderosos , el de

no vivir para solo su siglo sino para los futuros ; de manera que la duracion de su escándalo no tiene mas límites que la de su nombre.

Vosotros mismos , lo sabeis hermanos míos , ¿ no se leen diariamente todavía hoy con un nuevo peligro aquellas memorias escandalosas escritas en el siglo de nuestros padres , que han conservado hasta ahora los desórdenes de las cortes precedentes , é inmortalizado las pasiones de los principales personajes que las componian ? Los desarreglos de un pueblo oscuro y de los demas hombres que vivian entonces , se sepultaron en el olvido ; sus pasiones se acabaron con ellos ; sus vicios oscuros como sus nombres no fueron materia de la historia ; y para nosotros jamas han existido ; y así cuanto nos queda de los tiempos pasados , son los descarrios de los hombres distinguidos en su siglo por su clase y nacimiento ; y sus pasiones las que todos los dias inspiran otras nuevas con la simplicidad del estilo y la licencia de los escritores que nos las han conservado ; de modo que el único privilegio

de su condicion es que asi como los vicios de los demas se acabaron con ellos, los de los grandes y los poderosos renacen, por decirlo asi, de sus cenizas, pasan de edad en edad, se gravan en los monumentos públicos, y nunca se borran de la memoria de los hombres. ¡Que crímenes, gran Dios, los que escandalizan todos los siglos, son el escollo de todos los estados y servirán, hasta el fin, de atractivo al vicio, de pretexto al pecador y de modelo al desarreglo y á la licencia!

Por último, un escándalo de seducción; porque vuestros ejemplos hacen despreciable la virtud honrando el vicio; y la vida cristiana es motivo de vergüenza como era ridícula á vuestra presencia, á la cual es preciso ocultar como cosa demasiado comun, y como una extravagancia que deshonra, el exterior de la piedad. Muchos, excitados por Dios únicamente resisten á su gracia y á su espíritu por miedo de perder para con vosotros aquella confianza que les ha proporcionado la compañía de vuestros placeres. ¡Cuantos disgustados del mun-

do no se atreven á manifestarlo y volverse á Dios por no exponerse á vuestras burlas insensatas, y continuan imitando vuestras costumbres y vuestros placeres, cuya ilusion les habia quitado la gracia, y hacen por complacencia é injustas consideraciones á vuestra dignidad, mil cosas en que no pensarian por su propio gusto y por su meva fe!

No hablamos, hermanos míos, de aquellas preocupaciones contra la virtud que perpetuais en el mundo; de aquellos lastimosos discursos contra los buenos, que apoya vuestra autoridad, y que de vosotros pasan hasta el pueblo, y mantienen en todos los estados aquellas rancias preocupaciones contra la piedad, y aquellas burlas perpetuas que confirmando á los pecadores en el vicio, quitan á la virtud toda su dignidad.

Y por esto, hermanos míos, ¡cuantos justos son seducidos y cuantos débiles caen! cuantas almas vacilantes se mantienen en el desorden, y cuantos impios y libertinos se tranquilizan! Cuan grandes obstáculos oponeis para que nuestro ministerio saque fruto! Cuan-

tos corazones dispuestos en algun modo, no se resisten á la fuerza de la verdad que les anunciamos, sino por los muchos vínculos que las unen á vuestras costumbres y á vuestros placeres, y en estos no se encuentran sino únicamente á vosotros que les servis como de muralla y de escudo contra la gracia! Dios mio, que calamidad para un siglo y que desgracia para los pueblos es un grande, segun el mundo, que ni os teme ni os conoce, y que desprecia vuestras leyes y vuestros decretos eternos! Es un don que haceis á los hombres en vuestra cólera, y la señal mas terrible de vuestra indignacion contra las ciudades y los reinos.

Si, hermanos míos, esto sois cuando no perteneceis á Dios, y tal es el primer carácter de vuestras faltas, el escándalo. Vuestro destino decide por lo comun del de los pueblos; porque los desórdenes de los inferiores son siempre la consecuencia de los vuestros; y los pecados de Jacob, esto es, del pueblo de las tribus, dice el profeta, no proviene sino de Samaria, residencia de los gran-

des y de los poderosos: *Quod scelus Jacob, nonne Samaria?* (Mich. 1, 5.)

Pero cuando el escándalo inseparable de los pecados de los grandes y de los poderosos no aumentase un nuevo grado de enormidad que les es privativo, la ingratitud que forma el segundo carácter, bastaria para que mereciesen aquel abandono en que los deja Dios cuando cierra para siempre sus entrañas á la bondad y á la misericordia.

Decimos la ingratitud, hermanos míos, porque Dios os ha preferido á tantos desgraciados que gimen en la oscuridad y en la indigencia, os ha elevado y hecho nacer en el esplendor y en la abundancia, os ha escogido de entre todo el pueblo para colmaros de beneficios; ha reunido en vosotros solos los bienes, las honras, los títulos, las distinciones y todas las ventajas del mundo; parece que su providencia únicamente cuida de vosotros solos, mientras que tantos desgraciados comen el pan de tribulacion y de amargura; parece que la tierra solo produce y que el sol solo sale y se pone para vosotros; que aun el

resto de los hombres solo han nacido para vosotros y para servir á vuestra grandeza y á vuestros usos; parece que el Señor solo se ocupa con vosotros, mientras que se desatiende á tantos que viven en la oscuridad, cuya vida es de dolor y de miseria, y para quienes parece que no hay Dios en el mundo: sin embargo volveis contra Dios cuanto os ha dado; vuestra abundancia sirve para vuestras pasiones; vuestra elevacion os facilita los placeres, y los beneficios de Dios los convertis en crímenes.

Si, hermanos míos, entretanto que mil desgraciados sobre quienes carga la mano de Dios con tanto rigor; que un populacho oscuro para quien la vida es siempre dura y triste invoca al Señor, le bendice, levanta hácia él las manos con un corazon sencillo, le mira como á su padre y le da señales de una piedad candorosa y de una religion sincera; vosotros, hermanos míos, á quienes llena de beneficios, para quienes parece se hizo todo el universo, no le conocéis, no os dignais levantar la vista hácia él; ni siquiera pensais si hay un Dios superior á

vosotros, que gobierna el mundo; y vosotros, en vez de darle gracias le pagais con ultrages; y así la religion solo se queda para el pueblo.

¡ Hay, hermanos míos, os parece tan feo y tan indigno el que aquellos que os deben su fortuna, os olviden, os desconozcan, se declaren contra vosotros, y no usen del crédito que os deben sino para alejaros y destruirlos! Pero no hacen sino pagaros lo que vosotros haceis con Dios. ¿Vuestra elevacion no es acaso obra suya? No es únicamente su mano la que ha separado de la muchedumbre vuestros ascendientes, y los ha colocado al frente de los pueblos? No es la disposicion de la Providencia solamente la que os ha hecho nacer de una sangre ilustre para tener de repente, al nacer, y sin que nada os costase, lo que no hubiéseis podido esperar ni de una larga vida de cuidados y de trabajos? Que teniais vosotros para con él que no tuviesen tantos desgraciados que ha dejado en la miseria? ¡ Ah si solo hubiera atendido á las dotes naturales del ánimo, á la rectitud, al pudor, á la inocencia y á la modestia, ¿cuantas

almas oscuras que nacieron con todas estas virtudes, habrian debido seros preferidas, y ocupar vuestro lugar? Si solo hubiera consultado el uso que algun dia habiais de hacer de sus beneficios, ¿cuantos desgraciados en la misma situacion en que os hallais, hubieran sido el ejemplo de los pueblos, los protectores de la virtud, y hubieran glorificado al Señor en su abundancia, cuando en su misma indigencia le invocan y le bendicen; en vez que vosotros haceis que se le blasfeme, y que vuestro ejemplo sea una seduccion para su pueblo?

Y sin embargo, vosotros fuisteis los elegidos y ellos son los desechados; los humilla, y os eleva, siendo para ellos un dueño duro y severo y para vosotros un padre liberal y magnífico. ¿Que mas podia hacer para obligaros á servirle y serle fieles? Que cosa hay mas poderosa que los beneficios para ganar los corazones y tener seguros los homenajes? De vos solo, Señor, vienen la magnificencia que me rodea, decia David en el tiempo de su prosperidad, la gloria de mi nombre, el poder á que he

subido, y es justo, ó Dios mio, glorificaros por vuestros dones, medir lo que os debo por lo que habeis hecho para mí, y hacer servir á vuestra gloria mi elevacion y cuanto soy: *Tua est, Domine, magnificentia, et potentia, et gloria.. Nunc igitur, Deus noster confitemur tibi, et laudamus nomen tuum inclytum* (Paral. XXIX, 11, 13).

Y sin embargo, hermanos míos, cuantos mas beneficios os ha hecho, tanto mas ingratos le sois. Los ricos y los poderosos son los que viven en este mundo sin otro Dios que sus injustos placeres. Vosotros sois los únicos que le disputais los homenajes mas leves, que creéis estar dispensados de cuanto tiene su ley de penoso y severo; que únicamente pensais haber nacido para gozar, para que sus beneficios sirvan á vuestras pasiones, y que dejais al pueblo sencillo el cuidado del servicio de Dios; de darle gracias y de observar religiosamente los preceptos de su santa ley.

Asi es, hermanos míos, que frecuentemente el pueblo le adora y vosotros le ultrajais; aquel le aplaca y vosotros le

irritais, él le invoca y vosotros ni aun os acordais de él; el pueblo le sirve con zelo, y vosotros despreciáis sus servidores; aquel levanta continuamente sus manos hácia él, y vosotros dudais hasta de su existencia; siendo solamente vosotros los que experimentais los efectos de su liberalidad y de su poder; de modo que sus castigos le forman adoradores, y sus beneficios solo le producen el escarnio y los ultrages.

Decimos sus beneficios, hermanos míos, porque no los ha limitado todos, en cuanto á vosotros, á los bienes exteriores de la fortuna; pues ademas os ha hecho nacer con disposiciones mas favorables para la virtud que al pueblo sencillo, como son un corazón mas noble y mas elevado, inclinaciones mas felices, sentimientos mas dignos de la grandeza de la fe, mas talento, mas elevacion, mas conocimientos, mas instruccion, y mas gusto para lo bueno. Vosotros habeis recibido de la naturaleza aquellas inclinaciones dichasas que se comunican con la sangre, pasiones mas suaves, costumbres mas cultivadas, de-

coro que mas se acerca á la virtud, aquella cortesania que dulcifica el genio; aquella dignidad que contiene los ímpetus del temperamento, y aquella humanidad que hace á los hombres mas sensibles á las impresiones de la gracia. ¿ De cuantos beneficios pues abusais hermanos míos, cuando no vivis bien? ¿ Cuan grande monstruo de ingratitud es un grande colmado de honor y de prosperidad, que nunca dirige su vista al cielo para adorar la mano de quien ha recibido tantos bienes! ¿ Y de donde creais, hermanos míos, que provienen tambien las calamidades públicas y el azote que aflige á las ciudades y á las provincias? Solo para castigar el uso injusto que haceis de la abundancia, esteriliza Dios, algunas veces, las tierras y los campos; porque indignada su justicia porque empleais contra él sus propios beneficios; priva de ellos á vuestras pasiones; extiende su indignacion sobre el mundo; permite guerras y disensiones; destruye vuestras haciendas; acaba vuestras familias, secando la raiz de vuestra posteridad; hace que pasen

á manos extrañas vuestros títulos y vuestras posesiones, y hace de vosotros ejemplos ruidosos de la inconstancia de las cosas humanas y monumentos anticipados de su cólera contra los corazones ingratos é insensibles á los cuidados paternales de su providencia.

El escándalo y la ingratitud son, hermanos míos, los dos caracteres inseparables de vuestros pecados; y esto es lo que sois no siendo fieles á Dios, y quizá no habeis pensado en ello. Siendo culpables no podeis serlo medianamente, pues aunque las pasiones son las mismas en los poderosos que en el pueblo, pero el crimen no es igual ni con mucho, porque frecuentemente uno solo vuestro causa mas desgracias y tiene para con Dios consecuencias mas terribles y mas trascendentales que una vida entera de iniquidad en un hombre oscuro y vulgar. Pero, tambien hermanos míos, vuestras virtudes tienen igual compensacion y el mismo destino, y esto es lo que me queda que decir en la última parte de este discurso.

## SEGUNDA PARTE.

Si el escándalo y la ingratitud son consecuencias inseparables de los vicios y de las pasiones de los grandes, tambien sus virtudes tienen dos caracteres particulares que les hacen infinitamente mas agradables á Dios que las del comun de los fieles; en primer lugar por el ejemplo, y en segundo por la autoridad. Esta es, hermanos míos, una verdad bien consoladora para vosotros, á quienes la providencia ha hecho nacer en la elevacion, y es muy capaz de estimularos para que sirvais á Dios y de hacer os amable la virtud; porque seria engañaros el considerar el estado en que habeis nacido como un obstáculo para la salvacion y para el cumplimiento de las obligaciones que os impone la religion. Confesamos que en él son mas peligrosos los escollos, y las tentaciones mas vivas y mas frecuentes que en un destino mas oscuro; y al señalaros las ventajas que podeis hallar en la elevacion para la salvacion eterna, no pre-

tendemos disimularos los peligros de aquella, que el mismo Jesucristo nos ha demostrado en el Evangelio.

Únicamente queremos probar esta verdad, que podeis hacer mas por Dios que el pueblo sencillo, que la religion saca muchas mayores ventajas de la piedad de un grande que de casi todo un pueblo de fieles, y que sois tanto mas culpables cuando faltais á Dios, quanto le resultaria mas gloria de vuestra fidelidad y resultarian de vuestras virtudes consecuencias de mayor extension para la utilidad de la iglesia y para la edificacion de los fieles.

La primera el ejemplo. Un hombre del pueblo que teme á Dios, solo le da gloria en su corazon, es un hijo de la luz que camina, por decirlo asi, en las tinieblas, le presta homenages pero no se los atrae, encerrado en la oscuridad de su fortuna, solo vive á la presencia de Dios, desea que su nombre sea glorificado y con sus deseos le tributa la gloria que no puede por sus ejemplos; sus virtudes son útiles á su salvacion, pero como perdidas para la de sus

hermanos: y es en este mundo como aquel tesoro oculto en la tierra, que la sangre de Jesucristo encierra sin que lo sepa, y del cual no hace uso alguno.

Pero en quanto á vosotros, hermanos míos, cuya vida está expuesta á la vista del público, y á la censura de todos los pueblos, los ejemplos de vuestra virtud brillan tanto como vuestros nombres; derramais el buen olor de Jesucristo por todas partes donde llega el de vuestra clase y el de vuestros títulos; haceis que el nombre del Señor sea glorificado, donde quiera que se conoce el vuestro; la elevacion misma que enseña á los hombres lo que sois en el mundo, les dice tambien lo que haceis para el cielo: las ventajas naturales en vosotros manifiestan por todas partes las maravillas de la gracia; y los pueblos, las ciudades y las provincias que oyen continuamente repetir vuestros nombres, conocen que se despiertan con estos la idea de virtud que vuestros ejemplos han unido á ellos. Vosotros honrais la piedad en el espíritu del público, la predicais á los que no conoceis, sois, segun el profeta,

como una bandera de virtud levantada en medio de los pueblos : todo un reino os considera y habla de vuestros ejemplos; y aun en las cortes extrangeras es vuestra piedad un acontecimiento tan conocido como vuestro nacimiento. La fama de la sabiduría de Salomon habia llegado á todas las cortes del Oriente, dice la Escritura; y la de Ethan, Ezrahite, Heman y Calcol, los principales hijos de Mahol, era conocida en Jerusalem, á pesar de la distancia de los pueblos en que vivian tan lejos de la Palestina.

¡ Cuanto atractivo de virtud para los pueblos en este estado ! Primeramente, los grandes modelos llaman mucho mas la atencion, y la piedad es imitada de los pueblos, cuando el ejemplo de los grandes la autoriza. En segundo lugar, la idea de debilidad que los hombres creen inherente á la virtud se desvanece, luego que se halla ennoblecida con vuestros nombres, y que se la puede honrar con vuestros ejemplos. En tercer lugar, la modestia y la frugalidad nada tienen ya de vergonzoso para los demas

hombres, cuando vuestros ejemplos les hacen ver patentemente que se puede ser grande y modesto, y que el evitar el lujo y la profusion no solo no es un oprobio para los inferiores, sino que da una nueva dignidad á la elevacion y al nacimiento. En cuarto lugar; ¡ cuantas almas débiles se abochornarian de la virtud, que vuestros ejemplos reaniman, y no se avergüenzan ya de marchar en pos de vosotros, y que aun les es muy lisonjero seguir vuestras huellas ! En quinto lugar, cuantos hombres demasiado adheridos aun á los intereses terrestres, temerian que su piedad no fuese un obstáculo para su elevacion, y hallarian quizá en aquella tentacion el escollo de todos sus buenos deseos de penitencia, si, viéndoos, no se convenciesen que la piedad para todo es buena, y que haciéndose dignos de las gracias del cielo, no por eso son desmerecedores de las del mundo ! En sexto lugar, vuestros inferiores, vuestras hechuras, vuestros esclavos y por fin todos cuantos dependen de vosotros, hallan la virtud mucho mas amable,

desde el momento que ven que es el mejor medio para agradaros, y que los mismos progresos que hacen en la piedad van á la par con los que hacen en vuestra confianza y estimacion.

Últimamente, hermanos míos, cuan honroso es para la religion, cuando puede dar una prueba de que tambien sabe formar justos que desprecien los honores, las dignidades y las riquezas; que viven en medio de las prosperidades sin que les deslumbren; que han subido á los primeros empleos sin perder de vista los bienes eternos; que lo poseen todo como si nada tuviesen; que son mas grandes que el mundo entero, y miran con desprecio todas las grandezas de la tierra, cuando son un obstáculo para alcanzar las promesas que la fe promete en el cielo! Que confusion para los impios el conocer que la virtud no es el último recurso, viéndose marchar por el camino de la salvacion en medio de todas las prosperidades humanas, y que en vano procuran persuadirse que solo se recurre á Dios á falta del mundo; puesto que colma-

dos de los favores terrestres, no dejais de amar el oprobio de Jesucristo! Que consuelo aun para nuestro ministerio podernos valer de vuestros ejemplos, en la cátedra del Espíritu santo, para confundir á los pecadores de clases subalternas, el citarles vuestras virtudes para que se avergüencen de sus crímenes, de poderlos confundir por todos los vanos pretextos que nos oponen, alegándoles vuestra fidelidad á la ley de Dios; manifestarles que los peligros en que se ven no son mayores que los vuestros: que los objetos de las pasiones á que estan expuestos por su género de vida, son menos seductores; que el mundo no les presenta mas atractivos ni mas ilusiones que á vosotros; que si la gracia puede formarse corazones fieles hasta en los palacios de los reyes, lo puede con mucha mayor razon en el tumulto de las ciudades y en casa de los ciudadanos y del magistrado; de manera que la salvacion se halla en todas partes, y que nuestra condicion no es un pretexto favorable á nuestras pasiones sino cuando la corrupcion de nuestro

corazon es la verdadera razon que la autoriza!

Si, hermanos mios, vuelvo á repetirlo, cuando servis á Dios, dais una nueva fuerza á nuestro ministerio, mas peso á las verdades que anunciamos á los pueblos, mas confianza á nuestro zelo, mas dignidad á la palabra de Jesucristo; mas crédito á nuestras censuras, mas consuelo á nuestros trabajos; y al contemplaros, encuentra el mundo la decision de las verdades de que habia dudado. ¡ Cuantos Bienes resultan pues á la Iglesia de vuestros ejemplos, hermanos mios! Acreditais la piedad, honrais la religion en el espíritu de los pueblos, estimulais á los justos de todas las profesiones, consolais á los siervos de Dios, derramais por todo el reino una fragancia de vida que confunde el vicio y autoriza la virtud; manteneis las reglas del Evangelio contra las máximas del mundo; se citan vuestros nombres en las ciudades y provincias mas distantes para reanimar á los débiles y aumentar el reino de Jesucristo, y los padres se los repiten á sus

hijos para excitarlos á la virtud, y sois, casi sin saberlo vosotros, el modelo de los pueblos, la conversacion de los niños, la edificacion de las familias y el ejemplo de todos los estados y profesiones. Apenas los principales de las tribus en el desierto, y las mugeres mas distinguidas presentaron á Moises sus adornos mas preciosos para la construccion del tabernáculo, todo el pueblo excitado por su ejemplo vino apresuradamente á ofrecer sus dones y presentes, siendo preciso que Moises pusiese un término á sus piadosos connatos y moderase el exceso de sus dádivas.

¡ Ah hermanos mios, y cuantos bienes, repito, pueden hacer á los pueblos vuestros ejemplos! Los placeres públicos desacreditados luego que vuestra presencia no los autoriza; las modas indecentes desaparecen si vosotros no las usais, igualmente que los usos peligrosos desde que los abandonais; y la fuente de todos los desórdenes se seca, si vosotros guardais la ley de Dios. Y de aquí ¡ cuantas almas se salvan! cuantas desgracias se evitan! cuantos crímenes se estorban

y cuantos males se impiden! Cuantos beneficios resultan á la religion con que una sola persona elevada en dignidad y grandeza viva segun la fe: y que regalo hace Dios al mundo, á un reino y á un pueblo, cuando le da grandes y poderosos que viven en su santo temor! Y aun cuando el único interes de vuestra alma no bastase, hermanos míos, para hacer os amable la virtud, el de tantas almas para quienes sois un motivo de salvacion viviendo segun Dios, ¿no deberia hacer os preferir el temor y el amor de su ley á todos los vanos placeres del mundo? Hay por ventura alguno mas dulce para un buen corazon que el ser un origen de salvacion y de bendicion para sus hermanos?

Y lo que aun es mas halagüeño para vosotros, hermanos míos, es que no vivis únicamente para vuestro siglo, sino que, segun llevo ya dicho, vuestros ejemplos pasarán á los siglos venideros; porque las virtudes de los fieles que viven en la oscuridad, se acaban, por decirlo así, con ellos, pero las vuestras se conservarán en nuestras histo-

rias con vuestros nombres. Seréis un modelo de piedad para nuestros descendientes, como lo habeis sido para vuestros contemporáneos; porque hallándose vuestros nombres unidos con los principales acontecimientos de los tiempos en que vivisteis, ya por vuestro nacimiento y ya por los empleos que ocupásteis, pasaréis con ellos á la posteridad. Las cortes que sucederán á la nuestra; hallarán tambien la historia de vuestras costumbres y santos ejemplos unida con la pública de nuestra época; acreditaréis tambien la piedad en las edades futuras; la memoria de vuestras virtudes conservada en vuestros anales servirá tambien en ellos de instruccion á vuestros descendientes cuando los lean; y algun dia se podrá decir de vosotros, como de aquellos hombres célebres llenos de gloria y de justicia de que habla la escritura, que vuestra piedad no se ha acabado con vosotros; que el recuerdo de vuestras virtudes pasará de edad en edad; que los pueblos referirán hasta el fin vuestra conducta y vuestros ejemplos; que la Iglesia publi-

cará vuestras alabanzas; y que los bienes que habeis hecho, y la opinion de vuestra vida se conservarán siempre entre vosotros, con los descendientes de vuestra sangre que lo serán de vuestra gloria, y que herederán vuestros nombres y títulos. *Quorum pietates non defuerunt; cum semine eorum permanent bona* (Ecc. XLIV, 10, 11.)

Pero aun hay mas, hermanos míos, el ejemplo convierte vuestras virtudes en un bien público, y este es su primer carácter; pero la autoridad que es el segundo, acaba y sostiene los innumerables bienes comenzados por vuestros ejemplos: y cuando hablamos de la autoridad, hermanos míos, quisiéramos explicar aquí la inmensidad que esta idea nos descubre en las consecuencias fecundas de la piedad de los grandes y de los potentados.

En primer lugar, la proteccion de la virtud; porque la que es tímida frecuentemente es oprimida ó por falta de valor para manifestarse, ó de proteccion para defenderse; y la virtud oscura es muchas veces menospreciada porque le falta

esplendor para los ojos sensuales; y el mundo gusta poder hacer un crimen á la piedad de la oscuridad de los que la practican. Pero desde que vosotros tomáis su partido, hermanos míos, ya no falta proteccion á la virtud; sois los intérpretes de los buenos para con el príncipe que ya por sí mismo favorece tambien la piedad, y los canales por donde pueden llegar todos los días al trono; poneis en los empleos hombres justos y virtuosos que son unos ejemplos públicos; manifestais los siervos de Dios, hombres llenos de instruccion, ciencia y virtudes, que hubieran permanecido en el olvido, y que á favor de vuestro apoyo y proteccion, se presentan en público, ponen en práctica sus talentos, enriquecen alguna vez la Iglesia con escritos santos y cristianos; contribuyen á la edificacion de los fieles, á la instruccion de los pueblos, y á la consumacion de los santos; enseñan las reglas de la virtud á los que las ignoran, las enseñarán á nuestros nietos, y transmitirán á los siglos futuros, con los monumentos piadosos de su zelo; los frutos

inmortales de nuestro amor para con los justos y de la protección con que habeis honrado la virtud.

¿Que podré añadir, hermanos míos? Vosotros sosteneis el zelo de los buenos en las empresas santas, y vuestra protección los estimula, haciendo que venzan todos los obstáculos con que el demonio estorba siempre las obras que deben glorificar á Dios y contribuir á la salvacion de las almas. ¡Cuantos establecimientos útiles que hoy tenemos y que son fuente de bendicion en la Iglesia, no se establecieron en otro tiempo sino por el crédito de algún personage, á quien Dios habia inspirado el proteger una obra de que algun dia habia de resultar tanta gloria para el Señor! Que intenciones tan piadosas y tan ventajosas para la Iglesia que se ejecutaron, se habrian desvanecido si la autoridad de un justo elevado en dignidad y protector de aquella, no hubiera allanado todos los caminos que parecian hacer imposible la ejecucion! Cuantos santos ministros de Jesucristo sostenidos en su ejercicio, que hubie-

ran cedido á las contradicciones, y privado asi el pueblo, por el retiro de aquellos, de sus instrucciones y ejemplos, si su virtud no hubiese hallado en la piedad de los grandes y de los poderosos una protección que les aseguraba la autoridad de su ministerio y la paz de su rebaño!

¿Que os diré aun, hermanos míos? vosotros haceis respetable la virtud con vuestros ejemplos á los que no gustan de ella, y nadie se avergüenza de ser cristiano, cuando de este modo puede parecerse á vosotros. Quitais á la impiedad aquel aire de confianza y de ostentacion en que se atreve á presentarse todos los dias, y el libertinage no es ya bien visto cuando lo desaprobais con vuestra conducta. Vosotros conservais en los pueblos la religion de vuestros padres y la fe para los siglos futuros; y basta muchas veces que un solo grande en el reino sea firme en la fe, para detener los progresos del error y de la novedad, y mantener en todo un estado la creencia de sus mayores. Solamente Ester conservó el pueblo y la ley de

Dios en un grande imperio. Solo Matias luchó á brazo partido y se sostuvo contra los altares extrangeros, é impidió que prevaleciesen las supersticiones en Judá; y la Francia debe la instruccion del Evangelio y el conocimiento de Jesucristo á la piedad de una santa princesa que conquistó para la fe, con el corazon de un esposo infiel, un reino que ha sido siempre despues el mas firme apoyo de ella y la parte mas pura y mas floreciente. ¡O hermanos míos, cuan grandes sois, cuando perteneceis á Jesucristo, y cuanto mayor es el esplendor y la dignidad de vuestro nacimiento y de vuestra elevacion en los frutos inmensos de vuestra piedad, que en el fasto de vuestras pasiones y en todo el vano aparato de las magnificencias humanas.

En segundo lugar, las recompensas de la virtud; porque vosotros la honrais concediéndola para la eleccion de los empleos que dependen de vosotros, las preferencias que se le deben, y no confiándolos sino á los que por su piedad merecen la confianza pública; no contando con la fidelidad de los subal-

ternos sino en cuanto son fieles á Dios, y buscando principalmente en los hombres la rectitud de conciencia y las buenas costumbres, sin lo que es equívoco el mérito de todos los demas talentos que son entonces dañosos ó inútiles.

Y obrando así, hermanos míos, resulta un nuevo bien para el público, porque, ¿que felicidad para un reino el que los buenos ocupen los primeros empleos, el que estos sean recompensa de la virtud; el que los negocios públicos se confien solamente á los que mas bien se ocupan de los intereses públicos, que de los suyos en particular, y que cuentan por nada todas las ganancias del universo entero, si con ellas llegaban á perder su alma?

¡Que ventaja para los pueblos, cuando hallan en sus jueces el mismo interes de padres; protectores de sus flaquezas en los árbitros de su destino; consoladores de sus penas, en los intérpretes de sus intereses! Cuantos abusos impedidos, y cuantas lágrimas enjugadas! Cuantas injusticias evitadas! Que paz en las familias y cuanto con-

suelo para los desgraciados! Que felicidad aun para la virtud, cuando los pueblos tienen la satisfaccion de verla colocada en los empleos, y cuando el mundo mismo, á pesar de lo que es, se alegra sin embargo de tener hombres honrados por defensores y por jueces! Que atractivo para la virtud cuando se ve que por ella se logran las gracias, y que ademas de lo que promete para la vida futura, tiene tambien en favor suyo las recompensas del mundo! *Promissionem habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.* (1 Tim. IV, 8.)

Y no digais, hermanos míos, que con recompensar la virtud no se corrigen los pecadores, y sí solo se aumentan los hipócritas. Bien sabemos hasta donde puede excitar á los hombres la pasión de elevarse, y cuanto pueden abusar de la religion para lograr sus fines; pero á lo menos precisais al vicio á que se oculte; á lo menos le quitais el brillo y la seguridad que le extiende y comunica; á lo menos conservais en los pueblos el exterior de la religion, multiplicais los ejemplos de piedad entre los

fieles; y si los desórdenes no se minoran, á lo menos los escándalos no son tan frecuentes.

Por último, las santas liberalidades de la virtud. Pero conozco que la materia me excita á dilatarme y ya es tiempo de concluir. Si, hermanos míos, todavía hay nuevos bienes para los pueblos en el uso cristiano y caritativo que de vuestras riquezas podeis hacer. Vosotros librais de asechanzas la inocencia, preparais asilos de penitencia á los criminales, haciendo la virtud amable á los desgraciados, por los recursos que encuentran en la vuestra; asegurais á los maridos la fidelidad de sus esposas, á los padres la salvacion de sus hijos, á los pastores la seguridad de su rebaño, la paz á las familias, el consuelo á los afligidos, la inocencia á la vida abandonada, un socorro al huérfano, al público el buen orden, y á todos el apoyo de su virtud ó el remedio de sus vicios.

Comprended ahora, hermanos míos, si podeis, cuales son los frutos inmensos de vuestra virtud y las grandes ventajas que de ella saca la Iglesia. ¡Cuan-

tos escándalos evitados! Cuantos crímenes prevenidos! Cuantos males públicos contenidos! Cuantos débiles conservados! Cuantos justos afianzados! ¡Cuantos pecadores convertidos! Cuantas almas retiradas del precipicio! Cuanto bien haceis, hermanos míos, cuando servís á Dios, á la gloria de la Iglesia, al engrandecimiento del reino de Jesucristo, al honor de la religion, á la consumacion de los santos y á la salvacion de todos los fieles! Cuantos escogidos de todas lenguas y tribus se hallarán algun dia en el cielo, que pondrán á vuestros pies su corona de inmortalidad, como para confesar públicamente que os la deben! Que consuelo para vosotros el poder decir interiormente, que sirviendo á Dios le ganais servidores, y que vuestra piedad es una fuente de bendiciones para los pueblos! Ah!, hermanos míos, si alguna cosa lisonjera tienen los grandes empleos, no son las vanas distinciones inherentes á ellos sino el que sirviendo á Dios pueden ser el origen de los bienes públicos, el apoyo de la religion, el consuelo de

la Iglesia, y los principales instrumentos de que Dios se sirve para el cumplimiento de sus intenciones misericordiosas para con los hombres.

! Cuanto perderéis, hermanos míos, no viviendo segun manda Dios! Cuanto pierde la Iglesia no contando con vosotros! Y cuanto perdemos nosotros cuando nos faltais! De cuantos beneficios privais á los fieles y de cuantos consuelos á vosotros mismos! Que alegría en el cielo por la conversion de un pecador elevado en el siglo! Cuan culpables sois, hermanos míos, cuando no vivís segun la ley de Dios, porque no podeis perderos ni salvaros solos! Os parecis ó al dragon de la Apocalipse que desde el cielo donde se hallaba en puesto eminente, cayó al abismo, llevándose tras sí la mayor parte de las estrellas, ó á la serpiente misteriosa de que habla Jesucristo, la cual elevada sobre la tierra, atrajo todo á sí venturosamente. Vosotros estais establecidos ó para la ruina ó para la salvacion de muchos, y sois ó plagas ó recursos públicos, ¡Ojalá, hermanos míos, que

podais conocer vuestros intereses; lo que sois en las intenciones de Dios; lo mucho que podeis ensalzar su gloria, lo que espera de vosotros, lo que igualmente espera la Iglesia, y lo que esperamos nosotros mismos! Ah, teneis formada una idea tan grande de vuestra clase y de vuestros empleos respecto al mundo! Pero, hermanos míos, permitidme que os lo diga, todavía no conocéis toda vuestra grandeza; no veis lo que sois sino á medias; aun sois mas grandes en respecto á la piedad; y los privilegios de vuestra virtud son mas lucidos y mas singulares que los de vuestros títulos. ¡Ojalá, hermanos míos, que cumplais del todo vuestro destino! Y vos, ó Dios mio, conmoved, durante estos dias de salud, á los grandes y á los poderosos con la fuerza de la verdad que poneis en nuestra boca; conquistad para vos unos corazones, cuya conquista os asegura la de todos los demas fieles; apiádaos de vuestros pueblos, santificando á los que vuestra Providencia ha puesto á su cabeza; salvad á Israel, salvando á los que la gobiernan; dad á vues-

tra Iglesia grandes ejemplos que perpetuan la virtud de edad en edad hasta las generaciones futuras, y ayuden hasta el fin á formar aquella congregacion inmortal de justos que os bendecirá en todos los siglos. Amen.

# DISCURSO

PRONUNCIADO

*En una Bendicion de Banderas del  
regimiento de Catinat.*

Posuerunt signa sua; et non cognoverunt sicut in exitu super summum.

*Pusieron sus banderas en el templo como una señal de su victoria, y no conocieron el objeto de aquella piadosa solemnidad. (P. LXXIII, 4, 5, ).*

No vengo al santuario de la paz á mezclar un discurso evangélico con una santa ceremonia para recordaros ideas de fuego y de sangre, ni para animaros á nuevas victorias con la memoria de las que habeis conseguido anteriormente. La palabra que vengo á anunciaros, lo es de reconciliacion y de vida destinada á reunir Griegos y Bárbaros; á que habiten juntos los leones, las águilas y los corderos, segun la expresion de un pre-

( 339 )

feta; á que vivan bajo un mismo gefe los hombres de todas las lenguas, tribus y naciones; á que se calmen las pasiones de los príncipes y de los pueblos, se confundan sus intereses, cesen sus envidias y se limite su ambicion; y á inspirar los mismos deseos á los que deben tener la misma esperanza, y si alguna vez esta palabra propone guerras y combates, estos son los de la gracia, y aquellas se terminan en el corazon.

Además, tengo muy presente que estoy hablando bajo el altar mismo del cordero que vino á pacificar el cielo y la tierra; en un templo consagrado al gefe de una legion santa, que supo preferir el culto de Jesucristo al de las estatuas del pecador, y abandonar con resolucion las águilas del imperio para seguir el estandarte de la cruz; y por fin, hablo á militares ilustres que solo conocen los peligros para arrastrarlos, y que se distinguen por mil acciones, mas bien que por el nombre del famoso general que se honran tener á su frente y por el mérito de quien los manda; esperando de mí, antes bien lecciones de

piedad que de valor, y consejos para hacer la guerra santamente, que exortaciones para hacerla bien.

Permitidme pues, Señores, que dejando lo material y las exterioridades de esta ceremonia, os descubre su espíritu; que sin profundizar lo que hay en ella de antiguo y curioso, me detenga en lo que pueda tener de útil, y que distante de ocuparos con la gloria de las armas y con el aprecio que los pueblos han hecho de ella, os hable de los peligros de este estado, y de los medios de adquirir en él una gloria inmortal y sólida.

En efecto, ¿porque pensais que las naciones mas bárbaras tuvieron siempre una especie de religion militar y mezclaron el culto de la divinidad con las armas? Porque creéis que los romanos tuvieron tanto zelo en poner sus águilas y sus dioses al frente de sus legiones, y que los otros pueblos afectaron tomar lo mas sagrado que habia en sus supersticiones para pintar las figuras y símbolos de ellas en sus estandartes? Fué para impedir que el tumulto y la agitacion de

las guerras no les hiciese olvidar lo que se debe á las Divinidades que presiden en ellas, y para que á fuerza de tenerlas siempre á la vista no se las pudiese olvidar. ¿Porque pensais que los israelitas en sus marchas y en sus batallas llevaban siempre delante la serpiente de metal; que Constantino hecho cristiano hizo levantar en medio de sus ejércitos la señal de la cruz que lo ha sido de todas las naciones; que nuestros reyes en sus empresas contra los infieles iban á recibir el estandarte sagrado á los pies de los altares; y en fin que todavía hoy consagra la iglesia con oraciones de paz y de caridad estas señales lastimosas de guerra y de disension? Todo se dirige á recordaros que la guerra misma es una especie de culto religioso, que el Dios de los ejércitos preside á las victorias y á las batallas; que los conquistadores no son, las mas veces, en sus manos, sino unos instrumentos de que se sirve, en su ira, para castigar los pecados de los pueblos; que no hay verdadero valor si no tiene su origen en la religion y en la piedad; y que finalmente las guerras y

Las revoluciones de los estados no son á los ojos de Dios sino unos juegos y una mudanza de escena en el universo; que él es el único que no se cambia, y es el solo que puede fijar las agitaciones y los deseos insaciables del corazón humano.

Verdad es, Señores, que la piedad tan penosa, aun en los claustros, donde cuanto hay la inspira, tan rara en el siglo, en que las obligaciones comunes de la religion la sostienen, encuentra en las disipaciones y en la licencia de las armas obstáculos y escollos contra los que se estrellan tristemente todos los dias las mas lisonjeras esperanzas de la educacion, los mas dichosos presagios de un buen natural, y las precauciones mas cuidadosas de la gracia.

En los ejércitos es donde se ve algunas veces que el pueblo de Dios á presencia del mismo Josué, general sabio y religioso, cae en todos los excesos y crímenes de las naciones; así como se ve á los cristianos hacer consistir siempre su gloria en lo que es su confusion, y atribuir á mérito su propia ignominia. En los ejércitos es donde la impiedad

está á la moda, la fe es una flaqueza, la religion un sueño, las verdades de la salvacion patrimonio de las almas ociosas, los temores de la eternidad un espanto vano, y la santidad de nuestros misterios sirve de sainete para el libertinage. Allí es donde no se nombra al Dios que adoramos, sino para insultarle, donde el crimen es una atencion, el deleite un mérito y el furor una distincion. Allí es donde aquellos á quienes la cortesía, la calidad, ó el interes mismo bajo un príncipe que no estima el valor por sí solo, apartan de cometer semejantes excesos, limitan toda su regularidad á la ambicion, á la gloria y á la venganza; y parece que solo contienen las otras pasiones para entregarse con mas ahinco á estas. Allí es donde los mas juiciosos son aquellos que únicamente se ocupan en pensar en su fortuna y en sus ascensos; que todo lo sacrifican, hacienda, reposo y hasta su conciencia á su gloria; que insensibles acerca de la felicidad de los santos y de los bienes sólidos de la eternidad, solo se ocupan en alcanzar una fantasma que

huye antes que puedan asirla, y en proporcionarse establecimientos que estan fundados en la arena sin permanencia alguna. Allí es, en una palabra, donde Dios es tan poco conocido como en los pueblos infieles, y en donde la mayor virtud no es la de no tener pasiones, sino que sean las reputadas de nobles y brillantes.

¿Son estos ó Dios mio, los hombres armados para combatir por vuestra causa y para la defensa de vuestros altares? Vos que no quereis que el pecador refiera vuestras justicias, y sea el protector de vuestra alianza, ¿podriais confiar á brazos sacrilegos el cuidado de restablecer vuestro culto y la magestad de vuestros templos? Y que importa que sean vuestros enemigos los que os deshonren por la infidelidad, ó los fieles por sus crímenes? Que importa que vuestro reino se extienda si no habeis de reinar en los corazones? Y que importa que las dispersiones de Israel se reunan, si las tribus que quedan en Jerusalem cometen aun mas profanaciones que los súbditos de Jeroboan?

Los que viven tranquilos en las ciudades y distantes de los peligros de la guerra pueden sosegarse acerca de los desórdenes de su vida pasada con la esperanza de una vejez mas arreglada y de una muerte cristiana. Efectivamente, Señores, el tiempo que la edad ó una enfermedad lenta dejan para reflexionar; el dilatado uso de los placeres, y el disgusto ó las incomodidades consiguiendo á ellos; la experiencia del mundo y de sus inutilidades de que un entendimiento razonable se causa y vuelve sobre sí tarde ó temprano; las perfidias y los engaños del comercio por sí solos pueden descontentar al hombre honrado y hacerle tomar el partido del retiro y de la piedad, todo esto favorece el influjo de la gracia en el corazon de los mundanos, haciéndoles formar todos los dias mil proyectos lejanos de conversion; les hace vencer poco á poco sus flaquezas, y que cansándose algunas veces del mundo se entregan á Jesucristo.

Sabemos que esta esperanza de los pecadores naufraga muchas veces, que lisonjearse de una conversion tardía es

insultar á la gracia y á la justicia de un Dios vengador; que dilatar para cuando uno se halla enfermo el negocio de la salvacion, es perderle; que no se coge en el invierno sino lo que se ha sembrado en el verano; que nuestro Dios no lo es para todos los dias; que si se le olvida, tambien él se desentiende á su vez; y que la virtud tardía, no es generalmente sino la impotencia del vicio, ó una regularidad de la edad mas que del corazon, y una atencion debida al mundo, tanto como á Jesucristo. Sin embargo, la religion no quiere que desesperemos; y mas de una vez, ó Dios mio, llamais á los operarios á la undécima hora del dia, y curais los paralíticos de treinta años, quizá para impedir con estos prodigios la desesperacion de los verdaderos penitentes, y quizá tambien para entre- tener la falsa confianza de los pecadores.

Pero en cuanto á vosotros, Señores, que en medio de los peligros y de los furores de la guerra podeis decir diariamente como David, que solo estais separados de la muerte un solo paso: *Uno tantum gradu ego morsque dividimur* (I.

Reg. 20), vosotros que no podeis contar con la vida, sino como un tesoro que teneis expuesto en un camino; que tocáis á cada momento con la eternidad, y que solo estais unidos al mundo y á sus placeres con la mas frágil atadura, ¿ que es lo que puede tranquilizaros si os entregais á pasiones ignominiosas, y con que esperanzas podeis haceros ilusion? Son por ventura los momentos que concedéis á la religion cuando vais á combatir los que lisonjean vuestra esperanza? Es la oracion, es la bendicion del sacerdote? Pero decidme de buena fe, ¿ cual es entonces la situacion de vuestro corazon; os ha ocurrido alguna vez recorrer, en semejante lance, en la amargura de vuestro corazon, todos los años de vuestra vida? Habeis pensado jamas, en tales circunstancias, ofrecer al señor un corazon contrito y humillado é invocar sus misericordias por vuestras miserias? Entonces no veis sino la gloria, vuestra obligacion y el peligro, y nunca se piensa menos en volver su atencion hácia su conciencia, y aun se desechan estas reflexiones como peligrosas al valor, se au-

mentan los placeres y los excesos para distraerla é impedirse á sí mismo pensar en ello; de modo que se pasa casi siempre desde el crimen y el desarreglo á la muerte. ¡Horrible destino, ó Dios mio, y sin embargo tan comun en las personas de que hablamos! Vosotros lo sabeis, hermanos míos, y habeis visto mil veces desaparecer en un instante á los compañeros de vuestros excesos, durante el combate, sin que hubiesen hecho interrupcion alguna entre su impiedad y el último suspiro; y un golpe fatal los arrebato de vuestro lado, al tiempo mismo, en que quizá formaban todavía con vosotros proyectos criminales.

¿Y porque su desgracia no os haria mudar de conducta? Porque no os serviria de ejemplo el modo como habian sido sorprendidos? Acaso no os conmueven estos ejemplares porque son demasiado frecuentes? Esto es decir que os tranquilizais á proporcion que se aumenta el peligro? Porque no harian impresion sobre vosotros la bondad y la longanimidad de vuestro Dios que os ha salvado de tantos peligros y conservado

hasta ahora, solo para proporcionaros mas tiempo de convertirlos á él? Porque cambiar sus intenciones de misericordia en las de ira, y emplear el tiempo que os ha prolongado para vuestra salvacion, en alargar la carrera de vuestras iniquidades?

¡Ah! Si en aquella accion en que debisteis vuestra salud á un prodigio, y de donde vosotros mismos no pensábais salir bien, os hubiera sorprendido la guadaña de la muerte? cual hubiera sido hermanos míos vuestro destino? Como hubiérais presentado vuestra alma al tribunal de Jesucristo? ¿Que monstruo de inmundicias, de blasfemias, y de venganzas! ¿No os atemorizais, figurándoos en aquel trance, bajo el rayo de un Dios vengador, temblando en su presencia, y viendo á vuestros pies el infierno abierto para tragaros? Su mano omnipotente os liberto, os defendió con su escudo, y un ángel enviado por él impidió los golpes que quitándoos la vida habria decidido vuestra suerte eterna. ¿Y que uso habeis hecho despues de esta vida que os conservó? Cual es la grati-

tud que habeis tenido para con vuestro libertador? Que homenages le habeis hecho de un cuerpo de que le sois deudor por doble título? Le habeis hecho servir á la iniquidad, y de un miembro de Jesucristo habeis formado un instrumento de vergüenza y de infamia. ¡ Ah! bien supisteis aprovecharos del peligro que corrísteis para hacer fortuna; ¿ pero habeis sacado el mismo partido para vuestra salvacion? Le alegasteis como mérito para con el príncipe; ¿ pero os habeis acordado de lo que debíais á Dios que os libertó de él? Habeis ascendido en vuestra carrera, pero en la milicia de Jesucristo siempre sois lo mismo. Temed, temed que vuelva aquel momento fatal y que el Señor os entregue por último á vuestro destino, que os trate como al impio Acab, y que un golpe de su mano invisible no termine en la primera ocasion vuestras iniquidades y comience sus venganzas.

¡ Cuan digna de lástima es vuestra suerte, Señores! La carrera de las armas á que os llaman las obligaciones de vuestro nacimiento y el servicio del

príncipe, es ciertamente brillante á los ojos sensuales, porque es el único camino de la gloria, y el único empleo digno de un hombre de nacimiento ilustre; pero en materia de salvacion es la carrera mas temible de todas. Veamos los peligros y los medios de evitarlos.

Porque en fin el brazo de Dios alcanza á todas partes; en ningun estado es imposible la salvacion; el torrente solo arrastra á los que se dejan llevar por él; el Señor tiene en todas partes sus escollos; y los mismos peligros que son escollos para los réprobos, se convierten en ocasiones de mérito para los justos.

Y para entrar en una explicacion que os lo haga conocer, ¿ cuales son, decidme, los escollos de vuestra profesion, que la gracia no puede haceros evitar? y cuales los males que no tengan remedio?

Sabemos que la ambicion es, en cierto modo inevitable en un militar, que el Evangelio declara vicio esta pasion; pero que no puede prevalecer contra el uso que hace de ella una virtud; y que en materia de mérito militar, el que no

siente aquellos nobles sentimientos que nos hacen aspirar á los primeros grados, tampoco siente los que nos conducen á las grandes y arriesgadas acciones. Pero ademas de que el deseo de ver recompensados vuestros servicios, si es moderado y no ocupa enteramente vuestro corazon, si no os arrastra hasta el extremo de poner en práctica medios únicos para lograr vuestros fines y conseguir fortuna arruinando la de otro; este deseo, repetimos, contenido en sus justos límites, nada tiene que pueda ofender la moral cristiana. ¿Y que puede haber en él, tan seductor, que presentándoos las esperanzas humanas, pueda prevalecer sobre las del cristiano y sobre las promesas de la fe? Empleos, honores, distinciones y una reputacion en el mundo; ¿pero cuantos concurrentes os los disputan, y cuantas circunstancias deben reunirse que casi nunca se reúnen? Ademas, es acaso el mérito el que decide siempre de la fortuna? Sabemos que el príncipe tiene instruccion, pero no puede verlo todo por sí mismo; y hay muchas virtudes oscuras y des-

tendidas, y muchos servicios olvidados y disimulados. Por otra parte, ¿cuantos favoritos de la fortuna salidos repentinamente de la nada, se apoderan sin tropiezo de los primeros empleos? De aquí nacen tantos disgustos é incomodidades, viendo á los subalternos ser atendidos con preferencia á los que habian nacido, por decirlo así, en el servicio, y esto aun sin saber lo bastante ni aun para obedecer; mientras que los otros hallándose ya en edad avanzada no han sacado de sus largos servicios sino un cuerpo debilitado, sus intereses domésticos destruidos, y la gloria de haber hecho la guerra á sus propias expensas. ¿Y que otra cosa se oye entre vosotros, que reflexiones acerca de los abusos de las pretensiones y de las esperanzas; y vosotros que me escuchais, cual es en este punto vuestra situacion? Y sin embargo, se sacrifica la eternidad á semejantes quimeras, lisonjeándose siempre de ser algun dia del número de los venturosos, sin contar con que la providencia no parece que deja al acaso ni al capricho de los hombres los

puestos ni los empleos, sino para que miremos con ojos cristianos los títulos y los honores, y para que dirijamos al rey del cielo (que todo lo ve, y que nos admitirá en cuenta los menores cuidados) los servicios que hacemos á los reyes de la tierra, que muchas veces no pueden verlos, ni podrian recompensarlos.

Pero aun cuando vuestra felicidad igualase vuestras esperanzas, y aun cuando los errores agradables y los sueños con que ha endormecido vuestros sentidos, se realizasen; aun cuando por alguna de aquellas casualidades, que tanta parte tienen siempre en la fortuna de las armas, os viéseis elevados á empleos, que ni aun os hubiéseis atrevido á aspirar, y cuando nada os quedase ya que desear en línea de pretensiones humanas; ¿que son las felicidades de este mundo, cual su fragilidad y cuan corta su duracion? Que se han hecho los nombres illustres de aquellos que en otro tiempo representaron un papel tan brillante en el universo? Aparecieron por un solo instante, y desaparecieron

para siempre de la vista de los mortales. Se sabe lo que fueron durante el corto período de su esplendor; ¿pero quien sabe lo que son en la region eterna de los muertos? Las quimeras de la gloria y de la inmortalidad de nada sirven allí; porque el Dios vengador que desde lo alto de su tribunal pesa las acciones y sabe lo que merecen, no juzga por lo que nosotros decimos ni por lo que pensamos de ellos aquí abajo; y todas las grandes acciones que tanto honran su memoria y enriquecen nuestros anales, son quizá los principales motivos de su condenacion, y los hechos mas vergonzosos de su alma, á los ojos de Dios.

¡Ay! Señores, ¿que son los hombres en el mundo? Unos personajes de comedia, porque todo es aparente y falso, y por todas partes no hay mas que representaciones; de manera que cuanto se ve en ellas de mas pomposo y fundado, solo es el asunto de una escena; ¿y quien no lo dice asi todos los días en la tierra? Una fatal revolucion, un torrente que nada detiene, arrastrándolo todo tras si á los abismos de la eterni-

dad, los siglos, las generaciones, los imperios, todo camina á sepultarse en aquella profundidad, donde todo entra y nada sale; nuestros antecesores nos han abierto el camino, y nosotros no tardaremos en seguirles abriéndoselo á nuestros descendientes; y de este modo se renuevan las edades, el mundo cambia continuamente de semblante, los muertos y los vivos se suceden y reemplazan sin cesar; nada es permanente, todo se usa y todo se acaba. Solo Dios es siempre el mismo, y sus años no tienen término: por su presencia pasa el torrente de las edades y de los siglos; y su vista se fija con venganza y furor sobre los débiles mortales, al mismo tiempo que arrastrados por su carrera fatal, le insultan al paso, aprovechándose de aquel único momento para deshonrar su nombre, y caer al salir de allí en las manos de su ira y de su justicia.

Á vista de esto, ¿será posible que formemos proyectos de fortuna y de elevacion; que alimentemos nuestro corazon con mil esperanzas halagüenas;

que tomemos á tanta costa infinitas medidas para proporcionarnos un instante de felicidad; y nunca demos un solo paso para conseguir la que es eterna? Es este un furor de que no se creeria al hombre capaz, si la experiencia no nos lo enseñase diariamente.

Ademas, ¿y aun este instante de felicidad está exento de zozobras? Las sospechas, la envidia, los temores, las agitaciones eternas é inevitables en los grandes empleos, la suerte diaria de las armas, el favor de los concurrentes, lo incómodo de las consideraciones y de las intrigas, los caprichos de aquellos de quienes se depende; tantos contratiempos que sufrir, y el vacío mismo de las prosperidades temporales que desde lejos excitan y atraen el corazon, pero que experimentados de cerca, ni pueden fijarle, ni satisfacerle; ¿Hay por ventura felicidad que todo esto no turbe y altere? Y aquellos á quienes considerais como los bienaventurados del siglo, lo son acaso siempre en su propio entender? ¡Ó, Señor, ! á quien únicamente corresponde la gloria y la grandeza; ¿no comprenderá

nunca el hombre que sin vos no hay para él felicidad duradera y tranquila? Que todo cuanto agrada en este mundo al corazón no puede satisfacerle; que la gloria y los placeres no le conmueven sino casi en el momento que los precede; que las inquietudes y disgustos que los siguen, son avisos secretos que nos llaman á vos; y que aun cuando el hombre se pudiese prometer una fortuna pacífica, solo seria un vapor que desaparecería en un instante, pues que se le ve nacer, crecer, subir, extenderse y desvanecerse en un momento?

Y lo que aun es mas deplorable para vosotros, Señores, es, que en una vida tan dura, en empleos, cuyas obligaciones son algunas veces más rigurosas que las de los claustros mas austeros, padeceis siempre en vano para la otra vida y frecuentemente para esta. Á lo menos el solitario en su retiro, precisado á mortificar su carne y á sujetarla al espíritu, está sostenido por la esperanza de una recompensa segura, y por la unción secreta de la gracia que dulcifica el yugo del Señor. Pero á la hora de la muerte,

¿os atreveréis vosotros á presentar á Jesucristo vuestras fatigas y los disgustos diarios de vuestros empleos, y á pedir por ellos una recompensa? Que es lo que él ha debido admitir en cuenta de todas las violencias que os habeis hecho? Sin embargo los dias mejores de vuestra vida los habeis sacrificado á vuestra profesion, y diez años de servicios han acabado mas vuestro cuerpo que toda una vida de penitencia. ¡Ó! hermanos míos, un solo día de estos sufrimientos consagrado al Señor, os hubiera quizá valido una felicidad eterna; una sola accion penosa para la naturaleza que se hubiese ofrecido á Jesucristo, os hubiera quizá asegurado la herencia de los santos, y habeis hecho tantas inútilmente para servir al mundo.

¡ Ah! la molicie y la ociosidad de los habitantes de las ciudades los condenarán; pero vosotros Señores, lo seréis por el mal uso de vuestros trabajos y de vuestras fatigas. ¡ Pues que! os privais de una parte de vuestro descanso, de vuestros placeres y aun de vuestras mismas necesidades, cuando se trata del cumplimiento

de vuestras obligaciones; pues lo que queda ya que hacer para la salvacion, nada cuesta; soportad estos trabajos con una fe cristiana, ofrecedlos á un Dios justo como el precio de vuestras iniquidades; y puesto que es preciso sufrirlos, que sea con mérito. Si el príncipe no os corresponde, á lo menos Dios no os faltará, y este es un recurso que podréis asegurar contra la mala fortuna, y vuestros servicios nunca serán perdidos como del otro modo; de manera que el fruto de la guerra, lo será para vosotros de paz y de eternidad.

Así es, Señor, como vuestra ley se justifica ante los hombres; como pareéis justo en vuestros juicios; y como en el terrible dia de vuestras venganzas os serviréis de la vida dura y laboriosa de un militar para confundar la flojedad de un mundano y sus disculpas por lo difícil que es el cumplimiento de vuestros preceptos, y por otra parte el amor de los placeres en el mundano condenará el poco uso que el militar ha hecho de sus padecimientos. Ved pues, Señores, como puede ser un recurso de gracia la ambicion misma.

¿Pero como componer, me diréis, esta reputacion de valor indispensable en la profesion de un militar con la dulzura y humanidad cristiana? Mas, Señores, que es el valor? Es acaso una altivez de temperamento, un capricho del corazon, una fogosidad que solo se halla en la sangre, un deseo vehemente mal entendido de gloria, una temeridad de mal gusto, una cortedad de ánimo que se crea alegremente los peligros por tener la gloria de vencerlos y arrastrarlos? Que siglo recibió jamas sobre esto mayores desengaños que el nuestro? Cual es el gusto de los hombres honrados sobre lo que constituye el verdadero valor! La prudencia, la circunspeccion y la madurez no tienen acaso una gran parte? Cual ha sido el carácter de los grandes hombres que han estado en este siglo al frente de nuestros ejércitos, y cuyos nombres estimais tanto todavía? Por que camino han subido los Turenas, los Condés, los Crequys al último grado de gloria y de reputacion, mas allá del cual está defendido llegar ni aun siquiera pretender? El sabio y valiente general á

quien debe esta provincia su seguridad, y lo demas del reino la paz y la abundancia, de quien recibis como gefe que es vuestro, las órdenes inmediatas, y teneis la honra de combatir bajo su nombre y estandartes, ¿se ha abierto el camino de la elevacion en que se halla, por la eleccion del príncipe y la dicha de la nacion, por medio de un valor indiscreto y temerario? Y la prudencia, que le es como innata, ha deslucido jamas en algo su mérito, ó perjudicádole en su fortuna?

El caso es que nos formamos ideas equivocadas de las cosas. El valor indiscreto deja de ser una virtud; y aquel noble ardor que en medio de las batallas es generosidad y grandeza de alma, fuera de allí, es rusticidad, temeridad y falta de talento. ¿Pero que idea, me diréis, se forma en los ejércitos, de un hombre que pasa por devoto? Pues que Dios mio, seria una gloria servir á los reyes de la tierra, y una bajeza y humillacion el seros fiel; ¿y habria por ventura, en otro tiempo, en los ejércitos de los emperadores paganos solda-

dos mas intrépidos en los peligros, que los cristianos? Sin embargo, Señores, eran gentes que en medio de la licencia de las tropas tenian señaladas sus horas para la oracion; pasaban algunas veces las noches en alabar, estando todos juntos, al Señor; y al salir de una accion de guerra sabian muy bien ir al cadalso y derramar su sangre en defensa de la fe, sin dar la menor señal de queja.

Verdad es que no debe exigirse de vosotros aquella piedad tímida y tierna, ni toda la atencion y fervor de las personas retiradas, que libres de toda obligacion para con el mundo, solo se ocupan en las cosas de Dios. Pero aquella rectitud de alma, aquel noble respeto á vuestro Dios; aquel fondo salido de la fe y de la religion; aquella exactitud en las obligaciones esenciales del cristiano, la cual es de buen gusto; aquella probidad inalterable y tan querida y estimada de las gentes honradas; aquella superioridad de entendimiento y de corazon que hace menospreciar la licencia y los excesos, como poco dignos aun de sola la razon ¿quien podrá dispensaros de

tener todas estas cosas , y en que juicio cabe el avergonzarse el que se le acuse de ellas ?

Creedme, Señores, la religion fortifica el alma lejos de debilitarla; porque se teme algo menos la muerte, cuando hay tranquilidad acerca de sus consecuencias. Una conciencia pura, que nada altera, vé el peligro con serenidad, y lo arrostra con valor cuando la obligacion le llama á ello. Nada iguala la santa altivez de un corazon que combate en presencia de Dios, y que al vengar la causa de su príncipe, honra al Señor y respeta su poder en el de su soberano.

En efecto, la piedad es ya por sí misma una grandeza de alma, y nada nos parece tan heróico, ni tan digno del corazon, como este imperio que el hombre bueno tiene sobre todas sus pasiones. ¡Que cosa mas grande que verle tener continuamente su alma en la mano, por decirlo así, arreglar sus acciones, medir sus movimientos; no hacer nada que sea indigno del corazon, dominar sus sentidos, atraerlos al yugo

de la ley, detener la propension de una naturaleza siempre rápida hácia el mal; ahogar mil deseos lisonjeros, mil esperanzas que divierten; mantenerse firme contra las seducciones del trato y la fuerza de los ejemplos; y siendo siempre dueño de sí mismo no permitir á su corazon bajeza alguna capaz de deshonrar á un heredero del cielo! Ah! No basta para esto una medianía; la gracia tiene sus héroes en nada inferiores á los que han sido admirados por los siglos que precedieron, y seguramente, el que sabe vencer sus enemigos domésticos, y que mucho tiempo ha está acostumbrado á despreciar lo mas gustoso que ofrecen los sentidos, no temerá los enemigos del estado, y expondrá con mayor gusto su propia vida con intrepidez.

Por otra parte, Señor, ¿cuando pareció que los hombres estaban mas desengañados que en el siglo presente, del antiguo error que hacia consistir el valor en menospreciar su religion y su Dios? Esta es hoy la suerte de los desgraciados, porque las obligaciones del cristia-

nismo hacen parte de los respetos del mundo culto, y á lo menos estan en uso las exterioridades de la religion.

Últimamente, los Moises, los Josués, los Davides y los Ezequias han sido grandes guerreros y grandes santos, héroes del siglo y de la religion; y los siglos cristianos han tenido sus Constantinos y sus Teodosios, terribles al frente de sus ejércitos, humildes y religiosos al pie de los altares. Nuestro príncipe que nada tiene que desear respecto á la gloria, ha juzgado que la piedad debia ser como el último escalon de ella; yendo diariamente á humillarse bajo el yugo de Jesucristo, inclinando una cabeza llena de señales de grandeza y de victorias; y que cuando su nombre y la fama de sus conquistas resuenen por todas partes desahoga su corazon ante el Todopoderoso, y gime en secreto por la desgracia de los pueblos y por las tristes consecuencias de una guerra tan gloriosa para él, en la opinion del mundo.

Derramad pues, ó Dios de los ejércitos, en el reinado de un príncipe tan

religioso sentimientos de fe y de piedad sobre estos guerreros armados por su causa. Bendecid vos mismo estos sagrados estandartes; dejad en ellos vestigios de santidad que en medio de los combates ayuden la fe de los moribundos, y aviven el ardor de los combatientes, haciendo que sean las señales ciertas de la victoria; poned bajo vuestra proteccion esta tropa ilustre que os los ofrece en este templo; impedid que la ofendan los tiros del enemigo; servidle de escudo en los diferentes encuentros de la guerra, sostenedla con vuestra fuerza; poned á su frente aquel ángel temible que enviásteis en otro tiempo para exterminar los Asirios; haced que la victoria y la muerte la precedan siempre; comunicad á sus enemigos un espíritu de terror y de desaliento; y haced que las naciones zelosas de nuestra gloria conozcan su valor.

Pero no, Señor, pacificad mas bien los imperios y los reinos; calmad los ánimos de los príncipes y de los pueblos; conmoveos del lastimoso espectáculo que presentan las guerras á vues-

tra vista. Que los clamores y los lamentos de los pueblos suban hasta vos, y la desolacion de las ciudades y provincias enternezca vuestra clemencia; desarmen vuestro brazo, tanto tiempo ha levantado contra vosotros, el peligro y la pérdida de tantas almas; y al fin os hagan mirar con piedad vuestra iglesia ofendida con tantas profanaciones como los ejércitos cometen siempre. Oíd los gemidos de los justos, que conmovidos de las calamidades de Israel os dicen todos con el profeta; Señor, habíamos esperado y todavía no nos ha llegado este bien; creíamos que había llegado el tiempo del consuelo, y estamos aun rodeados de trastornos y desórdenes.

Permitid cristianos que os diga por conclusion, que nuestros pecados son los que nos han acarreado estos castigos del cielo. Las guerras, las enfermedades y los demas males que experimentamos, son señales seguras de la ira de Dios contra nuestros desarreglos. En vano gemimos por las desgracias del tiempo y por el descaecimiento de nuestras familias; lloremos por nosotros mismos,

calmemos la ira de Dios con la mudanza de nuestras costumbres, restablezcamos en nuestros corazones la paz de Jesucristo; apacigüemos nuestras pasiones y nuestros enemigos domésticos, y bien pronto verémos la Europa sosegada; los enemigos de la Francia en paz, restablecida esta en todas partes, y á este reposo de la tierra, sucederá el eterno. Amen.

# ÍNDICE

## DE LOS SERMONES.

- SERMON para la festividad de la Purificación de la Virgen. *De los ejemplos de los grandes.* Pág. 1
- SERMON para el primer Domingo de Cuaresma. *Acerca de las tentaciones de los grandes.* 25
- SERMON para el segundo Domingo de Cuaresma. *Respeto que los grandes deben tener á la Religion.* 56
- SERMON para el tercer Domingo de Cuaresma. *Desgracias á que estan expuestos los grandes que abandonan á Dios.* 89
- SERMON para el cuarto Domingo de Cuaresma. *Acerca de la humanidad de los grandes para con el pueblo.* 116
- SERMON para el dia de la Incarnacion. *Sobre los caracteres de la grandeza de Jesucristo.* 142
- SERMON para el Domingo de Pasion. *Acerca de la nulidad de la gloria humana.* 169

## ÍNDICE DE LOS SERMONES.

- SERMON para el Domingo de Ramos. *Sobre los escollos de la piedad de los grandes.* Pág. 195
- SERMON para el Viernes Santo. *Sobre los obstáculos que encuentra la verdad en el corazon de los grandes.* 227
- SERMON para el dia de Pascua. *Sobre el triunfo de la Religion.* 257
- SERMON sobre las Virtudes y los Vicios de los grandes. 286
- DISCURSO pronunciado en una Bendicion de Banderas del Regimiento de Catinat. 358

FIN DEL ÍNDICE.

Lyon, imprenta de C. Coque, calle del palacio del Arzobispo.



UEVO

OTEC